

—Nada, mujer; ¿por qué me lo preguntas?

—¡Como te veo tan incomodado y te oigo decir que el movimiento continuo es imposible, pero que es un estúpido, que si el motor, y que si se pierde, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!!...

—¿Más qué? ¿Más desatinos?

—No lo serán, Rafael; pero lo que yo te aseguro es que ningun cristiano entendería lo que estabas diciendo, y que te preocupas de varias cosas mucho más de lo que conviene á mi tranquilidad.

—¿Con que es decir que yo no puedo coger un libro ni hacer otra cosa más que mirarte á la cara?

—No es eso, esposo mio, lo que quiero decirte. Bueno es que leas, que estudies, si es tu gusto; pero que lo hagas con ese afan, y sobre todo, que te altere la lectura hasta el punto de que si el autor estuviese presente... tal vez le pegases...

—Mira, Ana, yo haría... lo que mejor me pareciera, y de lo cual no tengo precision de darte cuenta.

Tornó ella á su costura sin contestar á su marido, cuyo juicio no le parecía muy cabal; mas sus bellos ojos estaban nublados por algunas lágrimas que á su pesar habían brotado de ellos á impulsos de su naciente pena, y ni veía su labor, ni su pensamiento podía fijarse en nada más que en su querido Rafael.

Este por su parte sintió bien pronto la brusquedad con que le había hablado, y entre pesaroso y avergonzado, quedó en silencio observando á su esposa. Mas al ver sus lágrimas, sintiólo doblemente, y llegándose á ella cariñoso, le pidió que olvidase su acritud. Levantó Ana sus llorosos ojos, y una dulcísima mirada, acompañada de una amante sonrisa, fué la muda contestacion que le dió, pero mucho más elocuente que hubiera podido serlo el discurso más elevado.

Despues de esta tierna escena, y recuperada la calma por ambos esposos, volvieron á sus habituales ocupaciones.

Desde aquel dia, el bueno de Rafael ya no pensaba en otra cosa que en buscar cuál era la verdadera causa de no poderse conseguir el movimiento continuo. Para esto era preciso hacer algun aparato en que pudiese estudiar lo que era materia de su investigacion, y una mañana emprendió su obra, em-

pleando para ello algun objeto que hubo de llamar seriamente la atencion de Ana. Era una mamadera de cristal que su marido le había comprado cuando nació su primer niño , y á la que Rafael daba ahora las funciones de tubo. Ya ella estaba algo inquieta viendo el afan con que su esposo se ocupaba de lo que había oido decir que era un imposible, y lo cual confirmaba el libro que él había estado leyendo en su presencia. Calcúlese, pues; cuánto crecería su inquietud al preguntar á su marido qué hacía, y contestarle éste que un estudio sobre el movimiento continuo , para el cual necesitaba, entre otras cosas , aquella mamadera. ¡Aquí fué Troya! Saltáronse á la pobre Ana las lágrimas , y abrazando á su marido , á quien creía loco , le suplicó que por su amor abandonase todo aquello, y no se ocupase de estudiar nada absolutamente más que su cariño. Una estrepitosa carcajada fué la contestacion de Rafael, y esto acabó de desbordar la pena que sentía su esposa, la cual hubiera caido desolada si él no la hubiese sostenido en sus brazos. Le prodigó sus cuidados, la consoló, trató de persuadirla del poco fundamento de sus sospechas, y no consiguiéndolo , tuvo que renunciar á sus investigaciones , porque le interesaba más que éstas la felicidad de su consorte y la suya propia.

Pasó aquella nubecilla de verano; Ana redobló sus cuidados para con su esposo , procurando evitar cuanto posible fuera el que se entregase á sus estudios, ya brindándole á pasear, ya á que la llevase á diversiones públicas , ya en fin, pidiéndole que la leyese alguna bonita novela mientras ella se ocupaba en su labor.

De sobra comprendía Rafael el móvil de todo esto; pero ¿cómo convencer á su esposa de lo inmotivado de sus juicios, cuando para eso era necesario que ella estuviese instruida en las ciencias físicas? Resignóse, pues, con llevar aquella nota, y determinó hacer el sacrificio de no coger por algun tiempo más libros que los que Ana le daba, hasta que ésta adquiriese pleno convencimiento de que su razon no se había extraviado.

En efecto, pasaron dos meses sin nuevo motivo de sobresalto, y hubieran pasado muchos más de igual manera, si Rafael hubiera seguido la conducta que se propuso de no hablar de-

lante de su mujer de asuntos científicos; pero el ángel malo hizo de modo que aquél se olvidara de su propósito, y un día defendiese que no creía imposible el que se consiguiera dar dirección á los globos. Su esposa, que había oído lo contrario, creyó que su mal no tenía tanta cura como ella se había imaginado, y á lo ménos por algunas semanas estuvo triste y meditabunda, aunque resignada. Mas el tiempo, ese poderoso lenitivo de nuestras amarguras, por intensas que sean, hizo efecto en su corazón, y tornaron los días de felicidad con su brillante sol, libre ya de las ligeras nubes que habían en cierto modo interceptado sus ardorosos rayos. Así pasaban su vida, tan pronto alegres y satisfechos, como apesadumbrados, y eso que disfrutaban de todos los elementos necesarios para ser felices. Tan cierto es que la felicidad es un fantasma que anhelantes perseguimos desde que nacemos, que creemos estar á punto de alcanzar á cada instante, y que despues de nuestra fatigosa carrera, se esconde bajo la tumba en que caemos precipitados, tal vez para descansar, tal vez para emprender una nueva peregrinacion en otros mundos. ¡Quién sabe si allí volveremos á hallar al fantasma, si volverá á burlarnos de nuevo, ó si al fin nos asiremos á él para no dejarlo escapar nunca!

II.

Suele decirse que genio y figura hasta la sepultura, y así es la verdad. Rafael no podía vivir ocioso ni abandonar sus libros por mucho tiempo. Harto grande era el sacrificio que por complacer á su querida Ana había hecho de estar algunos meses sin leer más que novelas ó libros religiosos, y no era posible que durase más un estado en que tan violento se hallaba. Esta vez, sin embargo, no parecía probable que se repitiesen las escenas anteriores, en que bien á su pesar representó el papel de loco, pues el estudio en que ahora se fijó fué el de la Botánica, y no había en él ninguno de esos problemas atentatorios contra la razon, ni Ana había oído que ninguna persona se hu-

biese vuelto demente por ese estudio. Ella, por otra parte, no dejaba de adivinar que su esposo necesitaba tener entretenida su imaginación en lo que tanto le interesaba; y aunque hasta cierto punto tenía celos de los libros, creyó que era preciso transigir con ellos, dejando en libertad á su marido, á quien consideraba curado de su demencia.

No era la botánica una ciencia desconocida para Rafael, sin que por eso pudiera llamarse un botánico. Así es, que esta vez quiso hacer su estudio, auxiliado de un instrumento óptico por el cual era delirante, por el microscopio. Al efecto encargó uno á Paris, y á correo vuelto lo recibió. Preguntóle Ana el uso que tenía antejo tan bonito, y él le contestó que era para ver el *mundo invisible*. Echóse á temblar aquélla, y con voz temblorosa y ojos medio espantados, le dijo:

—¡Querido Rafael! ¿Ya volvemos á las andadas?

—¿Por qué dices eso, esposa mia?

—¡Por qué lo he de decir! ¿No me has contestado que con ese diabólico antejo vas á ver el *mundo invisible*? Claro es que ese mundo que no vemos será el de los muertos, el de los espíritus. ¿Y quieres tú que yo no me alarme al oírte tales cosas?

Rióse grandemente Rafael al ver cómo interpretaba Ana sus palabras, y, cuando la risa se lo permitió, quiso contestarle dándole una explicación tranquilizadora; pero en vano, porque Ana, en su creciente sobresalto por creerse próxima á trabar relaciones íntimas con los que dejaron en la fosa su parte material, no quería prestar oídos á lo que su esposo le decía; ántes bien se negaba á escucharle, creyendo que intentaba convencerla de que aquel trato no ofrecía inconvenientes ni peligros de ninguna clase, en lo cual ella no podía convenir.

Precisamente conocía á un matrimonio muy dado á las cosas de ultratumba, y del cual se contaban escenas espeluznantes. Se decía que en la oscuridad veían los espectros de sus parientes y amigos á quienes habían evocado; que con fulgurantes ojos les miraban casi siempre coléricos; que se les iban poco á poco acercando, sin hacer otro ruido que el castañeteo de los dientes; que á veces se aproximaban tanto, que su aliento frío, húmedo y nauseabundo se sentía resbalar por la cara de am-

bos esposos ; que en vano éstos trataban de eludir aquella terrorífica visita cerrando los ojos y cubriéndoselos con las manos ; se aseguraba que las de aquellos horribles espectros, ó su helada y cavernosa boca, imprimían en su rostro la crispante sensación del tacto helado y del beso, acompañado de un prolongado, tenue y fatídico ¡¡¡aaaayyyy!!! cuyo lastimero eco en vano procuraban dejar de oír. Decíase que era tal la pertinacia de estos nocturnos visitantes, que era inútil cerrar previamente á piedra y lodo las puertas de la alcoba, ó cubrirse la cabeza perfectamente con sábanas y mantas: aquellos espantables fantasmas entraban por puertas y paredes como la luz por el diáfano cristal; sus huesosas y descarnadas manos se introducían por las ropas y se posaban yertas como la muerte sobre la trémula espalda ó palpitante pecho del que pensaba esquivar aquellas muestras de sepulcral amor. Decíase que así pasaban las eternas noches, sin que los desventurados esposos lograsen cerrar un momento sus cansados párpados; que estaban lívidos y demacrados, recelosos hasta de su sombra, y que tenían ya perturbado su juicio por los continuos sustos que les daban sus molestos huéspedes, ya derribando muebles, ya produciendo ruidos extraños é inexplicables, ya pronunciando en su oído palabras terroríficas.

En vano habían llamado mil veces á un sacerdote para que conjurara á aquellos espíritus inquietos; en vano éste había esparcido con el hisopo el agua bendita sobre las camas y sobre todo el pavimento de la casa, echando al mismo tiempo sus exorcismos. En vano se habían confesado y comulgado dos ó tres veces por semana. Las apariciones eran continuas todas las noches, y los ruidos y rompimientos de muebles no cesaban.

Hallábase una noche en su cama la atribulada esposa, y casi sin aliento, por estar muy arrebujaada, se descubrió un tanto la cabeza para poder respirar. Abrió un instante sus párpados y ¡horror! vió muy cerca de sí dos fulgurantes ojos redondos que se le iban acercando poco á poco, y que la miraban con fiereza indescriptible. Anonadada la infeliz, y poseída del miedo, no tuvo acción siquiera para arrebujaarse de nuevo y apartar su vista de aquel terrible monstruo. Fascinada

por él, quedó inmóvil, aunque convulsa, y esperó. Aquellos ojos, aquellas dos ascuas, fueron avanzando paulatinamente hasta casi tocar á su rostro, y en él sintió resbalar, no ya el aliento frío que otras veces, sino un ligero soplo algo caliente y que exhalaba un repugnante olor de... de... de sardinas. Siguióse á esto un cosquilleo en la cara y una sensación de tacto suave, al parecer sedoso, á lo cual no pudo ya resistir por más tiempo la espantada mujer. Dió un grito, retiró su cabeza, de súbito sacó una mano, y con ella repelió bruscamente al importuno huésped, que dando un lastimero y penetrante maullido, cayó al suelo, y en él se oyó un apagado choque, al cual sucedió el silencio de la tumba. Un desmayo embargó los sentidos de la infortunada, y tal vez en ese estado pasó toda la noche, sin que el asustado marido acudiese en socorro de su infeliz esposa. Llegó el día, y su luz invadió por las vidrieras la estancia de las apariciones. En ella podía verse á marido y mujer arrebuajados, y á un hermoso gato negro enroscado y dormido sobre las ropas de la cama. Pocas horas despues por todo el pueblo corría la voz de que los espíritus se habían comido el almuerzo que desde la noche anterior dejaron preparado los perseguidos esposos.

III.

Ana sabía perfectamente todo esto, pues, como hemos dicho, conocía á los protagonistas de tan horripilantes escenas, y veía los estragos que éstas habían causado en la salud y en la inteligencia de aquellos cuya vida era un continuo sobresalto. Así que, no le era posible consentir que su marido tratase de reproducir en su casa un semillero de tantas calamidades. Por eso, tan pronto como le oyó decir que aquel antejo era para ver el mundo invisible, que para ella era el de los espíritus, se sobrecogió de espanto su alma, y sin dar tregua á más explicaciones, tan pronto increpaba á Rafael de un modo asaz duro, como se le arrodillaba, y abrazada á sus rodillas y vertiendo amargo llanto, le suplicaba con vehe-

mente pasión que desistiese de su malhadado intento y rompiese en menudos fragmentos aquel anteojo de que tantos males esperaba.

Grande fué al principio la risa que á su esposo produjo tal equivocacion; pero no fué menor su pena al ver que el sobresalto de Ana había tomado tales proporciones, y que todos sus esfuerzos por disuadirla eran interpretados por ella de un modo enteramente contrario á su pensamiento. Inútilmente trató de hacerse oír, ya con súplicas, ya con gritos, ya valiéndose de su autoridad de marido. Convencido de su impotencia para ello, se resignó á sufrir aquella turbonada, y esperó que se presentase ocasión propicia de que su mujer le escuchase. Muchas veces creyó que ésta ya había llegado, y se preparaba á no dejarla escapar, cuando un nuevo torrente de lágrimas, súplicas é imprecaciones venía á persuadirle de su error. Llegó, por fin, porque todo llega en el mundo, y después de mil protestas de su amor, le hizo ver cuán diferente era su intención de la que ella había supuesto, y cuán interesado estaba en hacerla feliz, aunque para ello tuviese él que prescindir de su propia felicidad. Nuevas lágrimas corrieron de los hermosos ojos de Ana, mas no ya vertidas por el dolor, sino por la gratitud y el amor más puro hácia su esposo. Despejado ya el horizonte que ántes tan preñado de negros nubarrones viera, y tranquilizado su espíritu, preguntó:

—Pues entónces, ¿de qué mundo invisible me hablabas?

—Voy á decírtelo, querida mía.

Llámase *mundo invisible* el de los infinitos seres que, por su inmensa pequeñez, es imposible que los veamos sin el auxilio de un instrumento, tal como éste, por muy buena vista que tengamos. Ese mundo es muchísimo mayor que el que vemos, pues aun allí donde tú crees ver la muerte, hay una exuberancia de vida tal, que te llenaría de asombro. Nuestro cuerpo todo, aun disfrutando la mejor salud, es un conjunto, puede decirse, de seres que viven de y en nosotros, al mismo tiempo que sostienen nuestra existencia. No das un paso sin que bajo tu planta mueran infinitos otros, de cuyos cadáveres nacen millares de ellos. Todo el alimento que tomas, y hasta el agua que bebes, todo, todo está lleno de vida que se desborda á bor-

botones. El átomo de polvo que ves en un rayo de sol, es todo un mundo poblado de una multitud de esos seres. Ellos allí nacen, crecen, se multiplican y mueren, ni más ni menos que las especies de que formamos parte. El sabio naturalista Leuwenhoeck ha dicho que mil millones de *infusorios* descubiertos en el agua comun con el microscopio, no forman un volúmen mayor que el de un grano de arena. Ehrenberg, otro naturalista no ménos sabio, ha dicho que la vida se halla extendida en la naturaleza con tal profusion, que sobre esos infusorios viven como parásitos otros infusorios aún más pequeños, y que éstos á su vez sirven de morada á otros más diminutos todavía. Sir John Herschel puso una gotita de agua en un cristal; esta gotita presentaba con el microscopio un diámetro de doce piés, y observó en ella una inmensa poblacion de animales de todos tamaños, tan compacta, que era imposible poner la punta de una finísima aguja en sitio desocupado de ellos. ¿Y qué diremos de esas inmensas capas de terreno cretáceo que se extienden por las costas del Océano con un espesor de muchos miles de piés, y de las que cada onza contiene millones de animales foraminíferos? ¿Qué de esos pólipos que forman islas enteras del gran Océano? ¿Qué de esas millaradas de animales y vegetales microscópicos, que ellas solas constituyen elevadas montañas? ¿Qué de la plenitud de vida que en sí encierran los mares? Allí, dice Humboldt, todo es movimiento y vida; á profundidades terribles cada capa de agua está animada por los poligástricos, los clinidios y las ofridinas. Allí pululan los animales fosforescentes, los zoófitos acaefos (animales plantas), los crustáceos, los peridinium y las nereidas giradoras, que en innumerables masas salen á la superficie del mar en sorprendentes olas de espuma luminosa.

Tú las has visto en nuestros marítimos viajes, mi querida Ana, y tú has admirado conmigo el precioso espectáculo que formaban aquellas olas de pulimentados diamantes. Recuérdalo bien; y considerando la magnitud de las olas, calcula, si puedes, el número que en cada una habrá de esos seres microscópicos en cantidad suficiente para producir aquella luz, y trata de formarte una idea del que contendrán las aguas de esos inmensos mares. Tu mente se anonada ante ese cálculo,

como se anonadaría la de todo mortal que intentase hacerlo.

¿Dónde encontrar límite á la fecundidad de la naturaleza? ¿Dónde hallar el fin del imperio de la vida, cuando vemos que, no solamente en el reino mineral se encierran infinitas legiones de seres, no solamente en el vegetal, en cuyas hojas corren aquellos como las bestias en las praderas, sino hasta en el mismo reino animal, la naturaleza, no contenta con esparcir las especies por todas partes en que la materia existe, las incrusta, por decirlo así, unas en otras? ¿Dónde hallar el reinado de la muerte, en fin, si en lo que juzgamos cadáver rebosa la vida á torrentes?

Atónita escuchaba la sensible Ana todo cuanto decía su esposo; y aunque no entendía el significado de algunas voces técnicas que éste había empleado, comprendía, sin embargo, la magnificencia del cuadro de la creacion que Rafael le presentaba. Extasiada ante tan sublime espectáculo, su mente se elevaba al Creador admirando su omnipotencia, y empezaba á formar una idea de su grandeza, muy superior á la que ántes había tenido. Por primera vez en su vida oía tales maravillas, y pensó que su marido era un sabio. Entónces sintió remordimientos de haber creído que estaba loco, y estaba dispuesta á pedirle perdon por lo que le había hecho sufrir, cuando reflexionando consigo misma, se dijo: ¿Y quién me asegura de que todo eso que me ha estado refiriendo no sea fruto de su razon extraviada? ¿Para qué había Dios de haber creado tantos animalitos que ningun servicio pueden prestar á la raza humana á causa de su infinita pequeñez?

—Escucha, Rafael, le dijo, si con ese instrumento que te han traído de Paris pueden verse esos seres de que me hablas, supongo que yo tambien podré verlos.

—Claro es que sí, y para calmar tu impaciencia y tu curiosidad, vamos en este momento á empezar á ver el *mundo invisible*.

En efecto, Rafael extrajo de la caja el microscopio, y despues de darle la graduacion conveniente, le dijo:

—Antes de todo, quiero que veas la tersura y delicadeza de tu cútis; pon aquí un dedo y arrima un ojo al microscopio.

—¿Qué es eso, exclamó Ana, despues de ejecutar lo que su

marido le había dicho, qué es eso que veo y que parecen los surcos de una tierra sembrada?

—Eso es tu delicado cútis.

—¡No puede ser, eso sería horrible! pero sí, eso debe ser, porque si retiro la mano no veo más los surcos: mas dime, ¿no habrá ilusión en eso? ¿No será cosa del cristal?

—Cosa del cristal es, porque á causa de su forma especial nos presenta los objetos prodigiosamente aumentados en volumen, pero sin desfigurarlos y tales como son.

Pero aún no has visto bien tu cútis. Tan delicado y bello como se presenta á nuestros ojos, está cubierto de escamas como las de los pescados; y son tan grandes relativamente, que cada una de ellas cubre unos 500 poros ó aberturas por donde pasa el sudor, lo mismo que el agua por un cedazo.

—¿Y es esa nuestra belleza? dijo Ana mirándose entristecida sus manos finísimas. ¡Qué desengaño tan cruel! ¡Con escamas como las de un besugo! ¡Y lo mismo tendré la cara! Lo único que me consuela es que sólo se ven con esos cristales, y nadie me ha de mirar con ellos. ¿Es verdad, esposo mio?

—Sí, Ana querida; pero eso mismo sucede en lo moral. Cuando vemos muy de cerca á una persona, notamos en ella ciertos defectos que no son otra cosa sino las escamas que cubren su cuerpo. ¿No has visto la comedia *No hay hombre grande para su ayuda de cámara?* Pues bien, eso depende de que éste observa muy de cerca, es decir, con el microscopio intelectual, las pequeñeces y defectos propios de la imperfección humana, y se le presentan muy abultados; al paso que, semejante á una hormiga que no ve la hermosura del jardín en que se halla, no percibe la grandeza de aquella alma que tan cerca de sí tiene. De ahí que no apreciemos en todo su valor á las personas con quienes vivimos en continuo trato, hasta que llega el día de su muerte, que es el día de los elogios. Entónces, alejado de nosotros aquel sér querido, no le vemos ya con el microscopio que nos presentaba tan sólo sus debilidades é imperfecciones humanas, sino con el telescopio que sólo nos deja ver lo grande y lo bello que tenía, así como en el esplendente cielo sólo vemos su magnificencia y no las asperezas y desigualdades de los radiantes soles que en él ad-

miramos, y que no son sino otros tantos mundos, habitados probablemente, muy superiores al de la tierra, puesto que en tamaño le exceden muchísimo.

—¡Qué cosas dices, Rafael! ¿Serás tú también uno de los que creen que hay habitantes en la luna y en las estrellas? ¡Tonta de mí que ya te iba creyendo todo lo que me estabas diciendo, y ahora... con esas locuras...

—Es claro, con esas cosas que digo, ya no crees parecerte á los besugos. Pues bien, consuélate con eso, vete á ocupar de tus labores, y déjame en paz con estas que tienes por locuras.

—No te enfades. Rafael mio, te oigo con un placer grandísimo; pero como siempre he oido hablar con mofa de los que dicen que hay gente en la luna, por eso...

—Yo no he dicho que haya gente en la luna, y por la inversa, creo que no tiene habitantes.

—Y entónces, ¿cómo supones que los hay en las estrellas?

—Porque en la luna no hay atmósfera, y el aire es indispensable para la vida.

—Ahora sí que te cojo en tus redes. Pues los besugos y demás pescados, ¿cómo viven en el agua?

—Lo que haces no es cogermé en mis redes, sino suscitar cuestiones diversas, que por tu falta de conocimientos científicos, sería necesario tratar con mucha extension para que las comprendieras. Sin embargo, te diré algo por contestar á tu pregunta.

IV.

El agua es el elemento constitutivo y principal de todos los seres vivientes, animales y vegetales. Sin aire no es posible la existencia del agua ni de ningun otro líquido, y por consiguiente, sin aire no podrían existir aquellos, y de aquí el que todos ellos, animales y plantas, lleven en sí mismos un aparato respiratorio. Falta el aire, y falta todo lo que á la vida se refiere.

—¿Y cómo sabes tú que en la luna no hay aire, ni por consiguiente agua, ni por eso mismo, seres vivientes?

—Porque no se ha podido descubrir en ella la atmósfera, ni aún valiéndose de los mejores telescopios.

—¿Pues se ha descubierto acaso en algun astro?

—Sí, en todos los que de nuestro sistema planetario están más próximos á nuestro globo. En Mercurio, en Vénus, en Marte, en Júpiter y en Saturno, se ven correr las nubes desde el Ecuador á uno y á otro lado. Y es más, en los tres primeros se ve hasta la nieve que tienen en los polos.

Pero hay más todavía; entre Marte y Júpiter existe una zona ó faja, si así quieres llamarla para entenderlo mejor, de 80 millones de leguas de anchura, que parece haber sido en tiempos antiquísimos, ántes probablemente de que existiese la tierra, el teatro de una gran catástrofe. En esa vasta region en que los astrónomos esperaban encontrar el planeta que segun las leyes universales debía ocuparla, se han hallado desde principios de este siglo hasta la fecha más de cien fragmentos planetarios, que, segun la opinion más generalizada, son pedazos de un planeta que debió ocupar ese espacio y reventar como una granada, esparciendo sus restos que se hallan diseminados recorriendo sus órbitas alrededor del Sol, como los demas planetas. Pues bien, muchos de esos fragmentos, á que se ha dado el nombre de aerolitos, han caido sobre la tierra en diversas épocas; y analizados por célebres químicos, se ha visto que contienen generalmente hierro, níkel, cobalto, manganeso, cobre, azufre, etc., sustancias todas ellas que se hallan en nuestro globo con abundancia.

Más aún; el periódico frances *Presse scientifique des Deux Mondes* de 1.º de Octubre de 1862, hablando del análisis hecho en cuatro de esos aerolitos, dice:

«Estos fragmentos contienen no solamente los metales y metaloides ordinarios, sino tambien *carbon*; es decir, un cuerpo simple con el que siempre podemos relacionar el origen de los séres organizados, y que, si es posible extender á esas regiones insondables lo que vemos alrededor nuestro, ha debido estar animalizado.»

El *Bulletin de la Société geologique de France*, en su tomo XI, página 145, dice que en los aerolitos se encuentra el oxígeno, el carbono y el hidrógeno, así como tambien el agua

en el estado de hidrato de hierro, casi la única forma bajo la que es posible que nos llegue, y manifiesta que eso es una prueba de que hay, fuera de nuestro globo, los elementos químicos de un reino vegetal análogo al nuestro.

Pero no es esto sólo. Desde el célebre Newton, que hasta se atrevió á dar el paso más sorprendente que registra la historia de la ciencia, cual es el de calcular, no solamente el volúmen de los planetas, sino su peso y sus densidades respectivas, hasta nuestros días, el estudio humano ha hecho progresos extraordinarios. Por el *análisis espectral*, que es uno de ellos, se sabe positivamente que en el Sol, en ese astro, un millon cuatrocientas mil veces mayor que la Tierra, y de la que dista más de treinta y ocho millones de leguas, existe el hidrógeno, el potasio, el sodio, el calcio, el bario, el magnesio, el zinc, el hierro, el cobalto, el níquel y el cobre.

Si, pues, todo esto nos presenta una gran semejanza de los planetas con la Tierra, ¿será muy aventurado creer que en ellos existen seres vivientes, si no precisamente de igual organismo y forma que en nuestro mundo, de una constitucion apropiada á las condiciones planetarias que les rodean? Si las obras de Dios son infinitas como su Creador; si aunque nos fuera posible lanzarnos al espacio con la celeridad de la luz, y en línea recta fuésemos atravesándolo durante miles y miles de siglos, siempre hallaríamos esas obras, esos globos, esos mundos; sí, no podríamos jamás hallar límites al imperio del Sér Supremo; si la luz de la estrella más cercana á la Tierra tarda en llegar á ésta tres años y ocho meses; si la de las más lejanas que pueden divisarse con los mayores telescopios, emplea en su trayecto hasta nosotros dos mil setecientos años; si ni éstas, ni mucho ménos las infinitas que hay más allá, pueden haber sido creadas para recreo ó utilidad del hombre terrestre, ¿no será un absurdo suponer que todos esos infinitos astros, inmensamente mayores que nuestro diminuto mundo, sean otros tantos desiertos, otros tantos cadáveres, en vez de creerlos habitados por criaturas vivientes dotadas de inteligencia para conocer y adorar á Dios? ¿No es una insensatez ridícula la del orgullo humano que ha supuesto á nuestra pobre morada como la única privilegiada para reflejar la grandeza y el poder infi-

nito del Eterno? ¡Todo, según el hombre, ha sido creado para su utilidad y recreo, y Dios de nada se ha ocupado ni ocupa más que de él! ¡Qué vanidad! ¡Qué locura!

¡Y desgraciado el que en otros tiempos tratara de menoscobar en lo más mínimo la soberanía del hombre ó la superioridad del mundo que habita! ¿No fué Anaxágoras condenado á muerte por haber dicho que el Sol era más grande que el Peloponeso? ¿No se vió Galileo en gran apuro por haber emitido la opinion de que la Tierra giraba alrededor del Sol?

—¡Conozco, mi querido Rafael, que la ignorancia es causa del orgullo, y que ella no nos deja conocer cuán grande es ese Dios, á quien de ordinario nos presentan tan pequeño y tan sujeto á las pasiones mezquinas del género humano! Te oigo con un placer indefinible, porque abres las cerradas puertas de mi entendimiento, lo iluminas, y me haces gozar del magnífico espectáculo que las obras de Dios despliegan ante mi vista, y que hasta aquí mis ojos no podían percibir. ¡Gracias, gracias mil te doy por ello, y principalmente á Dios, que sin duda se ha valido de tí para que con tu palabra me enseñases á conocer su omnipotencia y sabiduría infinita! ¡Cuán feliz soy en este momento, y cuánto compadezco á los ignorantes! Sigue, sigue, mi buen Rafael, instruyéndome. ¿No me estabas enseñando el *mundo invisible*, que yo, pobre de mí, creí que era el mundo de los espíritus?

—Sí, mi querida Ana, con mucho gusto lo haré; mas no creas que soy un sabio. Muy poco más que tú sé yo, y el hombre que más sabe, sólo llega á comprender que es harto pequeño, harto ignorante, para conocer la grandeza y la perfeccion suma de aquel Sér de cuya naturaleza y de cuyas propiedades no podemos en manera alguna formarnos sino una idea tan pequeña como nuestro entendimiento permite.

Volvamos, pues, al microscopio, al que por lo pronto no debes estar muy agradecida por haberte hecho ver tu semejanza con los besugos.

—Verdad es; pero cuando Dios me hizo así, debo creer, y creo efectivamente, que su obra es la bella, y no otra.

—Así es, Ana; en Dios, y por consiguiente en sus obras, no cabe sino lo bello, lo grande, lo sublime.

Ahora pondrás tu dedo como ántes en el microscopio, y me vas á permitir que con un alfiler te pegue un pequeño pinchazo para que veas la gotita de sangre que te salga.

—Bien, pero no pinches fuerte.

—No tengas cuidado; vamos, allá voy.

Antes de que le pinchara, tan pronto como Ana vió cerca desu dedo una enorme barra de acero toscamente trabajada y del grueso de un brazo, lo retiró asustada, y dijo:

—Con esa barra me vas á destrozar la mano. ¿No me dijiste que me pincharías con un alfiler?

—Aquí está, pues, ya te iba á pinchar con él cuando retiraste el dedo; pónlo sin miedo.

Tres ó cuatro veces ocurrió lo mismo, pues no podía vencer el temor de que aquella disforme barra le destrozara la mano. Mas como por otra parte estaba ansiosa de ver por sus ojos si era ó no cierto lo que su marido le había contado, le rogó que le sujetara con su mano la suya, y no la dejase escapar, pues á ella le faltaba el valor.

Así se hizo y Rafael la pinchó, dando esto lugar á que saliera una pequeñísima gota de sangre. Ana lanzó un grito y quería retirar el brazo; pero su esposo lo tenía bien sujeto.

—¡Por Dios, Rafael, ¿no ves qué rio de sangre está corriendo? ¿no conoces que voy á morir desangrada? Pero ¿qué multitud de animales feroces me están devorando? ¡Cómo pelean tambien ellos entre sí! ¡Qué horror! ¡No puedo más! Dijo, y apartando la vista de aquel mar de sangre hirviente, se cubrió los ojos con la otra mano.

Mira tu dedo, le dijo Rafael dejándoselo en libertad, y tranquilízate.

Hizolo así Ana, y examinándolo, quedó asombrada de no hallar más que aquella imperceptible gotita de sangre. Sintióse algo avergonzada de su pusilanimidad, y prometió á su esposo el no volver á incurrir en ella con tal de que no le hiciese ver cosas tan horribles.

Accedió á ello Rafael, aunque riéndose, y cogiendo de una maceta una planta que vulgarmente se llama *Llagas de San Pedro*, y que en el centro tiene una manchita morada, la puso en el microscopio, y la examinó por ambos lados. Des-

pues invitó á su esposa á que hiciera lo mismo, y se trabó entre ambos el diálogo siguiente:

—¡Qué floresta tan divina! ¡Qué colores! ¡Qué plantas tan magníficas!

—Vuelve del revés la hojita.

—¿Qué huerto es ese que veo?

—Efectivamente; así lo parece. ¿No ves ahí una planta rastrera como un melonar, con infinidad de hermosas frutas esféricas y separadas entre sí como lo están los melones?

—Sí que la veo; pero son tantas, que no puedo saber las que hay. ¡Qué preciosas son! Y tienen diversos colores; las hay verdes, doradas y encarnadas, todas ellas con un lustre que parecen barnizadas.

—Esos colores marcan su estado de madurez.

—¿Y para qué ó para quién pueden aprovechar esas frutas?

—Examina bien, recorre la hoja, y tal vez halles la respuesta.

—¡Ay, sí, aquí lo veo: aquí hay tres bichos muy feos: uno de ellos, que es bastante mayor que los otros dos, aunque de la misma figura y color, está comiendo una de esas frutas. Tienen seis patas como los escarabajos, y la cabeza es prolongada y feísima. Son de un color verde sucio.

—Ese más grande regularmente será la madre de los otros dos.

—Es posible, porque van detras de ella como jugando.

—Ahora bien: considera el crecido número de frutas que alcanzas á ver, y la distancia grande á que se hallan separadas entre sí; considera que todo ello ocupa ménos lugar que una pequeña cabeza de alfiler, y que cada fruta, cuyo número no bajará de doscientas en ese reducido espacio, tiene su pellejo ó corteza, su carne, su simiente y sus venas, por donde corre su líquido constituyente. Considera que la semilla que encierra en su centro se compone asimismo de una cutícula y de otras muchas partes integrantes, y calcula, por último, el tamaño de cada una de esas partes.

—Verdaderamente que no se sabe dónde se nos presenta Dios más grande, si en los objetos que por su inmensidad nos pasman, como la bóveda celeste con su tachonado manto de

estrellas y sus mundos, ó si en lo inmensamente pequeño que acabamos de ver.

—Así es, Ana, y lo que no alcanzo á comprender es cómo hay ateos; esos hombres no deben conocer el microscopio.

Pero todo lo que has visto hasta ahora con este instrumento es gigantesco en comparacion de otros objetos que aún no has llegado á ver. Esos bichitos cuya inmensa pequeñez te asombra, son elefantes monstruosos al lado de otros miles de millones de animales que existen. Lewenboek nos habla de unos insectos, de los cuales, para formar una pizca, que es la vigésima parte de un grano, se necesitan 27 millones. En las cavidades de un grano de arena se distinguen diversas variedades de insectos.

—Pero ¿en qué se conoce la vida de esos séres? Permanecerán sin movimiento alguno, y tal vez no sean vivientes.

—Te equivocas; tienen mucha más actividad que nosotros. Las cresas, insectos como la vigésima parte de un grano de arena, dan 500 pasos por segundo. Tal lujo de órganos vitales tienen todos los séres microscópicos, que aventajan con mucho á los animales de gran tamaño, poseyendo quince, veinte y más estómagos. A esto atribuye el naturalista Owen su gran actividad, y Ehrenberg, que los ha observado á todas horas, nunca los ha visto en reposo, deduciendo de aquí que jamás duermen. Segun este sabio, algunos de estos animalitos tienen los ojos de un hermoso color de púrpura, y en muchos de aquellos es tan grande el sistema circulatorio de su sangre, que puede asegurarse sin temor de pasar por exagerado, que el volumen de su corazon es cincuenta veces mayor relativamente que el del caballo. De ahí sin duda el que tengan, como tienen en realidad, más resistencia vital que los séres más vigorosos que conocemos en las grandes especies. James Ross ha encontrado en los hielos polares multitud de especies de estos pequeñísimos vivientes, cubiertos con una coraza cuarzosa, y no hay lugar ninguno de la tierra en que no pululen, aunque los animales de mayor volumen y los vegetales no puedan resistir los rigores del clima en que se hallan.

V.

—¡Qué asombrada estoy, dijo Ana, de todo lo que dicés! Te confieso que si no hubiera visto por mis propios ojos lo que jamás sospeché que existiera, te consideraría loco, y que los nombres de esos sabios que citas eran inventados por tu imaginación extraviada, pues nunca los he oído nombrar.

—Lo creo sin dificultad, porque con harta frecuencia te imaginas que estoy demente, como suele suceder á todos los que oyen hablar de cosas que ignoran ó no entienden. Eso me ocurrió días pasados con un amigo hablando de las *bodas de las plantas*.

—¿De las *bodas* de las plantas? Ya lo creo que te tendría por demente; ¿cómo ha de haber casamientos en las plantas? ¿Pueden ellas acaso sentir el amor? Vamos, Rafael, algunas veces sin duda eres un sabio, pero otras...

—Un loco, ¿no es verdad?

—¡Como dices unas cosas tan!...

—¡Tan extravagantes! ¿no es cierto?

—¡Hombre! ¿qué quieres? Yo no he conocido jamás esos matrimonios, ni he oído á ningun cura que los haya hecho.

—Y sin embargo, esas bodas se verifican.

—Vamos, vamos, Rafael, ó me estás embromando con el lenguaje de las flores, en el que por ejemplo, el heliotropo quiere decir *sólo á vos miran mis ojos*, ó de lo contrario, tu cabeza no está muy buena.

—Pues no me refiero á ese lenguaje simbólico que, en todo caso, no sería el del amor precisamente, puesto que la albahaca significa odio, ni creo estar loco por decir que hay bodas entre las plantas. Escúchame si quieres, y despues tú juzgarás.

—Te escucho, Rafael; pero no te negaré que lo hago con pena.

—Pues bien, aunque el asunto es de suyo tan interesante que bien merecería ocuparnos algunas horas, voy á darte una idea brevísima de los amores de las plantas; y para que veas

que yo no soy el inventor de la palabra *bodas* aplicada á los vegetales, te diré que la voz *fanerógama*, que el gran naturalista sueco Linneo designó á las plantas que echan flores, significa *bodas manifiestas*, así como á las que no las tienen visibles las llamó *criptógamas*, que quiere decir *bodas ocultas*.

—Vaya, estoy ya viendo que hasta en las flores hay casamientos en público y casamientos en secreto, con sus respectivos raptos y demas acontecimientos novelescos. Sigue, sigue, que la cosa promete ser divertida.

—Voy á seguir, aunque presiento que esas púas satíricas con que pretendes ahora lastimarme, han de volverse contra tí muy pronto.

Huyendo de minuciosos detalles y del tecnicismo, en cuanto sea posible, te diré que hay flores machos y flores hembras. Las primeras tienen *estambres*, que son los que, por ejemplo, en la azucena, ves cubiertos de un polvo casi siempre amarillo. Las segundas tienen una columnita que sale del centro, por ejemplo, en el clavel, á la cual se llama *pistilo*, y que termina en una especie de boca. Veamos ahora lo que es ese *polvillo*. Por fino que se presente á nuestros ojos, está muy léjos de ofrecer tanta sencillez como acaso crees. Cada granito de él tiene dos ó tres membranas ó cutículas transparentes, que forman una cavidad llena de un líquido llamado *fovilla*, donde nadan unos granitos que se hallan dotados de movimiento y vida, y son, digámoslo así, el gérmen vivificador.

Ese polvo amarillo es llevado por el viento ó por las moscas y otros animalillos en sus patas; y conducido por ese medio, ó por otro que no hay precision de explicar, al pistilo de la flor que produce la semilla, hace que ésta se desarrolle.

Ese servicio que prestan las moscas y otros bichos volátiles, les proporciona á veces el quedar aprisionados dentro de la flor en que se posan, si pertenece ésta á la clase de las sensitivas.

—¿Qué es eso de sensitivas? ¿Es acaso que son sensibles?

—Indudablemente. Una de ellas es la que vulgarmente se llama *vergonzosa*.

—Pues qué, ¿tambien tienen vergüenza?

—Casi lo parece en esa planta, porque con sólo tocar con un

dedo, aunque sea ligeramente, una de sus ramas, toda ella cae como desmayada, al mismo tiempo que sus hojas se pliegan unas contra otras, cual si quisieran de ese modo evitar hasta las miradas del que las ultrajó, hasta que poco á poco van abriéndose y adquiriendo la rama su posición natural.

—Vamos, sigue, sigue, que me va interesando la historia de las flores, y hasta voy sospechando si serán prójimos nuestros. Conque dime: ¿también se entretienen cogiendo moscas?

—Ríete cuanto quieras; pero yo en castigo de tus burlas te voy á dejar con el deseo de saber más sobre este punto.

—No, por Dios, Rafael mio; yo me enmendaré; ya sabes que soy un poco bromista contigo; pero si en vez de eso quieres que te trate con respeto...

—No, Ana querida, no; quiero que seas tal como eres. Búrlate, si te place, pero escucha.

Decía, que cuando una mosca, por ejemplo, se posa en una flor de las sensitivas, suele quedar aprisionada por ésta, como sucede con la llamada *dionea atrapamoscas*, la cual en ese caso cierra unos lóbulos pestañosos que tiene, y no los abre hasta que el prisionero, convencido de su impotencia para escapar, se resigna ó se cansa, y permanece quieto por un buen rato. Esa misma propiedad tienen la *drosera*, llamada *rocío del sol*, y otras.

Aunque mucho pudiera decirte de la sensibilidad de las plantas, y hablarte hasta del *sueño* de las hojas, voy á concluir refiriéndote uno de esos matrimonios de que nos estábamos ocupando. El de la *valisneria espiralis*, lo cual no deja de ser curioso.

Esta planta es acuática, vive generalmente debajo de aguas poco corrientes, y desarrolla su tallo formando una espiral. El de la valisneria hembra es suficientemente largo para que el botón salga á flor de agua, como lo verifica; mas no sucede así al macho, sino que, siendo más corto su tallo, es preciso que se desprenda la flor en capullo, y saliendo á la superficie, allí se abra y se deje llevar por el viento y la corriente hasta llegar al lado de su amada, y comunicarle por medio del viento el polvillo de que te he hablado. Después de esto, la hembra cierra su corola, y recogiendo su tallo, vuelve al seno de las

aguas á cumplir su mision, al paso que el macho sigue arrastrado por la corriente á perderse y á morir.

Tales son, mi burlona y querida Ana, las *bodas de las plantas*, á las que alcanza tambien la ley divina del amor, cuyo imperio es mucho más vasto de lo que tú imaginas.

—No sé lo que por mí pasa, mi querido Rafael; estoy confundida y avergonzada de mi ignorancia, y siento efectivamente clavadas en mi corazon las púas de mi sátira. Perdóname, yo te lo ruego, pues te juro que en adelante será tu palabra para mí como si procediera de Dios. ¡Cuánta es su sabiduría, cuánto su paternal amor, hasta para con las plantas, cuánto su poder y cuánta su grandeza!

VI.

Volvamos, esposo mio, al microscopio, volvamos á ese instrumento que está operando en mi mente una revolucion que me hace muy dichosa, pues que por él mi alma se transforma y adquiere fuertes alas para volar al Empíreo, y adorar al Señor, que me permite ver algo de la omnipotencia, de la sabiduría, de la infinita grandeza de ese Sér á quien no puede comprender nuestro pobre entendimiento; pero cuya presencia conocemos por doquier que fijamos nuestra vista.

—Así es, Ana querida, y yo estoy lleno de un gozo inefable al ver que nuestras almas se confunden en el mismo deseo de adorar á Dios.

Volvieron á usar el microscopio, y así pasaron algunas horas sumergidos en la mayor felicidad. Vieron el moho de una pared algo húmeda, y ante sus ojos se presentaron deliciosos pensiles de preciosos vegetales que convidaban con sus frutos y frescura. Vieron el polvillo que deja en nuestras manos una mariposa, y en él reconocieron ser multitud de plumas delicadas. Arrancaron á una mosca un ala y vieron que era de una especie de preciosa tela; pero ¡qué sentimiento tuvieron al ver el sitio por donde estaba adherida al cuerpo de la mosca! presentaba el mismo aspecto que si á un elefante le hubieran arrancado de cuajo una de sus patas, y comprendieron el in-

menso dolor que aquel animalito estaba sufriendo por haber querido ellos satisfacer su curiosidad, y por un simple y corto entretenimiento! ¡Así es el hombre! En su egoismo ignorante, no ve más que á su persona, y con atrevida y despiadada mano todo lo tala, todo lo destruye, cree que cuanto existe le pertenece, y no se cuida ni aún siquiera comprende que fuera de él pueda haber algo que valga, algo que sienta, algo que sea respetable y digno de su atención!

Examinaron un trozo de papel finísimo y satinado, y la más burda y tosca estera de esparto era más fina y no tenía la tosquedad y aspereza que el papel presentaba. Vieron, en fin, varias obras de las más perfectas que el hombre hace; y todo en ellas era malo, todo basto, todo feo, todo imperfecto y rudimentario. Pero ponían en su lugar cualquier objeto de la mano creadora, y todo allí era bello, todo precioso, todo admirable. ¡Cómo, de otra manera, se comprendería la diferencia entre lo creado y el Creador, entre la ignorancia y la Suma Sabiduría, entre la oscuridad y la luz, entre lo finito y lo eterno!

Pasó el día, huyendo veloces las horas, cual rápidas pasan ante nuestra vista las aguas que se derrumban de una grande catarata. No de otro modo pasa siempre el placer por nuestra amarga existencia, así como el dolor parece una inmensa laguna que hay que apurar gota á gota. Cansados ya ambos esposos, no de ver las maravillas de la creación, sino de los órganos visuales y de la postura violenta é incómoda para tales observaciones, cuando se prolongan demasiado, guardaron el microscopio con ánimo de continuarlas al día siguiente. Ya, en el concepto de Ana, Rafael no era un loco, y sentía en su corazón un verdadero remordimiento por haberle creído demente. Así se lo manifestó en descargo de su conciencia, y Rafael, viéndose rehabilitado ante los ojos de su esposa, gozó de esta satisfacción, que le proporcionaba el gusto de entregarse con libertad á sus estudios.

Hízolo así en efecto; mas como todo lo exagerado es vicioso hasta el punto de que la misma virtud tiene sus límites, fuera de los cuales degenera en vicio, Rafael sólo se ocupaba de sus libros y del microscopio, teniendo olvidado todo lo demás.

No sin razón la angelical Ana se mostraba celosa de los libros, y lloraba su soledad, por más que su marido estuviese casi siempre en la misma habitación que ella.

Entre los objetos que Rafael buscaba para someterlos al microscopio, halló una pequeñísima arañita ya seca, y no mayor que un grano de mostacilla. Con sumo cuidado la colocó en el campo del instrumento, y, conteniendo el aliento para que éste no la arrastrase, aplicó un ojo al objetivo. Por más acostumbrado que estuviese á ver los objetos con tan considerable aumento de volúmen, no dejó de sorprenderle é impresionarle aquella enorme araña, cuyas patas monstruosas marcaban un círculo de más de un metro de diámetro. Hallábase este horrible animal dando frente al cuerpo del observador; cubierta de pelos rojizo-oscuros, y en una actitud como de saltar, presentaba un aspecto capaz de asustar á cualquiera que la viese con aquellas proporciones. Impresionado Rafael con aquel espeluznante animalote, se olvidó ya de contener el aliento: llega éste á la araña, la mueve, y creyendo el observador que aquel monstruo había brincado sobre él, se asusta realmente, y da hácia atrás un salto que le hizo caer de espaldas; reconoce en el acto su error, recuerda el verdadero tamaño de aquel diminuto animal, y esto le hace prorumpir en la más ruidosa carcajada. Ana ignoraba la causa de aquel brinco y de aquella risotada. Resentida como se hallaba del aislamiento en que la tenía su esposo, cayó nuevamente en la sospecha de que los libros le tenían trastornado el juicio, pues no de otro modo podía juzgar del hecho que acababa de presenciar. Así es que acudió á su marido llevando en su rostro el sello de la angustia que sentía su corazón, y que aumentaron más y más las continuadas risas de Rafael.

Después de un altercado en que Ana exigía de aquél que le entregase la llave del estante de los libros, la calma y la razón recobraron su imperio y volvieron ambos á sus habituales ocupaciones. Ana, sin embargo, no había visto la disforme araña, y quedó algo recelosa de que el juicio de su esposo no estuviese muy cabal.

Un acontecimiento que á los pocos días tuvo lugar vino á robustecer sus renacidas sospechas. Había leído Rafael en el

libro de botánica que tenía entre manos, que sembrando una planta al revés, esto es, con las ramas dentro de la tierra y las raíces afuera, éstas se convertían en ramas y las ramas en raíces. Quiso verlo prácticamente, y al efecto bajó al huerto que su casa tenía, desenterró una planta, y cuando la estaba invirtiendo, acertó á pasar por allí la lavandera que les lavaba la ropa. Asombrada ésta de ver aquella operacion, tan rara para ella, ¿qué hace V., señor, le preguntó?

—Estoy sembrando.

—Pero, señor, ¡si ha enterrado V. toda la planta, dejando afuera la raíz, que es lo que debía estar dentro!

—Pues bien, yo siembro de este modo.

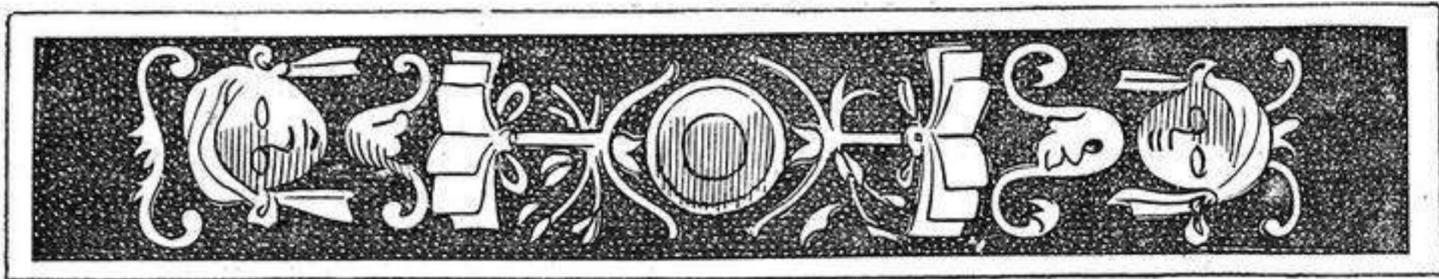
Encogióse de hombros aquella pobre mujer, y subiendo adonde estaba la señora, le dijo que D. Rafael estaba loco. Figúrese el lector cuál sería el efecto que esto causó en el corazón de Ana. Preguntóle la causa por lo que le creía en tal estado, y ella le contó lo que había ocurrido. Corre la infeliz esposa al huerto, y halla á su marido terminando su transplante; ve aquellas raíces que parecían estar pidiendo amparo contra quien así trataba de invertir el orden de la naturaleza, y cogiendo á su esposo por un brazo, pretendía, ya con halagos, ya con cariñosas reconvenciones, llevárselo de allí alejándole del producto de su demencia.

La escena que siguió no es para descrita; baste saber que, aún despues de leer Ana lo que el libro decía, insistió en que Rafael estaba rematadamente loco, lo mismo que el autor que tales cosas aseguraba. Jamás ella había visto sembrar ó transplantar de aquel modo, y en vano hubieran intentado persuadirla de otra cosa todos los sabios del mundo. Todos ellos hubieran sido calificados de dementes, de igual manera que si hubiesen querido demostrar que la posición natural del hombre es la de tener la cabeza abajo y los piés en la parte superior. ¡Cuál, pues, no sería su asombro cuando, despues de algunos dias, vió que efectivamente, aquellas erizadas y desnudas raíces, que habían cambiado de elemento, estaban brotando y convirtiéndose en ramas! Entónces volvió á arrepentirse de los sinsabores que á su pesar había causado á su marido, y prometió creer á puño cerrado cuanto éste le dijese.

Aquí cesa la historia de Rafael, que es la historia de la humanidad. El orgullo, hijo legítimo de la ignorancia, creó la doctrina de que la tierra, este miserable átomo de la creación, era el centro del universo, que todos los astros giraban en su derredor, y que toda la inmensa obra de Dios tenía por único objeto servir á ese átomo. El orgullo y la ignorancia son los que persiguieron de muerte á Anaxágoras por haber dicho que el sol era más grande que el Peloponeso, á Galileo porqu^o dijo que la tierra tenía movimiento, y á tantos otros quon. atrevieron á emitir ideas que quitaban á la tierra la falsa aureola con que la habían engalanado, presentándola en el humilísimo puesto que le correspondía. Por dementes pasaron los que, como Copérnico, defendieron que el sol era el eje del sistema planetario á que pertenece la tierra; por dementes los que, como Bodé, midieron las distancias de los planetas, los que, como Newton, se atrevieron hasta á calcular su peso y densidad, y los que, como Anaximandro, Empedocles, Epicuro, Descartes y tantos otros infinitos sabios, creían en la pluralidad de mundos habitados. Por dementes, en fin, pasan y pasarán eternamente los que, oponiendo resistencia á ser arrastrados por las mortíferas corrientes de la rutina, traten de separarse de ella, tal vez porque en su mente arde esplendorosa la llama del genio, y descubre con ella los errores de los que creyéndose poseedores de la verdad, tienen por loco al que como ellos no piensa. Tal es el orgullo humano.

FERNANDO GOMEZ DE SALAZAR.





pa

—E

—F

CONSTANTINOPLA



CONFERENCIA DADA POR JAMES BRYCE

TRADUCCION DIRECTA DEL INGLÉS

POR

D. ENRIQUE DANERO.

(Conclusion.)



No cabe duda que para los rusos más que para otros debe ser triste la vista que desde el mar presenta esta ciudad; porque en San Petersburgo casi todas las calles son rectas y algunas de las mayores no ofrecen, por lo ménos en el espacio de tres millas, la menor curva, siendo por la tanto materialmente imposible descubrir dónde empiezan ó terminan.

Acaso más que todo cuanto dejamos dicho extrañará al lector saber que ese antiguo y maravilloso monton de mezquitas, bazares, cementerios, jardines y ruinas se halla al presente atravesado por trenes y tramvías. En efecto, existe al presente una línea de ferro-carril que, partiendo del centro del puerto, da vueltas á la ciudad, y siguiendo las tortuosidades de la playa, se dirige á sus afueras. Por medio de esta vía se verifico, pues, el « tráfico de ómnibus, » por parar la máquina cada

tres ó cuatro minutos, segun lo verifica en Lóndres la « Red Metropolitana » al paso que el tramvía que empieza cerca del referido punto, pasa por la línea principal de las calles llegando hasta la puerta del NO. Los coches se parecen mucho á los usados en Inglaterra; y, segun creo, han sido construidos en América. Tiene la empresa la singular ocurrencia de hacer que pasen muchos casi sucesivamente juntos, de modo que no es raro estar esperando una hora la llegada y al cabo de ella ver venir tres ó cuatro que van en la misma direccion.

De las innumerables cosas dignas de visitarse en Constantinopla, mencionaré sólo tres, á saber : los muros, el serrallo y la famosa iglesia de Santa Sofía, hoy convertida en mezquita. Los muros recorren toda la parte que mira al mar, asi como toda la que corresponde al lado de tierra perteneciente á la ciudad ; pero como naturalmente puede suponerse, son más fuertes y más altos por esta última parte que por aquella, recorriendo la lengua de tierra que va desde el Mar de Mármara al Cuerno de Oro. En este punto son, en efecto, soberbios, estando formados por dobles y en algunas partes triples líneas de murallas con profundos fosos exteriores edificados con hileras alternas de piedra y ladrillo y defendidos por grandes torres antiguas. El principal grupo de estas, es conocido con el nombre de «Siete Torres,» y se levanta en la extremidad que da al mar, habiendo servido por mucho tiempo como cárcel pública. En algunas partes están estos muros en estado ruinoso, habiendo llegado en ellos la yedra y otras plantas trepadoras á ramificarse de tal modo, que cubren á medias las brechas y extienden sobre el rojo vivo de las murallas su manto de espesa verdura. Aquí pueden observarse muchos vestigios de los sitios sufridos por la ciudad, de los choques causados por las piedras de la catapulta y de los golpes del ariete, armas de guerra usadas mucho tiempo ántes que se oyese hablar de la pólvora. El efecto que las nobles proporciones de estos muros causan en el ánimo, se aumenta por la completa desnudez y desolacion del campo que exteriormente las cerca. En él no podreis divisar ni un suburbio, ni una casa, sino posesiones, terrenos sin cultivo y alamedas, en fin, de fúnebres cipreses. Estas murallas fueron levantadas por Teodosio, porque la

línea de los muros edificada por Constantino se extendía mucho más al interior, habiendo sido despues sucesivamente reparadas hasta el año fatal de 1453 en que los turcos, á las órdenes de Mohammed II, se apoderaron de la ciudad. Desde esta época, muy poco se ha hecho en favor de estas fortificaciones, á no ser que se exceptúe la clausura de una puerta de la ciudad, que aún se muestra á los pasajeros, verificada por los turcos, por existir una profecía de que por ella volvería á entrar un dia el ejército cristiano, destinado para volverlos á rechazar hasta el Asia. Todo viajero convendrá en que el pronóstico ha de cumplirse; pero nadie, sin duda, concebirá qué parte podrá tener para impedir la catástrofe medida tan insignificante como la que acabamos de mencionar. Curioso ejemplo del indolente fatalismo de esta nacion es, no sólo el no haber dejado que los muros de que tratamos viniesen á tierra por no ofrecer ya defensa alguna contra la artillería moderna, sino tambien el que á los comienzos de la presente guerra nada hiciese para procurar á la ciudad algo que ofreciese más garantías de seguridad que los parapetos ó trincheras de tierra. Recordamos á este propósito que hace algun tiempo dió el sultan Abdul Medjid en presente á su madre todos esos muros con objeto de sacar algun dinero de la venta de los materiales. Pronto, por lo tanto, hubiéramos perdido ese legajo de la antigüedad, si el embajador inglés no hubiese interpuesto su mediacion en favor de las artes y de las ciencias.

La Punta del Serrallo no es más que la extremidad de la península de Estrambul, (ó sea la antigua ciudad propiamente dicha, opuesta á Gálata y á Pera) que se encuentra con las olas del Mar de Mármora, mirando al O., á dicho mar, y al NE. al Bósforo en direccion del Euxino. Aquí existe un muro que atravesando la península separa á este punto del resto de la poblacion y probablemente marca con mucha aproximacion el sitio ocupado por los griegos que primeramente se establecieron en esta region. Cuando fundó Constantino la ciudad que lleva su nombre escogió este distrito como el más á propósito para la residencia de los emperadores, puesto que era el más apartado y defendible, hallándose por tres distintas partes rodeado por el mar. En él se edificó una ancha y espa-

ciosa fortaleza que sirve de palacio á los emperadores, ocultando en la oscuridad de su recinto de las públicas miradas la indolencia y vicios que los caracterizan. Despues de la caída de los emperadores, pasó este palacio á manos de los sultanes que mantienen en él su harem, y desde sus muros fué arrojada poco há la desgraciada favorita encerrada, segun la moda corriente, en un saco, á las profundidades del mar, cuya corriente la arrastró bien pronto á alta mar. Ningun palacio ofrece mayores atractivos para el crimen, porque en ningun otro puede ocultarse mejor, ni librarse más presto de sus víctimas. Una gran parte del edificio fué consumido hace más de treinta años por las llamas, sin que se hayan reparado despues las pérdidas entónces ocasionadas; así que la mayor parte del área que abarca y que aún está separada del resto de la ciudad por un alto muro, permanece convertida en un monton de ruinas, divisándose apilados los escombros, levantándose aquí un trozo de sólida mampostería, allí un débil y amarillento muro, y más allá, entre amontonadas piedras, elevan sus copas los verdes pinos y los altos, severos y sombríos cipreses que parecen llorar ante la escena que en su silencio exhibe el decaimiento de una raza.

Paréceme descubrir en todo esto el tipo verdadero del imperio turco, en el cual no se reparan las pérdidas y donde sólo resuenan los pronósticos de próxima muerte. Ante semejante espectáculo no puede ménos el viajero de recordar los versos del poeta persa, repetidos, segun se dice, por Mohammed II, cuando en el dia de su triunfo penetró en el abandonado palacio de los emperadores :

La araña tejió sus redes
De los reyes en la estancia,
Y entonó su canto el buho
En las almenas de Afrasia.

Una parte del palacio pudo librarse de las llamas y aún es habitada, aunque no por el sultan. En lo que se llama Serrallo exterior, junto al muro que lo separa de la ciudad é inmediatamente detras de Santa Sofía, hay dos interesantes edificios. El uno es el Museo de antigüedades, salon desmantelado á

que da entrada un patio. En él yacen por el suelo amontonados todos los elementos del arte griego que fueron enviados á Constantinopla desde las islas griegas del Asia Menor. Allí se ven estatuas enteras y en fragmentos, lápidas con inscripciones, restos de alfarería y cristalería, y gran variedad de toda clase de objetos semejantes, los cuales todos yacen aquí como otros tantos esqueletos en el osario, sin haber sido pulimentados, ni clasificados, sin ser cuidados, en fin, por nadie y aún careciendo á veces de una contraseña que indique sus respectivas procedencias. Ningun gobierno de Europa ha tenido tales proporciones como el de Turquía para hacerse con una coleccion de los tesoros del arte griego, y sin embargo, véase cuán mal se ha aprovechado de ellas esta desgraciada nacion. Todo lo que interesan al gobierno turco tales preciosidades, puede observarse cuando al abandonar este osario del arte se penetra en Santa Irene, la iglesia de la Santa Paz, hermoso ejemplar del mejor estilo de la arquitectura bizantina, convertido hoy en armería. A lo largo de la nave del templo y en toda la extension de sus paredes no vereis más que armas de fuego, espadas y lanzas, ocupando los cañones de campaña la parte central. En una palabra, el santuario de la Paz Divina parece vanagloriarse con los instrumentos de la guerra.

Desde cualquiera parte que se extienda la vista sobre la hermosa perspectiva que ofrece Constantinopla, arrebatada el alma y deslumbra los ojos el promontorio encantador en que envuelto entre las copas de los elevados cipreses se levanta el Serrallo. Aquel es el punto central de la ciudad, como lo es tambien el de su historia, habiendo reinado en él por quince siglos las dinastías de los tiranos que en su recinto cometieron más crueldades y lascivias que las que en otras partes ha visto horrorizado el mundo.

Santa Sofía, tercera entre las mencionadas notabilidades dignas de visitarse, es una de las maravillas del mundo y el único templo cristiano de consideracion que ha logrado preservarse desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias; porque las basílicas de San Juan de Letran y Santa María la Mayor de Roma han sido notablemente alteradas. El templo que nos ocupa es por otra parte un prodigio del genio arquitectó-

nico y de la belleza con que éste enriquece sus obras. Su inmensa área se halla coronada por un dombo tan aplanado, y tirado según un ángulo tan pequeño, que parece estar suspendido en el aire, sin que se pueda comprender cómo mantiene su cohesión. La causa parece ser, según se cuenta, que Anthemio, su arquitecto, fabricó dicha cúpula con ladrillos excesivamente ligeros, hechos de arcilla de Rodas. Alrededor de este dombo y dividiendo los límites de la gran área central, se levantan hileras de majestuosas columnas, espesadas después por Justiniano, que empleó treinta años en los trabajos, ó sea desde el año 538 de nuestra era hasta el año 568, utilizando las riquezas de los santuarios paganos más famosos en Oriente, entre los que merecen especial mención el templo dedicado en Efeso á Diana, y el erigido al sol en Baalbec. Las bóvedas y murallas estaban adornadas con soberbios mosaicos; pero los mahometanos, que para combatir las tendencias á la idolatría proscriben toda representación de seres vivientes, han cubierto todas las figuras que aquellos contienen, aunque á pesar de todo en algunos lugares se pueden aún discernir muy bien sus contornos á través de la capa de yeso ó cal que cubre los mosaicos. Estos han sido sustituidos por textos tomados del Alcoran, escritos en tamaños tan gigantescos que, según se dice, la letra Alef tiene en ellos treinta pies de longitud. Estos textos se leen ora en torno á la cúpula, ora en grandes tablas suspendidas de la bóveda. A pesar de la persecución que los turcos tienen declarada á la pintura y escultura, han tolerado que en cuatro superficies planas que subtiene el dombo se pinten los cuatro arcángeles por ellos reconocidos, representando á cada uno de ellos por seis grandes alas sin cara ni otro miembro alguno.

Uno de los más eruditos eclesiásticos que Rusia, entre los muchos que cuenta, posee, me dijo en cierta ocasión que después de haber visto casi todas las grandes catedrales de la Europa latina, al entrar en Santa Sofía sintió por primera vez satisfechos sus instintos religiosos ante una obra humana. Lo mismo dice, poco más ó menos, en su *Historia de la Arquitectura* Mr. Fergusson. Difícilmente podrán pensar del mismo modo los que han formado su gusto en los modelos occiden-

tales ó en los que llamamos góticos, con todos los misterios y compleja belleza de sus variados detalles. Pero Santa Sofía produce ciertamente en el ánimo la impresion que produce un espacio incomensurable, y la dignidad, la majestuosa unidad, y, á no ser que debamos exceptuar quizas la catedral de Sevilla, entre los otros templos del mundo no tiene rival. En ella invade al alma mayor temor reverencial que el que infunde el mismo San Pedro, elevándose como involuntariamente el espíritu en alas de la más sublime contemplacion.

El culto mahometano, propio de esta mezquita tenida por muy sagrada, merece fijar un momento nuestra atencion. En efecto, en una extremidad de esta segunda Meca existe una especie de nicho ó relicario llamado Mihrab, en el cual se halla guardado el Coran. Ahora bien, enfrente de ese Mihrab se coloca, como el sacerdote griego delante del altar, el *mollah* ó sacerdote que dirige las devociones del pueblo, mientras que éste ocupa todo el cuerpo del templo, repartido en largas filas paralelas y algunas varas distantes entre sí. A medida que el *mollah* va recitando en voz alta, clara y austera, el pueblo las repite tambien á coro y siguiendo todos los movimientos que aquel hace con el cuerpo, inclinándose unas veces hácia adelante, levantándose despues, dejándose caer de seguida á la larga sobre el suelo, dando repetidos golpes en él con la frente, y levantándose, por último, para volver á quedar de pié. Todas estas evoluciones las ejecutan los asistentes con tanta velocidad, soltura y precision, que traen á la memoria á una bien disciplinada compañía de diestros soldados. Tal vez se interpone en estas oraciones la lectura de algun pasaje del Coran, pero nunca hay canto, lo cual es una gran fortuna para el que presencia las ceremonias, puesto que la música oriental es sumamente monótona y desacorde. Como puede suponerse, las mujeres no asisten á las preces públicas, porque lo contrario se oponē á las ideas de aquellas gentes, y en algunos países mahometanos, el sexo débil es excluido como los perros de toda casa de oracion, no siendo poco comun ver algunas devotas mujeres que hacen sus devociones en medio de la calle. A pesar de lo dicho, durante mi permanencia en Estambul observé repetidas veces varios grupos de muje-

res que con la cara medio cubierta estaban sentadas en el suelo de una de las mezquitas en las horas en que no se celebraba culto alguno. En otra ocasion vi un peloton de ellas que en la misma postura escuchaban al *mollah* que las aren-gaba. Al oir esta plática ó sermon, pregunté á mi *cicerone* el sentido de las palabras proferidas por el *mollah*, escuchó aquel un momento, y al poco rato, exclamó: « ¡Oh! cuánta razon tienen nuestros sacerdotes cuando dicen que cada uno cuide de sus propias obligaciones y que no hagamos necedades.» Las palabras francesas con que terminó el buen turco su exclamacion (*pas faire des bêtises*), parecen implicar que las exhortaciones del clero, cualquiera que sea su denominacion, en Constantinopla tienen en definitiva un carácter más práctico que el que podía esperarse. Fué Islam tan severo para con las mujeres, que no juzgó ser pequeño adelanto en favor de ellas el que todo un *mollah* se digne dirigirlas en público la palabra. Antes de hablar de otra cosa, observaré de pasada que, aunque Santa Sofía es la más bella entre todas las mezquitas, sin embargo, algunas de las otras que están diseminadas por la poblacion y hechas á imitacion de aquella, son tambien grandiosas, teniendo sus cúpulas sostenidas por estupendas columnas y no presentando en la dilatada extension del pavimento esas interrupciones de mal situados altares, de embarazosos bancos y revueltas sillas que tan frecuentemente afean las iglesias latinas del Oriente.

Pocos edificios hay en el mundo que inspiren los solemnes y profundos pensamientos que inspira el templo de Justiniano. Por espacio de unos mil años presencié la coronacion de los emperadores bizantinos, asistió á la solemne misa en que el cardenal legado del Papa celebró la tan deseada como poco estable union de las Iglesias Griega y Latina, contempló, en fin, la terrible escena de la muerte del imperio bizantino. El dia 29 de Mayo de 1453 el sultan Mohamed II ordenó sus huestes para dar el último asalto á la ya sitiada Constantinopla. Oyóse sobre la sentenciada ciudad el estampido del cañon, llevando el terror á todos sus habitantes, y, mientras se encarnizaba la lucha en las murallas, una gran multitud formada de sacerdotes, ancianos, mujeres y niños acorría á Santa Sofía,

esperando que la santidad del lugar prestase alguna proteccion en caso de tener lugar lo que temían y demandando el auxilio divino para tan terrible trance. Antes del medio dia fueron asaltados los muros. El Emperador que había peleado como digno sucesor de Constantino cayó sobre un monton de víctimas, y los guerreros turcos penetraron con ímpetu en la ciudad, arrojándose á traves de las calles como ola enfurecida y llevando por delante á los griegos que huían apoderados de pánico terror. Dirigiéndose inmediatamente á Santa Sofía cayeron sobre la indefensa turba, y los infelices que la componían unos fueron sanguinariamente asesinados, otros, entre los cuales se contaban las mujeres y niños, fueron atados con cuerdas y en largas filas arrastrados al cautiverio. Los altares fueron despojados, los cuadros destrozados y ántes de las puestas del sol ya habían sido borradas todas las huellas de cristianismo que pudieran ser habidas. Aún se muestra en una de las columnas la marca de la mano ensangrentada del sultan, fijada allí miéntras la golpeaba en señal de posesion y gritaba con voz que dominaba el grito de la soldadesca: «No hay más que Dios y Mahoma es su profeta.»

Al tender la vista por tan grandioso monumento del arte cristiano y recordar aquella tan terrible escena, es imposible sofocar el deseo por el presto advenimiento del dia en que la bárbara fe de Arabia salga de su recinto y vuelva á oirse sobre la soberbia cúpula la civilizadora voz del cristianismo.

Pasemos ya á hablar del pueblo que habita la ciudad que acabamos de describir, y permitidme que ensaye daros alguna idea de la vasta y extraña mezcla de gentes que lo componen.

Una de las cosas que más llama la atencion en Constantinopla es, sin duda, la abundante poblacion que contiene la ciudad y que desde luégo se nota produciendo en el ánimo la consiguiente sensacion. Si os colocais en la cumbre del collado en que se asienta Pera y dirigís la vista en derredor vuestro, vereis allá abajo el mar y el puerto cubiertos de buques, y sobre el anfiteatro formado por las colíνας que se levantan sobre este inmenso espejo azul se presentarán á vuestros ojos tres grandes agrupaciones de casas, desgarrándose despues á lo largo de las playas en forma de arrabales, miéntras que el gentío

que á manera de corriente atraviesa el puente de barcas, recordando al viajero uno de los de la *Vision de Mirza*, es escasamente inferior al que llena las calles más transitadas de Lóndres. Sálgase fuera de los muros, súbase al collado que da sombra á Scutari y el contraste será extraordinario; porque es un verdadero yermo, de inmensas é incultas llanuras, en unas partes sin vegetacion alguna, en otras pobladas de maleza, sin que casi echeis de ver un árbol por haber sido cortados los grandes que allí había por esta impróvida gente, y sin que se divise apénas un villaje ó al ménos una casería que venga á interrumpir la melancolía de tan triste panorama. Estas tierras son en gran parte fértiles y en otro tiempo estuvieron cubiertas de pingües haciendas que en sus olivares y viñedos ofrecían en otoño abundantes cosechas al dichoso colono; pero la tea de la barbarie, avivada por el soplo asolador del despotismo turco, pasó sobre ellas para ofrecer á la Europa ese cuadro de desolacion.

No es Constantinopla una ciudad que pertenece á una sola nacion sino á muchas, y difícilmente puede determinarse si pertenece más á una que á otra; porque de los constantinopolitanos no se puede hablar como se habla de los londinenses ó de los naturales de otras ciudades. En Constantinopla no hay naturales, quiero decir, que no existe pueblo que pueda señalarse como perteneciente *por excelencia* á la ciudad, ó con carácter, costumbre y lengua que los una. Nadie conoce la poblacion de esta singular localidad, ni las relaciones que guardan entre sí sus varios elementos; sin embargo, puede echarse, aunque á bulto, un cálculo, y afirmar que cuenta con unos 800.000 ó 900.000 habitantes. De este número, como una mitad, y segun algunos más de una mitad, son mahometanos, que viven en su mayor parte en Estambul propiamente tal y en Scutari, quedando Pera, Gálata y la antigua Calcedonia, hoy llamada Kadikeni, para morada de los cristianos. A excepcion de los *pashas*, que se enriquecen por medio de toda clase de violencias y corrupciones, y algunos oficiales y empleados que lo hacen á expensas del Gobierno, los demas son gente pobre y muchos de ellos sumamente pobres, siendo al mismo tiempo en tal grado perezosos que apénas podrán figu-

rárselo nuestros lectores. En estos climas en que el hombre no há menester de fuego en todo el año, donde basta una cantidad muy escasa de alimento, donde un vestido dura eternidades y donde se puede pasar aún sin hogar, pernoctando al sereno como lo hacen muchísimos que se ven acurrucados bajo un arco ó en el ángulo de un patio, se necesita por consiguiente trabajar sumamente poco. Muchos son personas dedicadas al culto y tienen habitacion en las mezquitas, en las que reciben el escaso alimento que necesitan; otros no son más que simples mendigos. La gran mayoría, como puede suponerse, es ignorante y fanática; por lo tanto tan temible al ser excitada por los santones, como honrada cuando se la deja sin influjos malignos. En este caso dan todos frecuentes ejemplos de hombría de bien, y tales que ante ellos tendrían no poco por que avergonzarse los cristianos. Contrastando con la clase pobre se presenta la gente acomodada, cuya corrupcion los rebaja tanto que los hace muy dignos de llamarse clase alta.

En efecto, personas que á ella pertenecen son las que han hecho degenerar el primitivo y pintoresco traje turco acomodándolo á las modas francesas; así que, al presente, visten levita y pantalon, conservando sólo el pequeño *fez* de color verde, que es infinitamente ménos airoso que el antiguo turbante; gastan para fumar cigarrillos de papel, en vez de las clásicas pipas, y muestran en todo una indecible inclinacion á añadir á los vicios orientales, que son muchísimos, todos los que gangrenan el corazon de las sociedades occidentales. Por decirlo todo de una vez, diremos que la tal clase es la maldicion de su patria, careciendo aún de la sobriedad que caracteriza á los musulmanes que pertenecen á esfera más humilde. A pesar de todas sus faltas, los pobres turcos, y en especial la gente de campo, son en general fieles observadores de los preceptos del Alcorán; de modo que encontrarías en un año ménos beodos en las calles de Estambul, que en Glasgow el dia de Año Nuevo, y si alguna vez topaseis con un borracho, habríais de tener por seguro ser aquel un marinero inglés ó ruso. Cuando hablo de turcos, no quiero decir que estos mahometanos de Estambul tengan una sola gota de sangre

turca en sus venas, porque probablemente existe hoy tanta de ésta, como de la normanda en los habitantes de Londres. En efecto, esta gente es la raza más cruzada del mundo, componiéndola pueblos de todos géneros, así europeos como asiáticos, que en diversas épocas abrazaron el islamismo y fueron reclutados, digámoslo así, hasta tiempos muy recientes, por el constante secuestro de niños cristianos y la importación de esclavos traídos de todos los ángulos de la tierra. La religión, empero, que profesan da tal unidad á esta amalgama de pueblos y naciones, que no podría obtenerse mejor resultado si estuviesen unidos por los vínculos de un origen común.

El número de cristianos, griegos, armenios y búlgaros, casi corre parejas con el de los mahometanos existentes en Constantinopla. Aunque pongo en un mismo grupo á todos, los primeros tienen en realidad muy poco de común entre sí, por profesar cada uno de ellos fe distinta, odiándose entre sí casi tan de corazón como todos juntos odian á los turcos. Parece que los armenios, que según se cree son unos 200.000, forman la parte más numerosa, perteneciendo á ella muchos de los comerciantes más ricos de la población, y, si hemos de atenernos á las relaciones de los misioneros americanos, que quizá son la mejor autoridad en la materia, los búlgaros son, á su vez, los más susceptibles de enseñanza y los más adelantados. Ya que he hablado de los misioneros americanos, diré, siquiera sea de paso, que han fundado y mantienen en las orillas del Bósforo un excelente colegio, en donde educan á los niños cristianos, sea cual fuere la nacionalidad que tengan. A más de todos los habitantes ya mencionados, encuentra el viajero una abigarrada multitud de extranjeros, como italianos, alemanes, húngaros, rusos, polacos, franceses, ingleses, en fin, europeos de todo género, de modo que las calles de esta prodigiosa ciudad se hallan constantemente surcadas por súbditos de ocho ó nueve naciones, y en ellas pueden oírse constantemente ocho ó nueve lenguas habladas por la gente que pasa, leyéndose á más palabras de otros cinco ó seis en los letreros de las diversas tiendas. Entre todos los idiomas, quizás sean los más comunes el turco, griego, armenio, francés é inglés. Para comunicarse los europeos orientales con los

occidentales, se usaba ántes el italiano, pero desde la guerra de Crimea, el frances ha sido hasta hoy la lengua más dominante como medio de comunicacion entre ambos pueblos, y en general puede decirse que el influjo ejercido por los europeos en muchas partes del Oriente ha tenido por resultado dar ó pretender dar á todo un barniz frances. Así se comprende que los salones de música y cafés de Pera, cuya sola descripcion repugnaría á la delicadeza de nuestros lectores, tienen un aire *parisien* que podríamos llamar de tercera clase, aunque no por eso deja de granjearles el aprecio de la repugnante turba que los frecuenta.

El mejor sitio para comprobar la extraña mezcolanza de nacionalidades es el puente de barcas que une á Estambul con Gálata, y del cual parten los pequeños vapores que recorren en todas direcciones el Bósforo. Dos son los puentes de la mencionada especie que cruzan el Cuerno de Oro y ambos son bastante raquíticos. Muchos años se emplearon en la construccion de los pontones necesarios para construir otro y aún puede verse flotando á la otra parte del que entre los dos mencionados ocupa la parte más baja en las aguas del puerto; pero por causa de una disputa suscitada entre el gobierno y los encargados por contrato de llevar á cabo la obra, no han llegado á darles la trabazon necesaria y probablemente permanecerán por muchos años siendo el juguete de las olas hasta que algun nuevo gobierno venga á establecer su asiento en Estambul. No hay duda que este modo de obrar usado por los turcos es de todo punto encantador. El puente inferior de que há poco hicimos mencion es al propio tiempo el muelle de donde parten los vaporcitos que hacen la travesía por el Bósforo á Scutari y Calcedonia, puntos situados en la costa asiática. En él hay innumerables puestos en que se venden artículos de comer y toda clase de bujerías, no ménos que periódicos que raras veces están impresos en hojas mayores que las en cuarto y que traen todas las noticias que la Puerta cree deben darse á luz. Figuraos por un momento que estais de pié sobre el puente á que acabamos de referirnos y que veis esa corriente sin fin de transeuntes que desde allí se descubre en trajes tan diferentes, hablando lenguas tan distintas y profesando reli-

giones tan opuestas. Estos son viejos pashas, muellemente recostados en sus carruajes; esos, dolosos griegos, de mirada suspicaz; aquellos, armenios, de atezado cútis y fácilmente distinguibles por la longitud de sus narices; los de más allá, albanos, que ciñen sus cinturas con riquísimas fajas de seda teñida en púrpura y van armados con resplandecientes puñales y pistolas. No faltan marineros italianos, ni soldados, con esa mirada salvaje que distingue á los montañeses del Asia Menor, ni bellezas circasianas que, desde las ventanillas de los coches que las conducen, dejan entrever sus encantadores contornos á traves de las tenues gasas que velan sus rostros, ni enjambres, en fin, de sacerdotes con turbantes rojos, blancos, ó verdes, cuyo último color distingue á los que pretenden descender del Profeta. Todas estas razas carecen de lazo que las una, sin que se conozcan entre ellas más relaciones que las del comercio, ni los que pertenecen á una tomen en matrimonio á las hijas de las otras ó éstas den su mano á los miembros de aquella, ni puedan descubrirse sentimientos cívicos generales á todos los respectivos individuos, ni exista, en fin, entre ellos ese vínculo comun que se llama patriotismo. También es desconocido en Constantinopla todo género de gobierno municipal, y ni aún se entiende el significado de lo que llamamos opinion pública. Nadie sabe en qué se ocupan los ministros del Sultán, ni lo que acontece en el teatro de la guerra, viviendo cada uno con perpetuo y vago temor de todos los demas que le rodean. Creen los turcos que los cristianos han entrado en conspiracion con Rusia para arrojar de Europa el imperio de la media luna. Por el contrario, los cristianos están persuadidos que los turcos sólo esperan la señal para emprenderla con ellos y degollarlos á todos. Pienso que todos estos mutuos temores son exagerados, y así al visitar á Constantinopla, aunque se había avisado tanto á mí como al amigo que me acompañaba que no nos aventurásemos á penetrar solos en Santa Sofía ni nos internásemos en los barrios de los turcos, no hicimos caso alguno de estos avisos y pusimos en práctica ambas cosas sin que persona alguna nos haya molestado para nada en lo más mínimo. En efecto, atravesamos de noche las calles de Éstambul y los únicos enemigos

con que topamos fueron los perros que aquí y acullá yacían por ellas descansando. Pero si los peligros no son como se los pinta, las alarmas no dejan por eso de ser reales; porque en estos países nunca hay que olvidar que el más ligero incidente puede provocar asesinatos tan sangrientos como los de Salonika. Vosotros los que vivis en un país en donde lo peor que puede temerse es un ladrón, imaginad, si podeis, una ciudad en donde una mitad de los habitantes esperan por horas el instante en que para ellos dé la otra mitad la señal de degüello, en donde los cristianos están persuadidos y os dicen al oído que cada turco lleva consigo la daga ó el puñal que ha de servir para el efecto, y podreis comprender la verdad de nuestro aserto. Este balance de razas, estos mutuos celos y sospechas de los elementos que balancean, es lo que hace tan dificultosa la formacion de un plan que en lo futuro pueda servir para guiar los destinos y gobierno de la ciudad. Cuando en un dia no muy lejano desaparezcan los turcos, ó, mejor dicho, los sultanes de Constantinopla, ¿quién podrá reemplazarlos? Sean cuales fueren nuestras simpatías políticas, todos convenimos en el deseo comun de que tan importante ciudad no caiga en manos de ningun Estado grande, ya por las fuerzas militares con que cuenta, ya por las navales. No omitiré, puesto que he tocado este punto, lo que hace más á nuestro propósito, y es, que todas las potencias europeas están tan de acuerdo para oponerse al anterior resultado, que el temor de que Rusia ocupe permanentemente á Constantinopla debe ser desechado como el que engendra una quimera. Pero ¿á quién tocará en suerte esta incomparable joya, esta árbitra de la guerra y del comercio? Ni los griegos, ni los armenios, ni los búlgaros son bastante numerosos para que puedan imponerse á las otras dos razas; se necesitan los elementos necesarios para constituir las instituciones municipales, y, aunque cada uno de los mencionados pueblos ofrece indudablemente por sus inclinaciones al progreso más esperanzas que las que hacen nacer en el alma los mahometanos, ninguno de ellos ha dado hasta ahora indicios de poseer esa capacidad necesaria para que una sociedad pueda gobernarse por sí misma, no pudiendo, por consiguiente, otorgarles los títulos que son

menester para tomar sobre los hombros la difícil carga de reorganizar la administracion de un país en bancarota, de desarrollar los recursos con que cuenta, y de mantener el orden y la justicia.

Al contemplar el estado presente de los habitantes de Constantinopla y la falta de cohesion moral y social que allí existe, nos encontramos como naturalmente dispuestos á pensar que la organizacion, el orden, las reformas deben venir en primer lugar de afuera y que ha de necesitarse para fijar la marcha del gobierno local, y para velar sobre él durante los años de su infancia, algun género de activa intervencion ejercida por los representantes de todas las potencias de Europa. Hay además otra reflexion de alguna consecuencia política que obra enérgicamente sobre quien pára mientes en esa majestuosa entrada del Bósforo, cruzada constantemente por vapores y todo género de embarcaciones. Permitidme que, aunque brevemente, la exponga ántes de terminar esta conferencia. Es, pues, el caso que los dos lados de la referida entrada deben necesariamente obedecer á la misma bandera. Esa nocion que hace que tratemos diferentemente á ambas costas sólo porque á la una la apellidamos europea y á la otra asiática, es ociosa é impracticable. Un estrecho tan angosto como el que Homero llama Helesponto, no es en realidad más que un rio, y sabido es que los rios, léjos de ser, como las cadenas de montañas, fronteras naturales, eslabonan á un pueblo con otro y constituyen los más poderosos lazos de las relaciones sociales y comerciales. Poner á Constantinopla bajo un gobierno griego ó armenio, dejando á Scutari y á Calcedonia á las órdenes del Sultan, sería lo mismo que dar un soberano á Liverpool y otro á Birkenhead. Imaginad una hilera de aduanas erigidas á lo largo de ambas costas y á los aduaneros deteniendo á todas las embarcaciones y registrando al poner pié en tierra á todos los pasajeros, pensad en la perpetua guerra mantenida por las baterías enemigas que cruzarían sus disparos á traves de esa milla, poco más ó ménos, de agua para destruir á la vez ambas ciudades, y vereis si es cierta ó no la reflexion que acabamos de indicar.

No es sólo Constantinopla una ciudad que, como cualquiera

otra, pertenece al mundo, sino que, en cierto modo, es una miniatura del globo terráqueo. Si me fuera lícito introducir en la lengua una nueva palabra, yo os diría que no es más que una inmensa *caravanera* que á nadie pertenece, pero en cuyo murado recinto, atraído por los negocios ó en busca de placeres y sin formar lazos permanentes ni llamarse ciudadano, viene todo el mundo á desplegar sus tiendas. Constantinopla tiene tres distintas historias: la griega, la romana y la turca. Es el producto de un espíritu de influencias convergentes, algunas de las cuales están aún en actividad, haciendo que cada año venga á ser diferente de lo que fué en el anterior. La religion y todas las costumbres que de ella se derivan, fueron importadas de la Arabia; la civilizacion la debió, no sólo á Roma, sino á todos los demas países del Occidente, y tanto aquélla como ésta se observan mezcladas en los vestidos y edificios en que moran sus habitantes ó dan culto á Dios. Razas, costumbres, idiomas, monedas, en fin, de todos los ángulos del Oriente y del Occidente se cruzan aquí y entremezclan, como se tejen los hilos de diferentes colores en los vistosos tejidos de los telares orientales.

Al ver la miseria que el régimen turco ha derramado en estos países, es imposible sofocar el deseo de verlo desaparecer para siempre. En efecto, nadie visita el Oriente sin traer la más baja idea de los turcos considerados como raza dominadora. Aun los mismos ardientes defensores de los *intereses británicos* se ven obligados á reconocerlo así. Insistían en que se mantuviese la independencia é integridad del imperio otomano, considerándola tan esencial para el pueblo inglés, que llegaron á afirmar que para sostener una y otra, debíamos pelear en favor del gobierno del Sultan, costase lo que costase á sus desgraciados súbditos; pero al mismo tiempo se veían obligados á confesar francamente, que no sólo era aquel un mal gobierno, sino tal que no admitía reclamaciones, sin ser susceptible de más mejoras que las que lo hiciesen desaparecer para siempre. Asentado cuanto dejo dicho, me veo tambien forzado á admitir que la dominacion del mahometismo añade infinita variedad al interes fantástico de esta capital. Sin el Papa, Roma no representa más que la triste caída de la Roma

de hace veinte años, y Constantinopla sin el Sultan y cuanto él implica, será, sin duda, una ciudad muy diferente y mucho ménos pintoresca de la que es al presente, porque se echarán de ménos muchos de esos contrastes que ahora impresionan tan vivamente al historiador como al que viene de luengas tierras á estudiarlos. Por consiguiente, cuantos deseen gozar en toda su plenitud el placer que tan prodigiosa ciudad infunde á los sentidos, debe trasladarse á él con la mayor presteza posible, ántes que los cambios hasta aquí amenazadores y hoy casi convertidos en realidad, consumen esa su obra que ha de vulgarizarlo todo. Ya las chimeneas corrompen la pureza del aire, se oye el silbido de las locomotoras y las flotantes vestiduras talares del Oriente desaparecen ante la monotonía de los raquínicos trajes del Occidente. Dentro de poco ya no habrá mollahs, ni softas, ni derviches, pero en cambio existirán largas y derechas calles que sustituyan al laberinto actual de callejuelas; un puente tubular medirá el Cuerno de Oro é hileras de almacenes harán desaparecer el melancólico panorama que aún ofrece la Punta del Serrallo. Los mismos turcos han destruido en estos últimos años muchos monumentos que ya no podrán obtenerse de nuevo, y cualquiera que sea el futuro dueño de aquella capital, destruirá, sin duda, la mayor parte de lo que aún permanece, ó si no lo *restaurará*, lo cual, á mi entender, es el peor género de destruccion.

Entre todos los encantos que ofrece esta ciudad, el más singular y delicado es el ofrecido por su idiosincrasia, ó hablando de un modo más figurativo, por la expresion de su panorama, ya se considere en sí mismo, ya en los séres que lo animan. Esta expresion produce en el ánimo ese indefinido efecto que se hace sentir al viajero como muy diferente del experimentado en las ciudades por él ántes visitadas. Lo más peculiar que se nota en Constantinopla es, que al par de tener un carácter físico más marcado que otra cualquiera ciudad del mundo, hace imposible la determinacion de ese mismo carácter social más extrañamente confuso é indeterminado que el de todas las ciudades del Oriente y del Occidente. Constantinopla no es nada, porque lo es á un mismo tiempo todo; porque reproduce como las aguas de su Cuerno de Oro las

costumbres y tipos de todos los pueblos que entran y salen por sus puertas. La nacion que se apodere de una ciudad tan justamente codiciada, aparecerá radiante de gloria entre todas las demas, y nadie podrá nunca evocar ante las futuras ruinas de sus muros los recuerdos de lo pasado, ni meditar, al tender su vista sobre la incomparable belleza que la caracteriza, en sus destinos futuros, sin sentir un profundo sentimiento de emocion, que, no sólo se aumenta por el contraste aquí más notable que en ninguna otra parte, entre mahometanos y cristianos, y por el recuerdo de la terrible lucha que entronizó al islamismo en la metrópoli de la Iglesia oriental, sino tambien por la conviccion de que esa lucha sigue aún trabándose, y de que las playas que se extienden ante los ojos del espectador, testigos en los pasados tiempos de tantas mudanzas, han de serlo tambien en lo futuro de horrores y catástrofes que no podemos calcular. Esto es en definitiva lo que da tanta amplitud y grandeza á las ideas que suscita la vista de Constantinopla, combinándose en un solo punto el interes por lo futuro que enardece la imaginacion del que viaja por América, con el interes por lo pasado que se despierta en nuestro ánimo al tomar tierra en las costas italianas. Muchas ciudades famosas desempeñaron en el mundo su papel, cayendo despues tras de ellas el telon que hoy las oculta á nuestros ojos, mientras el poderío, el comercio, la religion, las letras y las artes emigraban buscando nuevas regiones; mas esa ciudad que pertenece á dos distintos continentes, seguirá prosperando y engrandeciéndose cuando á San Petersburgo y Berlin quepa la suerte de Augsburgo y Toledo, y cuando la misma Roma quede reducida á un museo de antigüedades.



situación liberal, y el país no sé si con ira ó con espanto veía triunfantes en las altas esferas aquellas frases que el rumor popular atribuía á los convenidos de Vergara: «Si vencemos seremos los *amos*, si vencidos, seremos *hermanos*.» No eran precisamente los días del histerismo neo-católico: no triunfaban todavía los *apostólicos* de Oñate. Era simplemente el absolutismo de Estella, confortado por las corrientes reaccionarias que habían producido, á falta de algo mejor, el 2 de Diciembre en Francia. La escuela conservadora de 1843 se extinguía. Sus oradores degeneraban en huecos y retóricos. Sus pensadores no podían resistir en inestable equilibrio las exigencias de la lógica. Bravo Murillo con sus proyectos liberticidas se imponía, merced á la expulsión del partido progresista de aquel turno tan preconizado por los conservadores, pero que jamás estos procuraron hacer efectivo. Falto de contrapeso el partido moderado, venció el absolutismo, un absolutismo vergonzante; y el golpe del platillo al vencer fué tan rudo, que el mortecino espíritu liberal despertó. Y este espíritu buscó la gran cátedra del Ateneo. Allí corrieron, como he dicho, Lopez y Gonzalez Brabo, únicos que sostenían el interés de aquel círculo en el invierno de 1852: y allí también fué á buscarlo para herirlo ó sofocarlo la mano del poder. En Diciembre de aquel mismo año quedaron cerradas entrambas cátedras de orden de la autoridad, según pudo verse en los anuncios que se fijaron en varios sitios del Ateneo.

Pero vano empeño. El espíritu de protesta buscó y halló otros órganos. El uno, el elocuente Escosura, el moderado de antaño, que á la sazón, y desde 1848, compartía noblemente la desgracia con el partido progresista, y que viene al Ateneo en 1853 á arrancar estrepitosos aplausos discurriendo sobre la *Historia filosófica del Gobierno parlamentario*; y otro, un joven, no muy conocido entonces, pero ya novelista probado y periodista de mérito, destinado á redactar en seguida el célebre *Manifiesto de Manzanares*, Cánovas del Castillo, en fin, que ocupa la tribuna para estudiar la *Historia general de Europa del siglo XVI*, tema que le permitía evocar los grandes recuerdos del Renacimiento y de la Reforma, de las libertades comunales y de la emancipación del espíritu, y que

autorizaba elocuentes y oportunas protestas contra la política absolutista de la casa de Austria, y los atentados llevados á efecto por el fanatismo religioso sobre la conciencia individual y por el centralismo monárquico contra los fueros y franquicias de los pueblos. Era de prever el fin de aquellos discursos cuajados de alusiones á lo que por aquel entonces sucedía en España. Apénas comenzado el curso, ántes de los dos meses, era suspendido; sólo que esta vez la suspension, ó mejor dicho, la clausura, se extendía á todo el Ateneo.

El 22 de Febrero de 1854 el presidente de este círculo recibió un oficio del gobernador civil de la provincia, conde de Quinto, que á la letra decía así: «Excmo. Sr.: Dispondrá V. E. desde luégo que el Ateneo suspenda toda nueva reunion y sea cerrado hoy mismo hasta nueva órden de este gobierno civil. Sírvase V. E. poner en mi conocimiento el recibo de esta disposicion y su cumplimiento, etc., etc.» Esta era la vez primera que disposicion tan grave se tomaba con el Ateneo; y tenía efecto precisamente cuando comenzaba aquel Círculo á rehacerse y á llamar de nuevo la atencion pública. La actitud del Gobierno—de un Gobierno reaccionario y que provocó, en cierta parte, la revolucion de Julio—venía á dar otra vez al Círculo fundado por Olózaga, Rivas, Rios, Argüelles, Galiano, Alvarez Guerra y tantos otros, el carácter profundamente liberal que las enseñanzas y la administracion de la casa posterior á 1840 habían intentado quitarle. Y como si no fuera bastante el oficio del conde de Quinto, vinieron á acentuar la gravedad de la medida los comentarios de los periódicos reaccionarios de la época: el más decidido, el de la celeberrima *Esperanza* (que por tantos años dirigió D. Pedro de la Hoz), y en el cual no se retrocedía ante la denuncia de que los sucesos de Zaragoza, que dieron de sí la muerte del brigadier Hore y el comandante Latorre, tenían su origen en las predicaciones ateneistas (1).

(1) En el número del 6 de Marzo de 1854 se leía un editorial cuyos últimos párrafos eran los siguientes:

«¡Oh, si nosotros hubiéramos podido preguntar sobre este punto al infeliz coronel Latorre, como la autoridad debió por lo visto de preguntarle, por su plan y sobre sus cómplices! De seguro que nos habría contestado

Duró poco la clausura, que procedía del Consejo de Ministros, el cual (según declaración del gobernador civil) veía en

que él no había dicho, que él no había visto, ni aún hacía los famosos valles de Hecho y Ansó, rastro alguno del liberalismo aragonés; de seguro nos habría declarado que él no encontró señal alguna de la popularidad de esos diputados progresistas que el Aragon ha enviado á Madrid; de seguro nos habría dicho que él no vió al través de los pueblos ni de los campos y montañas ninguna criatura que pudiera simpatizar *ni con los que en el Ateneo se entusiasmaban cuando el Sr. D. N. explicaba derecho constitucional, ó cuando el Sr. D. F. declamaba contra los déspotas y el fanatismo clerical, ó cuando el Sr. D. J. se dirigía á la opinion pública contra los que no quisimos cantar himnos de gloria al Sr. Mendizábal despues de su muerte, ni con los que van al teatro de la Cruz á expresar su odio á todo poder monárquico, celebrando con estrepitosos aplausos la derrota y el degüello de los cosacos. Desgraciadamente Latorre murió sin decir sobre este punto lo que observara; y como el espíritu de partido no permitirá tampoco á sus compañeros confesar lo que por su parte habrán visto, sucederá que, como al principio dejamos dicho, la enseñanza última será tan infructuosa como las muchas que la han precedido.»*

Estas líneas provocaron de parte del Ateneo, por conducto de su secretario el señor marqués de la Vega de Armijo, una protesta que insertó *La Esperanza* en su número del 11 de Marzo, acompañándola de un nuevo comentario. Hélos aquí:

«*Sr. Director de LA ESPERANZA.*

»Muy señor mio: La circunstancia de hallarse cerrado el Ateneo temporalmente por orden del señor gobernador de la provincia me ha impedido hasta hoy leer el artículo primero editorial de su periódico del lunes 6 de Marzo de 1854; de otro modo, fácil es comprender que hubiera contestado ántes á las acusaciones que en él se dirigen hácia una corporacion que tanto ha influido siempre en la ilustracion de nuestro país, y en donde jamás se han tratado las cuestiones, por mucho que fuera su roce con la política, sino en el terreno de la ciencia.

»El suponer, como el autor del artículo supone, que las doctrinas allí explicadas pueden dar por resultado sucesos semejantes al que por desgracia ha tenido lugar en Zaragoza, es discurrir como aquellos exagerados revolucionarios del año de 1835, que atribuían á las santas predicaciones de los púlpitos los sangrientos excesos de los enemigos del legítimo trono; y sin embargo de que entónces, quizá con más razon que ahora, hubiera podido hacerse semejante cargo, no habría habido un alma generosa que no se levantara para rechazarlo. Estaba reservado á LA ESPERANZA el propalar una acusacion que, caso de que fuera justificada, debió fulminarla cuando aquellas lecciones se pronunciaban, y no aguardar á que una medida que no es del caso ahora calificar, hiciera pesar una especie de interdiccion sobre un establecimiento que ni un solo instante ha perdido de vista el objeto puramente científico de su instituto.

»El público, juez supremo en esta clase de cuestiones, que ha asistido á las cátedras del Ateneo, y que ha visto por otra parte las acusaciones lanzadas en el artículo á que me refiero y la época en que éstas se han hecho,

el Ateneo «una sociedad política hostil en su mayoría al Gobierno.» El 20 de Abril, el conde de Quinto autorizaba la apertura de las salas de periódicos, manteniendo, empero, su primera orden en lo relativo á las cátedras. A los tres meses había triunfado la revolucion de Julio.

Ocioso empeño sería negar que la conducta del Gobierno que entónces se llamó polaco, imprimió carácter al Ateneo; pero tambien sería violentar las cosas el decir que la propaganda liberal realizada en la cátedra vecina á San Luis en 1852 y 53, estaba dentro del tono y de la mision del Ateneo. Quizá sólo en aquella ocasion se ha utilizado aquella tribuna para servir directamente un interes de política palpitante. La mision del Ateneo era otra : elaborar plácida y al parecer desinteresadamente doctrinas : difundir principios, no sólo bajo formas dogmáticas, si que mediante el debate libre y amplio. Por tanto, lo sucedido en 1853, puede estimarse como un efecto de reaccion, como una protesta del nuevo espíritu que en

juzgará de la exactitud y oportunidad que ha habido en ellas, apreciándolas en su justo valor. Por lo que á mí toca, habré cumplido con la grata obligacion que me impone el cargo que debo á la confianza de mis consocios, rechazando como rechazo semejantes acusaciones.

»De V. S. S. Q. S. M. B.—Por acuerdo de la Junta de gobierno del Ateneo, el secretario primero, marqués de la Vega de Armijo.

»Madrid 9 de Marzo de 1854.»

Y añadía LA ESPERANZA :

«En respuesta á la anterior comunicacion, nos limitaremos á decir: 1.º Que el que las cuestiones que se rozan con la política sean tratadas *en el terreno de la ciencia*, no quita que puedan ser tratadas de una manera perniciosísima. 2.º Que, sabiéndolo ó ignorándolo la Junta de gobierno, en el Ateneo se han tratado muchas con visible aplicacion á las circunstancias políticas del momento. 3.º Que nuestro derecho para hablar de ésto es tanto más incontestable, cuanto nos consta y podemos probar que cuando, despues de la muerte del Sr. Mendizábal, estaba pendiente nuestra polémica con otros diarios sobre la apreciacion de los actos de este personaje como hombre público, hubo profesor que se puso á declamar contra los que no perdonaban á sus enemigos políticos ni aún viéndolos en la tumba: palabras que todos los asistentes aplicarían, sin duda, á LA ESPERANZA. Y 4.º Que es muy poco oportuno venir reclamando en favor del Ateneo su estado de indefension, cuando tiene los mismos medios de justificarse que nosotros; cuando están abiertas para él las columnas de LA ESPERANZA; cuando entre su anterior situacion y la actual no hay, para el caso, más diferencia que la de que ahora no cuenta, como ántes, con armas de que nosotros estábamos entónces y todavía estamos privados.»

el Ateneo entraba, y que no hallaba en las secciones el espacio que á todas las ideas habían asegurado los Estatutos y las prácticas de 1836; y asimismo como la explosion de la crítica política negada en el Parlamento y en la prensa y que aprovechaba para exhibirse la menor coyuntura.

A todo esto debe atribuirse en no escasa parte, el hecho de que con la revolucion de Julio no continuara la animacion en el Ateneo. Además, como ya he indicado, los períodos revolucionarios (y en general, los liberales) no se prestan al mayor brillo del Ateneo, pues que producen fuera mil atractivos, haciendo surgir la vida por todas partes. No tengo yo al movimiento de 1854 como un suceso extraordinario, comparable á los de 1810, 1820 y 1836; pero es lo cierto, que en él aparecieron elementos destinados á torcer el rumbo de la política española y á transformar nuestra febril existencia. Bastarían á darle carácter las cuestiones de la soberanía nacional y la libertad de cultos, planteadas entónces con una claridad y una energía no acostumbradas, así como la aparicion de aquella escuela híbrida, destinada á matar á los antiguos partidos y á facilitar el advenimiento de la democracia, que se llamó la *Union liberal*.

El hecho fué, repito, que con la revolucion de Julio no volvió al Ateneo la animacion de 1836 ni de 1841. Las secciones no se abrieron. Las cátedras sí reanudaron sus tareas, desempeñándolas desde 1855 á 1859 los Sres. Corradi, Chinchilla, Colmeiro, Echegaray, Frago, Frau, Galdo, Galiano y Trujillo, Gavoso, Moron, Hisern, Mata, y Rodriguez (Gabriel), que explicaron respectivamente sobre *Filosofía de la Historia*, *Historia de la medicina*, *Cuestiones administrativas*, *Astronomía popular*, *Física*, *Fisiología*, *Mineralogía*, *Procedimientos judiciales*, *Literatura árabe*, *Literatura española en sus relaciones con el arte y la literatura europea*, *Fisiología comparada*, *La razon humana en estado de salud y enfermedad*, *De las vías de comunicacion bajo el aspecto económico*, y así otros varios.

La simple lectura de estos temas ya dice que el primer interese de las cátedras del Ateneo no debió tener una gran satisfaccion en la campaña de aquellos cuatro ó cinco años: en los

cuales, sin embargo, puede decirse que el instituto de la calle de la Montera continuaba recibiendo por la entrada de nuevos socios, por la animación de sus salones y por las circunstancias exteriores, aquel nuevo espíritu que se exhibe tan enérgicamente en 1852, que determina los recelos del Gobierno y que evidentemente choca con el que había presidido al desenvolvimiento de todo el que he llamado segundo período de la historia del Ateneo, de 1840 á 1851. Es difícil caracterizar este tercer período de seis á siete años, en el cual aquel instituto pierde su tono *conservador*, admitiendo á sus cátedras á jóvenes casi desconocidos y á personas no muy en armonía con el sentido que venían teniendo las enseñanzas del Círculo. Es un período de infusión de nueva sangre, de renovación interna, de lenta transformación. Sus resultados se ven claros en el tercer período que amanece hácia el año 59 y alcanza hasta el 68.

Entonces vuelven á la vida las Secciones (en el otoño de 1859); y las cátedras vuelven con una variedad, un colorido, una brillantez y un alcance verdaderamente admirables. Entonces, más que nunca, queda demostrado que el Ateneo es palenque abierto á todas las opiniones, y por ende un instituto esencialmente liberal. Y entonces el Ateneo realiza una nueva propaganda, en la que lleva la ventaja la idea que realmente es superior por su virtud propia. El entusiasmo cunde. Los socios en 1857 difícilmente pasaban de 450. En 1861 llegan á 522. En 1863 (el año de apogeo de este tercer período) á 695. Torna Rivero á subir á la cátedra, esta vez (1857-58) para explicar *El origen, progreso y tendencias del espíritu moderno*, en el momento mismo en que Berzosa se decide á atacar *Los principios fundamentales de la moderna filosofía alemana y su influencia en materias religiosas, morales, sociales y políticas*, y cuando Gabino Tejado exponía su neo-católica *Teoría del deber*. Franqueado el camino, Figuerola desarrolla las teorías económicas de Bastiat en un curso de *Economía política*; síguele Echegaray, entonces de un individualismo paradójico, con sus *Cuestiones sociales*; Rodríguez Leal diserta, en sentido liberal templado, sobre el *Derecho de propiedad*; Goñi, persistente en su espíritu conservador, discurre sobre la *Situación moral y política de los pueblos contemporáneos*; de *Política ex-*

terior, en sentido reaccionario, se ocupa Malo; Vilanova de *Geología aplicada*; Mena y Zorrilla de *Derecho penal*; Maestre de San Juan de *Frenología filosófica*; Llorente de *Aplicaciones de las ciencias naturales*, etc., etc. El movimiento era visible: el calor renacía: la resolución, la audacia del nuevo espíritu no tenía límites. La tradición conservadora hace un supremo esfuerzo y la batalla se generaliza desde 1858 á 1865.

Con efecto, entónces (1858) Castelar hace la *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*; y Canalejas la de la *Filosofía de las naciones latinas durante el siglo presente*; Manuel Becerra diserta sobre *Astronomía*, y Corradi sobre *Filosofía del derecho con relacion á la política y Derecho público constitucional*; Valera discurre sobre la *Filosofía de lo bello*, y Camús sobre los *Latinistas españoles del Renacimiento*; Gabriel Rodriguez hace la *Crítica del llamado sistema protector*, y comienza sus *Estudios políticos*; Echegaray estudia las *Relaciones internacionales*; Lopez Serrano expone la *Idea del Derecho en su desenvolvimiento filosófico y su desarrollo histórico*; Gisbert la *Filosofía del lenguaje universal* (cuya primera cátedra desempeñó su iniciador Sotos Ochando); Blanco Fernandez los *Principios de Arboricultura*; Assas las *Bases de la Arqueología española*; Rementería los *Secretos de la Geografía física y de la Hidrología médica*; y Torre Muñoz *Los cuatro elementos de Aristóteles en el siglo XIX*; Favié examina la *Historia y carácter de la Comedia*; Vilanova la *Geología considerada bajo el punto de vista de sus aplicaciones á la agricultura y á la industria*, Galdo la *Mineralogía*; Alcalá Galiano diserta sobre la *Organización de la aristocracia británica y la Liga libre-cambista* envía sus mejores oradores (Galiano, Alzugaray, Aguirre, Canalejas, Carballo, Castelar, Echegaray, Figuerola, Gimeno Agius, Gisbert, Madrazo, Marquez, Monasterio, Moret, Pastor, Rodriguez, Sagasta, Sanromá, Segovia, Silvela, etc., etc.) á dirigir una serie de conferencias en pro de la reforma arancelaria.

¿Necesitaré llamar la atención sobre la riqueza de este cuadro de enseñanza, donde la variedad de sentido se advierte desde el primer momento y donde ya figuran desempeñando un gran

papel los estudios de ciencias naturales? ¿Necesitaré hacer resaltar el contraste que bajo el punto de vista de la diversidad de tendencias ofrece el cuadro de 1859 á 1865, puesto al lado del de 1841 á 1847? ¿Y habrá menester notar la ausencia de los grandes doctores de la escuela conservadora y la inferioridad, cuando ménos por el número de los profesores, en que se presenta la enseñanza predominante hacía veinte años, respecto de las nuevas ideas, de los principios del radicalismo político, filosófico y literario?

Pero donde la animacion se hace mayor y más se echa de ver la nueva tendencia es en las Secciones resucitadas hácia 1858 y constituidas en 1859 bajo la presidencia del Sr. Figuerola (la de Ciencias morales y políticas), del Sr. Martinez de la Rosa (la de Literatura), y del Sr. Llorente Lázaro (la de Ciencias físico-matemáticas). Desde entónces hasta 1865 ocuparon en ellas el primer sitio respectivamente los Sres. Rios Rosas, Olózaga, Pastor Diaz, Alcalá Galiano, Benavides y en la de Ciencias políticas; Alcalá Galiano en la de Letras, y Llorente en la de Ciencias físicas, acompañándoles como vicepresidentes y secretarios los Sres. Castelar, G. Rodriguez, Canalejas, Camus, Mata, Mena y Zorrilla, Valera, Perez Arcas, Vilanova, Ponton, Maldonado, Echegaray, Moret, Salmeron, Silvela, Torre Muñoz, Vergara, Monroy, Ametller, Guallart, Casañé, Monroy, Balart, Fernandez Gimenez, Ogesto, Laberon y Valle (1).

La importancia de aquellos debates en los cuales se dieron á conocer hombres que hoy figuran en primera línea, se muestra con toda evidencia en los temas. Los de Ciencias morales y políticas se iniciaron con este problema: *Las ideas socialistas ¿son un síntoma de decadencia de las sociedades ó una aspiracion hácia un perfeccionamiento?* Y él sólo bastó para llenar todo el año académico. Al siguiente, la mesa pedía *La determinacion de la idea del progreso*. Luego preguntó: *¿Qué relacion hay entre el progreso científico é intelectual de nuestra época con el progreso moral?* Más tarde: *¿Qué relacion*

(1) También tuve yo el honor de ser secretario primero de la Seccion de Ciencias morales y políticas en 1864.

existe entre las libertades de imprenta, de enseñanza y de religión? Y luego: ¿Será conveniente la libertad absoluta de discusión y de enseñanza? Y por último: ¿Qué principios filosóficos pueden determinar la idea de nacionalidad? (2).

La Sección de Literatura planteó sucesivamente numerosos temas, entre ellos *Influencia de la literatura clásica francesa del siglo XVIII en la lengua y literatura castellanas; Influencia de la prensa periódica y de la elocuencia parlamentaria en la lengua y literatura castellanas; Influencia de la literatura española en la francesa del tiempo de Luis XIV (1859). ¿Qué es, qué ha sido y qué debe ser el arte en el siglo actual? Significación literaria, política, social y religiosa del Cid (1861). Qué ha sido, qué es y que debe ser la crítica literaria (1862). ¿Es el teatro escuela de costumbres? (1863). ¿Qué debe ser la elocuencia en nuestro siglo? (1863). ¿Cuáles son las condiciones de una buena historia? (1864).*

Por último, la Sección de Ciencias naturales discurrió sucesivamente sobre temas como estos: *¿Los seres animales forman una serie continua?—Influencia de los alimentos en las cualidades de los seres animados (1859). ¿Cuál de los ramos de las ciencias físico-químico-naturales es el que suministra más datos para el adelanto de la agricultura? El progreso de las ciencias naturales con aplicación á la industria, ¿ha sido favorable ó contrario al desarrollo intelectual y á la mejora de los sentimientos? (1861). ¿Qué relaciones existen entre las diferencias orgánicas de los sexos y las intelectuales y morales que observamos en los mismos? (1862). ¿Cuál es el sistema más aceptable para la mejora de la higiene pública y qué grado de intervencion debe tener el Estado en este asunto? (1863). ¿Hay preceptos higiénicos aplicables especialmente á las diversas industrias? y caso de existir ¿deben ser objeto de reglamentos públicos? (1864).*

La simple lectura de estos temas pone claro la privanza del

(2) No he podido dar con la Memoria de la Secretaría, de 1860, y no recuerdo precisamente los temas de aquel año. Sí sólo el de la Sección de Ciencias políticas, que es el relativo á las libertades religiosas, de prensa y de enseñanza.

interés político, pues que á él obedecían por lo ménos las formas empleadas para plantear las cuestiones literarias y aún la mayor parte de las físico-naturales. Verdad es que la mayor concurrencia, el mayor número de oradores y la vida mayor de los debates estaban por aquel tiempo (como han estado siempre), en la Sección de Ciencias morales y políticas, donde en esta época hicieron su briosa aparición la democracia, el individualismo economista y el krausismo, apuntando sólo la crítica religiosa y las afirmaciones anticatólicas, que pronto habían de entrar con pié firme en los salones de la calle de la Montera.

Todo concurría á favorecer aquella aparición. La Unión liberal imperaba, realizando á maravilla su inconsciente y providencial empeño de destruir los antiguos y ya casi agotados partidos, ora restando de ellos la mayoría de sus eminencias, ora produciendo no un sistema ni un nuevo eclecticismo, si que simplemente un *modus vivendi*, hijo de la falta de fe en los procedimientos conservadores y de la necesidad de acomodar la vida á las exigencias de la civilización novísima. Una gran tolerancia respecto de las personas se unía á una gran indiferencia respecto de las ideas. Los efectos económicos y sociales de la revolución del 54 comenzaban á hacerse camino, y con esto coincidían las larguezas del Gobierno, dueño de los pingües recursos que producía la desamortización, ahora aceptada y llevada á término á despecho de las tradiciones conservadoras. En este concepto, tiene fundamento la acusación de materialista formulada contra la administración de la Unión liberal. Combinábase con tales hechos la actitud de los partidos avanzados. El progresista al cabo escuchaba la voz de Olózaga, y saliendo del retraimiento y de la dispersión, enviaba al Congreso á aquella viril minoría que preparó la organización total del partido, é hizo posible el banquete de los Campos Elíseos y la manifestación en honor de Muñoz Torrero. La democracia á su vez, aquella democracia que había aparecido como una ilusión y una protesta en el prospecto de *El Siglo* en 1847, como un deseo en el programa de la extrema izquierda del Congreso, y de la reunión del Teatro de Variedades en 1848, y como una esperanza en las Cortes del 54 y en la re-

dacion de *La Discusion* despues de la ley-Nocedal, ahora se agrupaba sobre la tumba del mártir Brú y alrededor de Ruiz Pons encarcelado, consiguiendo arrancar de los tribunales de justicia la legalidad de su programa y enviar á la Cámara de Diputados á D. Nicolás M. Rivero para que allí realizara una de las campañas más brillantes que registra la historia parlamentaria del mundo contemporáneo. Renacía la paz: era la hora de la elaboración de ideas, de la formación de la conciencia pública; era el período preparatorio y el momento crítico de la propaganda. Y á poco comienza Castelar con más sentido que en los salones de Oriente, aquella admirable peregrinacion por provincias, cuyos triunfos todavía compensan su deplorable actitud de los presentes dias. Gomez Marin, Cuesta, Martos y Pí hacen de *La Discusion* una tribuna; Carrascon y Fernando Gonzalez escriben *La Democracia*; Canalejas *La Razon*; Angulo Heredia y Bernal la *Revista Hispano-americana*; García Ruiz *El Pueblo*, y el espíritu democrático llega á salpicar las columnas de *El Contemporáneo*. Aparece entónces *La América*, palenque abierto á todas las tendencias del espíritu liberal, y donde bajo la advocacion del porvenir, que en el Nuevo Mundo se preparaba un altar, luchan Galiano y Mora, y Cueto y Borrego, y los hombres todos del pasado con una juventud llena de vida y esperanzas. Ábrense en la Carrera de San Jerónimo las salas de la «Sociedad libre de economía política,» alcázar del puro individualismo: créase en la calle de Cañizares el «Círculo filosófico,» cuna de la crítica filosófico-religiosa; y en el patio de la Bolsa comienzan los grandes *meetings* de la «Sociedad para la reforma de Aranceles.» Aquello era un mundo en formación; una tempestad de ideas; un diluvio de críticas, de protestas, de afirmaciones, de deseos, de perspectivas, de cambios y transformaciones. Si aquí no se realizaran tantas injusticias, yo no me explicaría cómo en una plaza de esta vibrante villa no se halla levantada una estatua al general O'Donnell con esta inscripcion en letras de oro: «¡*La democracia agradecida!*»

Todo, pues, coadyuvaba al renacimiento del Ateneo. Y el Ateneo llegó entónces á más altura que en 1841-47. ¿Puede haber dudas respecto del sentido y del alcance de aquella pro-

paganda realizada en las secciones por los Bona, los Canalejas, los Rodriguez, los Nougués, los Castelar, los Salmeron, los Echegaray, los Rodriguez, los Sanromá, los Quevedo, los Carballo, los Medina, los Monroy, los Balart, los Moret, los Fernandez Jimenez, los Valera, los Gonzalez Alegre, los Mata, los Leal, los Becerra y tantos otros frente á Moreno Nieto, Moron, Alcalá Galiano, Martinez de la Rosa, Canalejas, Sanchez, Orti, Dacarrete, Fabié, Berzosa, Bugallal, Menendez Lúarca, Cisneros, Saavedra, Marichalar, Rayon, Bravo, San Pedro y algunos más que, á pesar de su reconocido mérito, de la grandilocuencia de unos, del vasto saber de otros, del ardor de todos, sin embargo, eran impotentes para rectificar, cuando no contener, la direccion y el alcance que á las discusiones daban los primeros?

A nadie se le ocultaba por aquel entónces el espíritu dominante en el Ateneo: sólo que ahora, á diferencia de 1841, si las ideas conservadoras llevaban la peor parte, debíase pura y sencillamente á que en mérito y fuerza eran las inferiores. Los periódicos daban cuenta al pormenor de los debates del Ateneo: imprimíanse las Memorias de los secretarios, los discursos de los socios, los resúmenes de los presidentes. La multitud henchía los corredores y los salones; y el público, que ya no necesitaba papeleta para entrar en las cátedras, llenaba las escaleras, y hasta el mismo patio. Un juéves, una noche de sesión, era un acontecimiento en todo el Madrid de la inteligencia, y daba grima comparar la vida exuberante del Ateneo con las llamaradas de agonía de las Academias oficiales.

Naturalmente, la duracion del esfuerzo había de estar en razon inversa de su energía; pero, así y todo, la animacion del Ateneo se mantuvo casi idéntica hasta 1865, en cuya época se interrumpe la reunion de Secciones. Entónces el drama comenzaba á plantearse en la calle. Ya se habían retraído—despues de organizados—demócratas y progresistas. Habíase celebrado el banquete de la Fonda Española. Pero ahora tambien, como si fuese otra vez necesario que la mano del poder viniese á poner la etiqueta al centelleante círculo, ahora el Gobierno se decidió á escandalizar al público con una orden fechada en 2 de Enero de 1866, por la que se cerraban, no

sólo las cátedras, si que los salones del Ateneo; medida al fin revocada (después de veinticuatro días de clausura del establecimiento), aunque en rigor sólo respecto de las salas de lectura y conversacion.

Y todavía después, en 23 de Octubre del mismo año, el presidente interino del Ateneo (que lo era el Sr. Figuerola) se vió sorprendido por el inspector de vigilancia del distrito, que le exhibió una orden del capitán general, por la que, bajo la responsabilidad de la Junta de gobierno, quedaba «prohibida la lectura de los impresos extranjeros que hubieren dado á luz un solo artículo en que se atacase ú ofendiese á la religion ó á S. M. la reina y la real familia.» A esta intimacion siguió naturalmente la retirada de los salones de lectura de todos los periódicos y revistas del extranjero.

Y más aún; consentida la reapertura del Ateneo (esto es, del círculo de lectura *inocente* y de conversacion ordinaria), ántes del año — en 30 de Diciembre del mismo 66 — el gobernador civil de Madrid trasladaba al Presidente de la Asociacion una orden del capitán general, por la que se prohibía la reunion general de ateneistas del último día de año, por no creer conveniente «que en aquellas circunstancias se celebrase ninguna junta á la que pudiera darse, directa ni indirectamente, el más insignificante carácter político.» De suerte que el instituto quedó entregado á una Junta directiva que, por amor á la casa, tuvo que prorogarse los poderes.

Por último, en Abril de 1867, el gobernador civil se dirigió al Ateneo pidiendo los Estatutos y Reglamento de éste, y la cita de las órdenes que se expedieran para su aprobacion y la instalacion del establecimiento: medida que alarmó profundamente, porque su alcance era visible, hasta que en Diciembre del mismo año 67, el mismo gobernador civil tornó á autorizar «á la corporacion para que funcionase con arreglo á sus Estatutos (y por esto fué convocada la junta general que no se celebraba desde 1865), si bien *sujetándose á la ley sobre reuniones públicas.*» Es decir, á una ley que hacía imposible la *Holanda de España.*

Con tales ataques y tales amenazas y tales rigores, el Ateneo debía decaer y decayó de un modo indecible, sin que fuera

parte á contenerlo el restablecimiento en 1868 de algunas cátedras que atrajeron gran concurrencia y proporcionaron grandes aplausos á los profesores; entre ellas las del Sr. Moret y del Sr. Fernandez Gimenez sobre *Financieros modernos* y el *Arte árabe*, respectivamente.

Y en esto vino la gran revolucion de Setiembre. La Union liberal había hecho el último servicio á la democracia, aliándose con ella y expulsando á la reina Isabel, despues de haber destruido á los antiguos partidos monárquicos. No son estos títulos, ciertamente, para un partido que se ufanaba de conservador. Pero así sucedió.

RAFAEL M. DE LABRA.



migo de su poder y de su influencia en la sociedad. Si hoy vemos coexistir diferentes religiones en un mismo pueblo; si hoy la tolerancia y la fraternidad parece que se abren paso, es porque estas ideas están sostenidas por el espíritu moderno, contrario al poder religioso que ha perdido todo apoyo y se ha debilitado tanto como se ha robustecido el espíritu de independencia y libertad de las sociedades y de los individuos. Si así no fuera; si la religion tuviera el poder que tuvo en la Edad Media, mantendría en absoluto la dominacion que ejerció entónces, y no habrían desaparecido ni en poco ni en mucho los errores, las supersticiones del ciego fanatismo que caracteriza aquella edad. Puede verse la realidad de esto en la actitud que toma la Iglesia católica, siempre que puede, y en la protesta permanente que mantiene contra todo el derecho moderno. Filosofía, libertad de conciencia, libre exámen, todo eso está condenado por ella de una manera formal y precisa; y sin embargo, no debemos á otros elementos nuestro estado actual, moral y materialmente apreciado. Por mucho que deje que desear todavía, es evidente que estamos aún mucho más léjos de aquellos tiempos en que se realizaban, bajo la influencia religiosa, hechos que todos conocemos, hechos que nunca más serán posibles.

Para disculpar los excesos del celo religioso, se dice siempre que éstos son obra de los hombres y que no se debe culpar por ellos á la religion, buena en su esencia, sobre todo á la religion católica, santa como ninguna. El sentimiento religioso tiene tanta influencia sobre el hombre, y las formas exteriores con que lo ha manifestado han ejercido en todo tiempo una accion tan poderosa y tan constante sobre su vida, que se resiste á creer sea origen de tan enormes males, lo que él siente nacer en su alma con tanta pureza y tan naturalmente; y busca disculpas, porque no puede condenar á sus propios sentimientos. Pero desgraciadamente, esa es la obra fatal de todas las confesiones religiosas; apoderándose de esa aspiracion de las almas, pervierten la idea y el sentimiento religioso en el hombre, pretendiendo dirigirlos, y son ellas las responsables de los malos efectos que resultan de su direccion, no los hombres á quie-

nes ellas dirigen. Y lo peor es que desde el momento en que una religion se establece formando Iglesia con accion y poder propios, bien sea dentro del Estado ó separada de él, no procede de otra manera. Nace en ellas inmediatamente la ambicion de engrandecerse, que es natural en todo poder organizado, y la ambicion de extender su dominacion por la propaganda de las ideas que sustentan; nace el interes especial de la Iglesia en frente de todo otro interes, y el deseo de su prosperidad sobre todo otro deseo. Los peligros que puedan ofrecerse, las luchas que sean necesarias, todo lo arrostrará por sostener sus derechos, porque... ¿dónde está el poder que no se cree con derechos y lucha por sostenerlos hasta perecer si es preciso?... Cada obstáculo que les presenta la realidad de la vida es una nueva necesidad que les estimula; y así van determinando poco á poco su particular carácter y separando á sus adeptos, ya con consejos, ya con preceptos, de toda influencia extraña á sus especiales miras. El sacerdote concluye por pertenecer en cuerpo y alma á su Iglesia, y ¿cómo no ha de ser así, cuando depende de ella?... No tiene tampoco otro interes que el de su carrera, ni otra aprobacion de su conducta que le importe, sino la de sus superiores. Su porvenir es el porvenir de su Iglesia; su influencia y su valer, de ella le vienen; separado del mundo civil, su patria y su familia son su Iglesia; su prosperidad ó su ruina están ligadas á ella; su vida, por consiguiente, le pertenece. Esta pendiente es inevitable, y de los tristes ejemplos que ha ofrecido al mundo el clero de nuestro país, son las personalidades mucho menos responsables de lo que generalmente se cree. Jesus, el mismo Jesus, ese sublime fundador de la más hermosa doctrina, cuyos labios pronunciaron el magnífico sermón de la montaña, cuando poseido de la justicia de su obra y entreviendo, quizá, el porvenir, se exalta convencido de los obstáculos que han de oponérsele, ¿qué dice á sus discípulos, admirados del cambio que en él se opera?... «Fuego vine á poner en la tierra, les dice, y ¿qué he de querer, sino que arda?... ¿Pensais que soy venido á poner paz en la tierra?... No, os lo aseguro, sino por el contrario, division. Porque de aquí en adelante, si hay cinco en una casa, divididos estarán los unos contra los otros; tres contra dos y dos contra tres. Estarán di-

vididos el padre contra el hijo y el hijo contra su padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra» (1).

Lo que Jesús previó, se realizó: las disensiones de los hombres por motivos religiosos han sido por largo tiempo causa de inmensas desgracias; y mientras las religiones revistan esa organización y ese carácter de poder que han tenido y tienen todavía, estas disensiones perturbarán las sociedades continuamente y harán imposible la fraternidad humana.

El ejemplo citado de los monjes rechazando á su madre con una dureza de corazón incomprensible, no es único, y aún hoy se ve algo de eso entre los jesuitas; pero repetiremos lo mismo: se llega á este resultado por la enseñanza religiosa. El alma que se posee de ella, no puede ver en el mundo nada mejor, ni tan digno de su celo, como la Divinidad á quien pretende honrar con sus acciones, y Jesús, á quien desea imitar, se lo dice también y se lo manda. «El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí. Y el que ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí.» «Y cualquiera que dejase casa, hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó mujer ó hijos, ó bienes por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna» (2). Ante esta exaltación de los deberes religiosos sobre todos los deberes ¿qué hacer?... ¿Qué argumento podrá ser bastante para el creyente en contra del Evangelio?... Ninguno. Y es inútil acudir al Evangelio mismo para demostrar que hay otros preceptos que neutralizan los preceptos citados; la fe busca lo que está fuera del orden natural; se complace en lo imposible; tiene para ella más fuerza el misterio que lo conocido, y más lo absurdo que lo racional. *Credo quia absurdum*, se dijo hace ya mucho tiempo, y es verdad.

En la religión católica son, pues, la intolerancia, las supersticiones, todos los extravíos que ha ofrecido al mundo, y el falseamiento consiguiente de la moral que ella misma encierra,

(1) Evangelio de San Lucas, vers. 49, 51 y siguientes, cap XII; y en el de San Mateo, vers. 34, 35 y 36, cap. X.

(2) Mateo, cap. X, vers. 37, y cap. XIX, vers. 29.

resultados precisos, necesarios. Los escritores que blasonando de católicos quieren que la Iglesia éntre en el camino de las reformas que el espíritu moderno reclama, y se esfuerzan por conseguirlo, se esfuerzan en vano, no puede. Ella posee la verdad revelada, completa y absoluta; no le es dable suponer siquiera lo contrario, y tiene que mantener lo que siempre ha mantenido, si no no hay revelacion; sólo así es lógica. Lamentemos cuanto queramos un estado de cosas tan duro, tan forzado y cada dia más imposible; pero nuestras lamentaciones no variarán nada. La conducta de la Iglesia católica seguirá siendo la misma siempre; está en la esencia de su doctrina, y es conforme á sus principios y á su historia cuanto hace.

II.

Las religiones, ya lo hemos dicho, han sido las primeras maestras de los hombres y el fundamento de toda civilizacion; la religion cristiana civilizó á los bárbaros, dió vida y fundamento á la Edad Media y preside todavía á nuestra edad; siendo Dios el tipo á que el hombre ha referido, en cada época, todas las perfecciones con que soñaba, puede decirse que la idea religiosa es la que ha movido al mundo, y como Proudhon decía, estamos llenos de la Divinidad; fuera de ella ni siquiera pensamos. Las religiones han venido teniendo, por consiguiente, en la sociedad un puesto importantísimo y merecido, todo esto es verdad; pero tambien lo es que las religiones; para ejercer su accion, necesitan, como condicion indispensable, que se crea en ellas; sólo así son eficaces, y hoy (preciso es confesarlo), no se cree. Defendemos con calor la tolerancia, proclamamos la libertad de todas las religiones, precisamente porque nos son indiferentes. Las religiones y la sociedad van por distintos caminos, persiguen distintos ideales; no concurren á un mismo fin, como concurren ántes, y así en lugar de auxiliarse mutuamente, se estorban, chocan por sus distintas pretensiones, y de aquí ha nacido la nueva teoría de la se-

paracion de la Iglesia y del Estado, como solucion del conflicto.

Pero tomando, como toma la religion, una parte tan esencial en nuestra vida, el solo anuncio de una reforma religiosa, la posibilidad de ella, las dudas que el porvenir entraña, la lucha de opuestos intereses y de creencias contrarias, perturbaban las sociedades modernas, como si se tratara de derribar su principal fundamento, y les imprime ese carácter tan inconstante y mudable que hoy ofrecen, con sus diferentes tendencias políticas, sus reformas continuas, vacilantes, buscando cada dia soluciones nuevas y no encontrándolas nunca. De aquí tambien el movimiento de reaccion natural para volver á apoyarse en el pasado, vigorizando el sentimiento religioso, y poniendo de una vez resueltamente bajo el amparo de creencias seculares el porvenir del mundo. Pero esta sería la peor de las soluciones, porque faltan precisamente esas *creencias seculares* sobre las cuales fuera preciso apoyarse; y es inútil discutir sobre ello cerrando los ojos á la evidencia; no existen ya esas creencias, y no hay poder humano que pueda volver á darles vida, y ménos para hacer revivir con ellas un sistema social ya muerto. No es tampoco que hayan desaparecido por impiedad, sino por insuficientes. Despues de diez y nueve siglos de cristianismo, la humanidad se ha encontrado con nuevos horizontes, con aspiraciones nuevas, y hay que satisfacerlas necesariamente, porque esa es la vida y ese es el progreso, condicion imprescindible de nuestra naturaleza. En el mundo moral la fuerza material no puede nada; son las ideas las que gobiernan á los hombres, y con las ideas hay que armonizar siempre el medio en que los hombres han de vivir y han de desarrollar sus facultades, esto es, la sociedad y sus leyes. Si, como se dice, la corrupcion y la inmoralidad destruyen hoy las sociedades modernas, y concretándonos á nuestra patria puede haber verdad en ello, no es volviendo la vista á lo pasado como encontraremos el remedio. Cuando lo pasado merece este nombre, no puede servir de nada en lo presente; ni ¿cómo podría servirnos si en manos de ese pasado mismo que queremos resucitar hemos venido á ser lo que somos?... Si las doctrinas y los principios que la sociedad considera ya

impotentes para gobernarse por ellos hubieran tenido virtud bastante para dirigir el mundo á su destino, las revoluciones políticas y religiosas no habrían sobrevenido, y esta intranquilidad y estas aspiraciones á un nuevo orden de cosas no existirían. Si existen es porque tienen una razon de ser; es porque nuevas necesidades reclaman otras satisfacciones; la humanidad encuentra estrechos los moldes en que hasta aquí ha desarrollado su vida y los rompe. Este es el hecho. En el orden moral no tenemos más que ruinas, y habiendo sido las religiones su sosten y su causa, con ellas se destruye como vivió por ellas. Pero como no es posible la existencia sin principios y reglas generales de conducta que la rijan, la reconstrucción del orden moral es ineludible: hay que asentarlo sobre nuevas bases y dar al hombre nuevos medios para que vaya al cumplimiento de su fin sobre la tierra, segun su razon lo concibe y lo desea. De aquí la necesidad de hacer á la moral independiente, separándola de las religiones, y la necesidad de educar al hombre de un modo racional y conforme á su naturaleza para que encuentre siempre en sí mismo, en su propia conciencia, el fundamento y los motivos de sus acciones. Cuando educado, como hasta aquí lo ha sido, el hombre llega á la mayor edad y duda ó pierde sus creencias, pierde con ellas casi siempre el lazo que le unía al orden general de los séres y de las cosas, porque este orden desaparece para él cuando deja de tener influencia la causa que lo sostenía, y quedan rotas entónces todas las relaciones que en él se fundaron, y considera mentiras todas las verdades que por él se establecieron. Peligrosa consecuencia del rigorismo de las religiones y del sistema de enseñanza que se apoya en ellas, encerrando al hombre y á las sociedades en un círculo de hierro, mezclando lo dudoso con lo cierto y subordinándolo todo, sin embargo, al absolutismo de sus dogmas, no deja al pensamiento humano otra salida que la reaccion violenta contra la opresion de que es objeto, reaccion que tiene que ir fatalmente contra los principios fundamentales que la engendran, comprometiendo así en los resultados de esta lucha verdades ó sentimientos que pudieran respetarse si fuesen independientes.

Aun reconociendo esta fatalidad de las religiones, y los malos efectos que á la larga ha producido, se dice todavía que son necesarias y que es preciso sostenerlas, porque son el único medio de represion moral que tenemos. Pero prescindiendo de que, como ya hemos consignado, faltan las creencias, y que sin ellas las religiones son un fantasma, corriendo la moral grave peligro, porque con tal sistema ellas son su única garantía, es fácil ver que las religiones, como poder represivo, perdieron ya todo su valor y toda su fuerza. Hubo un tiempo en que lo fueron efectivamente: cuando las religiones civilizaban los pueblos ó las razas en su infancia, las penas eternas con que amenazaban en una vida futura, tenían infinitamente más poder para reprimir las pasiones y los vicios de los hombres, que los castigos que imponían los hombres mismos en la vida presente. Pero ¿quién no ve que este tiempo pasó, y que la eficacia de las religiones en tal sentido, no existe?... ¿qué son hoy las excomuniones?... ¿qué efectos produce el sistema penitenciario de la Iglesia católica, tan eficaz en la Edad Media?... Ninguno. Es necesario que esta eficacia se la den los fieles con sus creencias, con su asentimiento y subsiguiente obediencia, y hoy todo eso falta. La humanidad ha crecido, y aquellos terrores ante los cuales enmudecía, no le producen ya más efecto que el que producen en el hombre los fantásticos cuentos con que le adormecía su nodriza cuando niño, tan terribles entónces, despues tan inocentes. Si, pues, la corrupcion y la inmoralidad de hoy tienen su razón en la falta de creencias, como se pretende, no acusemos á nadie: son los tiempos que reclaman en esto, como en otras cosas, una renovacion necesaria. La educacion que el hombre recibe actualmente, y por la cual se forma, es insuficiente, débil en sus fundamentos, y más tarde incapaz de dirigirle ni aún bastarle para el cumplimiento de sus deberes y verdadera satisfaccion de su vida. Las religiones han perdido su influencia, y miéntras sobre la base religiosa levantemos todo el edificio de nuestra existencia social y de nuestro fin en la tierra, no fundaremos ya nada sólido ni estable, porque desde el momento en que el hombre deje de creer todo perece. Un sistema de educacion más conforme con la

realidad de las cosas debe prevenir este momento y evitar solidaridad tan peligrosa. A cada hombre por sí y á la sociedad en general, le importa poco que el hombre crea ó no crea, cumpla ó no cumpla sus deberes religiosos; pero á la sociedad y á todos importa mucho que el olvido de estos deberes no lleve tambien consigo el olvido de otros que nos tocan más de cerca, y eso es lo que en la actualidad sucede en la masa general de la poblacion. Acostumbrada á ver el carácter religioso en todas las virtudes, á todas las confunde con sus creencias, y todas las pierde cuando pierde éstas.

Es, pues, necesario separar lo que debe estar separado; hay que inspirar al niño en la escuela y al jóven en los institutos de enseñanza, para que despues las tenga el hombre y las practique, ideas y creencias en un todo conformes á su naturaleza y á su razon, porque sólo así podrán consolidarse virtudes sociales, arraigarse el amor á la patria, sentir á veces el deber del sacrificio, y evitar, en fin, el vacío que se forma en nuestra alma por la nulidad á que poco á poco van quedando reducidas la mayor parte de las inspiraciones que recibimos y guiaron nuestra vida en sus primeros pasos por el mundo. Este resultado, cada dia más patente, es el que procura á las sociedades modernas el dictado de descreidas, acusándolas de no tener fe y de querer prescindir de toda religion. Pero no es eso: ciertamente no hemos llegado todavía á tal punto que podamos prescindir de la religion; pero sí hemos llegado á un punto en que las religiones no nos satisfacen ya, cual en otro tiempo, como maestras soberanas y suprema razon de tantas cosas. Es que á medida que la humanidad avanza en su camino, va cesando la necesidad del temor religioso que guió sus primeros pasos, y comprende que hay otro fin y otro empleo para su vida en la tierra que el que las religiones le señalan, como hay otro orden y otra razon en el mundo que los que formularon en su origen todas las cosmogonías.

La ciencia, es decir, la verdad tal como el hombre puede ir la conociendo, es la que debe gobernarle; las religiones no son la ciencia, ellas tienen á su cargo la satisfaccion de un sentimiento que no en todos los hombres se manifiesta d el mismo

modo ni con igual fuerza; de aquí la justicia de dejar á cada uno que lo satisfaga libre y voluntariamente, segun lo entienda, y la necesidad de que las religiones limiten cada vez más su accion sobre la colectividad hasta tanto que como poder y como autoridad social concluyan.

Hagamos justicia á nuestro tiempo y defendamos aquí, despues de lo expuesto, á la crítica positivista de una acusacion inmerecida. No va el positivismo moderno contra la religion católica, ni contra ninguna otra religion. Separándose de los senderos seguidos hasta ahora por la especulacion, afirma sencillamente que no hay conocimiento cierto fuera de la experiencia, y que por lo tanto, *lo absoluto* no puede ser objeto del conocimiento, porque cuanto de él se diga jamás será comprobado. Deslinda así los campos, y dando á las ciencias el suyo propio—la observacion y la experiencia,—deja á las religiones que satisfagan, como mejor les parezca, esa aspiracion de las almas al infinito, á ese *más allá* que la ciencia no puede conocer ni explicar. En este sentido más bien presta el positivismo un servicio á las mismas religiones que un pecado contra ellas. Tiempo es ya de que cesen esas intransigencias y esos odios que dividen á los hombres, haciendo del nombre de Dios una bandera de guerra con tan funestísimos resultados y que cada cual ocupe su puesto, sirviendo en la medida de sus fuerzas al progreso de la humanidad y á realizar en lo posible el bien sobre la tierra.

Al querer, pues, separar la moral de las religiones, el positivismo no pretende inferir á estas agravio ninguno, quiere solamente que el hombre la conozca y cumpla sus leyes, inspirándose valerosamente en su conciencia, sin sujecion á extrañas influencias, y funde su dignidad por sí mismo y conozca el bien y lo practique porque lo ame. Los tristísimos ejemplos que ha ofrecido al mundo el absolutismo religioso, y los extravíos á que han sido conducidos los hombres y los pueblos, no conociendo otro bien que el que las religiones les señalaban, la historia los consigna y algunos quedan apuntados en el curso de este artículo. No solamente está justificada por los hechos la necesidad de la moral independiente, sino que esta necesidad se impone á la conciencia, en desagravio de

los pasados males y como remedio para que jamás se reproduzcan. ¿Pero cómo podrá fundarse una moral fuera de las religiones?... El cómo es obra confiada al tiempo. Siendo la moral la ciencia de las costumbres, según se la ha llamado con justicia, el tiempo sólo puede reformarlas, haciendo penetrar lentamente hasta las últimas capas sociales, la nueva noción del bien y las nuevas reglas de conducta que se desean. Basta hacer conocer hoy la necesidad de la reforma y la base en que deberá apoyarse.

Esta base ya la explicó al mundo hace tiempo Emmanuel Kant, cuando decía que *el bien* no existía más que por el cumplimiento del deber. Que cada uno cumpla con su *deber*, y el bien será realizado en la tierra. ¿Y cuál es la noción del deber? Para toda criatura inteligente y libre su deber consiste en el perfeccionamiento de su ser, acrecentar sus facultades, realzar su personalidad, aumentar su inteligencia, su bondad, su libertad: hé aquí su deber. Y la sanción de esta ley se encuentra en la sociedad, y sobre todo en el fondo de la conciencia de cada hombre. Cuando uno ha cumplido con su deber, ¡qué satisfacción interior, qué tranquilidad, qué valor nos da el aplauso de nuestra conciencia!... Cuando uno, por el contrario, falta á él, por cualquier causa y con cualquier pretexto, ¡qué intranquilidad, qué timidez, qué remordimientos!... Nos sentimos humillados, pequeños á nuestros propios ojos; hay algo que disminuye y padece en nuestro ser, y es nuestro ser mismo, como lo ha dicho Spinoza, porque el bien y el mal no es otra cosa que su aumento ó su disminución.

Hemos dicho que la sanción de la ley moral se encuentra en la sociedad misma, y con efecto, en cada momento histórico sólo la sociedad es la que públicamente aprueba ó desaprueba los actos individuales. En tal época ó en tal país los hombres estiman buenos tales actos y malos tales otros; esto es un hecho, y es cuerdo hacer lo que todos aprueban y no hacer lo que todos condenan. La moral de cada época y de cada pueblo no ha tenido más fundamento ni más razón que ésta. Pero ni la moral ni nada hubiera adelantado un paso en las sociedades humanas, si inteligencias más vigorosas que las del común de los hombres y conciencias más claras y mejor inspiradas, no

hubieran visto más allá de su tiempo, y no hubieran señalado á sus contemporáneos un ideal de perfeccion que alcanzar y un mejoramiento que obtener, ya en la organizacion social, ya en el derecho y costumbres, admitidos como buenos. De aquí la necesidad suprema de que las religiones no estorben en ningun sentido al desenvolvimiento del espíritu humano, impidiendo ó retardando el progreso; deben limitarse á vivir dentro del círculo que les es propio, sin que ejerzan ningun poder social, porque mientras así no sea, estorbarán siempre la marcha de la humanidad sin poder evitarlo: ellas no pueden marchar ni cambiar de modo alguno; son inmutables.

La enseñanza, pues, debe prescindir en absoluto de toda confesion religiosa, considerando estas creencias privativas del individuo, el cual puede tener la opinion religiosa que quiera, tan inofensivamente como puede creer hoy en el espiritismo ó en la transmigracion de las almas. La enseñanza debe tener por objeto formar al hombre para la sociedad, hacerle conocer sus derechos y sus deberes como tal hombre y como ciudadano; como miembro de una familia y como miembro de la humanidad, á cuyo progreso ha de contribuir y en cuyo amor se ha de inspirar, viendo en todos los demas hombres hermanos suyos, hermanos en la gran familia humana, sean cualesquiera sus creencias respecto á la Divinidad, dato que si ha servido hasta aquí para dividir á los hombres y á los pueblos haciéndolos irreconciliables enemigos, debe olvidarse para siempre. Los hombres son hermanos por el solo hecho de ser hombres, y como tales deben obtener de sus semejantes consideracion, respeto y afecto en todas las ocasiones.

Sólo entrando y marchando por esta senda, el hombre se elevará y será bueno, porque se elevarán sus ideas y se engrandecerá el objeto de su vida sobre la tierra. Y esta educacion no excluye la creencia religiosa; pero se realizará una diferencia: hoy el hombre es moral porque es religioso; parece que no puede ser bueno sino dentro de una religion: mañana por el contrario, el hombre será religioso porque será moral y bueno ántes que nada. Este importantísimo resultado librará á las sociedades de los conflictos en que todavía hoy tropiezan, y el hombre se habrá librado tambien de un yugo más de en-

tre tantos como le han sujetado desde que hay memoria de hombres.

Sér inteligente y libre el hombre, convenientemente educado procurará en adelante no abandonar nunca más, en manos de nadie, esas dos condiciones de su vida y prendas de su destino que le hacen tan poderoso; su inteligencia y su libertad. Si alguna vez la fraternidad humana, la union, la paz, el bien, en una palabra, se ha de ver realizado sobre la tierra, sólo será por el esfuerzo del pensamiento del hombre libre, sólo la conciencia, libre de toda imposición, lo comprenderá, lo amará y lo practicará. Ahí está la historia; ahí está ese espejo de los tiempos; cada progreso, cada adelanto, cada mejora, lleva al frente un nombre; el nombre de un hombre que supo ver más claro que sus contemporáneos, y libre de preocupaciones, señalarles un camino mejor que seguir en la vida, y un empleo mejor de sus facultades y de su inteligencia. ¿Y por qué vemos siempre enfrente de estos hombres, enfrente del desenvolvimiento y progreso del espíritu humano, á las religiones preestablecidas?... Ya lo hemos dicho: porque ellas, que han procurado influir sobre la sociedad y modelarla según sus afirmaciones, han visto—y no han podido menos de ver—un enemigo en todo cambio de ideas, en todo progreso humano. A ellas, que en un momento dado se ofrecieron al mundo y fueron aceptadas como solución de todas las dudas, y como la verdad absoluta, no les es posible aceptar cambio ninguno y se oponen con toda la fuerza del instinto de conservación y de la lógica, porque una religion que progresara, que cambiara como la humanidad cambia, sería una religion sin fe, una religion muerta. Por eso cuando las grandes transformaciones de la humanidad se realizan, vemos desaparecer las religiones que hasta entónces imperaron y establecerse otras nuevas; y por eso hoy, en que parece que también la humanidad aspira á un cambio profundo en su manera de ser, vemos luchar á la religion católica, la más poderosa, porque semejante cambio no pueda tener lugar; ve en él un enemigo y le combate con todas sus fuerzas hasta expulsar de su seno á los mismos miembros de la Iglesia que quisieron armonizar su existencia con el progreso moderno; testigos son de los efectos de esta verdad el Padre

Félix y el Padre Curci (recientemente vuelto al gremio eclesiástico); estos pensadores eran en la manifestacion de las ideas que motivó su separacion más racionales, comprendían mejor las necesidades de la época; pero la Iglesia es más lógica.

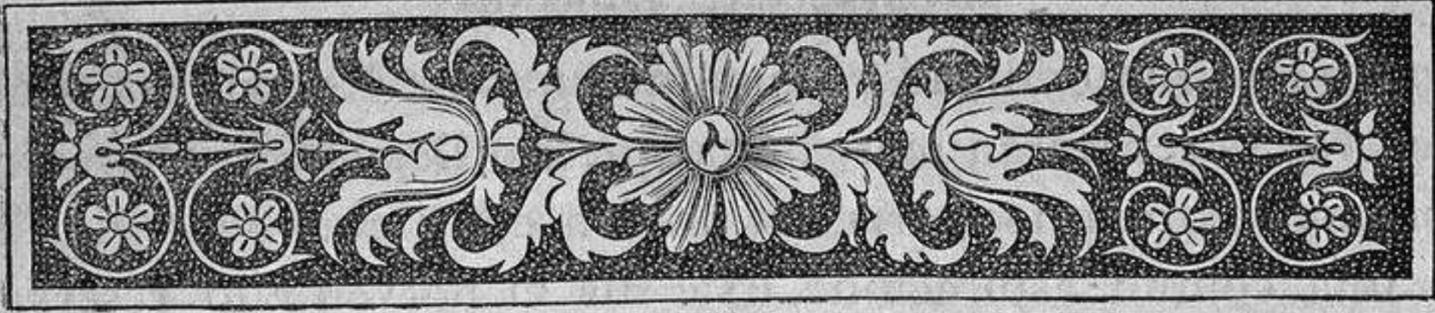
Dejemos, pues, á todas las Iglesias que vivan, mientras puedan, dentro del ideal que se trazaron, y separemos al hombre y á las sociedades de su influencia exclusiva. Eduquemos al individuo para que sea miembro útil de la humanidad; para que tenga fe en la ley del progreso y contribuya á realizarlo en la medida de sus fuerzas; el progreso se realizará facilísimamente, y los obstáculos que encontró en otras épocas no los encontrará de este modo en adelante. Por algo el catolicismo se afana por crear y sostener centros de enseñanza, gastando en estos establecimientos buenas sumas; sabe bien que la educacion forma al hombre; que la sociedad procura formarlos para sí, como la Iglesia procura formarlos para ella; la justicia está de parte de la sociedad porque ella formará miembros útiles á la humanidad, mientras la Iglesia no formará más que miembros útiles para ella. La Iglesia mutilará al hombre no ofreciendo á su pensamiento más que un ideal religioso, el suyo propio: la sociedad debe, por el contrario, educarlos para el bien general, para que todos sean útiles, como hijos de una misma familia, á esta familia, á la gran familia humana.

Repitamos, para concluir, una verdad ya apuntada: no hay moral donde no hay libertad; y si la moral ha de enseñar al hombre sus deberes, eduquemos al hombre para esa libertad que le es tan necesaria. Si las religiones fueron un instrumento de civilizacion algun dia y la humanidad les debe en este concepto grandes beneficios, hoy no pueden servir ya á esta civilizacion que marcha y se desarrolla en muy diverso sentido, y la sociedad, como el individuo, necesitan emanciparse de aquella antigua tutela. Esta necesidad la siente por instinto la generalidad de los hombres y no há menester demostracion: lo que hoy llamamos falta de creencias, relajacion de los lazos religiosos, es sencillamente el resultado de esta conviccion que ha penetrado ya en la conciencia de todos: *las religiones no mejoran al hombre actualmente, no sirven á su progreso, le estorban*, y en su consecuencia el hombre abandona las reli-

giones á su inmovilidad y sigue marchando. Es evidente que cada vez se separarán más, hasta que no lleguen á convenir, por una reforma necesaria, en un concepto igual de la vida y en una comun aspiracion. Este dia el porvenir lo reserva; quizá está léjos; á nosotros sólo nos toca hacer votos porque un concurso feliz de circunstancias lo acerque.

JOSÉ HEREDIA Y GARCÍA.





LA EDUCACION

DE LOS SORDO-MUDOS Y LOS CIEGOS.

Es tan complejo el problema de la educacion popular, que cuanto más se le considera más puntos de vista surgen de él, á cual más interesante y de resolucion más perentoria. Y aunque es muy cierto que sobre cada uno de los aspectos de ese problema se ha discurrido extensamente, al punto de que bien pudiera afirmarse que de todos ellos se ha dicho cuanto hay que decir, tambien lo es, por desgracia, que en la gran mayoría de los casos está casi todo por hacer. De aquí la necesidad de repetir hoy lo que ayer se dijo y de esforzarse á cada momento en razonar sobre cuestiones que todos tenemos resueltas en un mismo sentido, por lo general, y que han pasado ya á la categoría de verdades evidentes. Si se considera, por otra parte, que por lo que á la educacion nacional respecta, nos hallamos en España en un período de verdadera gestacion, y que de las discusiones en que actualmente se hallan empeñadas las Córtes no puede esperarse que queden resueltos y debidamente ilustrados todos los aspectos del grandioso cuanto complicadísimo problema sometido á su deliberacion (lo cual es natural y legítima consecuencia de la manera como el Go-

bierno ha creído deber presentarles la reforma de la Instrucción pública), sin duda que á nadie parecerá ociosa la tarea de exponer algunas consideraciones sobre esos aspectos, siquiera no se diga en ellas más que lo ya sabido, ni se consiga otro resultado que el refrescar la memoria de los olvidadizos.

La educación de los sordo-mudos y los ciegos, que para nada suena en las bases de la futura ley de Instrucción pública, es el aspecto bajo el cual consideraremos en los renglones que siguen el problema de la educación pátria.

I.

Es la educación para el hombre, según atinadamente se ha dicho, como una segunda naturaleza, el complemento de su individualidad. Sin ella, el desarrollo espontáneo del ser humano, sobre ser lento é inseguro en demasía, tiene que resultar deficiente y viciado, con gran daño del individuo y de la familia y la sociedad en que vive. El hombre no puede realizar nunca de una manera cumplida el destino que le está asignado, sin la ayuda de la educación, que es á la que principalmente debe el ordenado ejercicio de las funciones máspreciadas propias de la criatura racional; pues que cuando la educación falta, las facultades humanas obran al azar, consumen ó derrochan en los esfuerzos de la impotencia todas sus virtualidades, se vician y atrofian por falta de dirección, ó quedan como adormecidas, al ménos para la vida de laborioso y activo perfeccionamiento á que están llamadas. Por esto asienta una gran verdad Hippel cuando dice que «educar es despertar al hombre del sueño de la razón.»

La condición de nuestra total naturaleza juntamente con el destino que cada hombre debe realizar, imponen la ley pedagógica, que nadie niega hoy en la teoría por más que en la práctica se halle demasiado desatendida, de que la educación debe ser *integral*, es decir, referirse con igual solicitud á toda aquella naturaleza, así en lo físico como en lo psíquico, y tener en cuenta la complejidad del destino humano. Y esta

condicion de ser integral impone á su vez á la educacion la tarea ineludible de acudir á todos los medios de desarrollo y perfeccionamiento que ofrece la naturaleza del hombre, en la cual hay que considerar, como de los principales de estos medios, los *sentidos* que, como tales, juegan papel capitalísimo en la educacion, en cuanto que por ellos conocemos las cosas y sus propiedades, ponemos en relacion el mundo que todos llevamos dentro de nosotros con el mundo exterior que nos rodea, y se realiza en gran parte ese maravilloso maridaje de lo físico con lo psíquico, del cual resulta la más alta y cabal expresion de la vida. De aquí el que en Pedagogia no sólo se atiende al desenvolvimiento de los sentidos con especial esmero, sino que se le considere como parte integrante de la educacion física y de la intelectual á la vez.

Cuando el hombre se halla privado de uno de los dos sentidos de cuyos órganos dijo Ciceron que son «las ventanas del alma,» su educacion se encuentra notablemente contrariada, al punto que á no haber venido la caridad y la ciencia en su ayuda, todos los que en aquel caso se hallasen vivirían casi sin mantener relaciones con sus semejantes, como miembros paralíticos ó atrofiados del cuerpo social. Porque es lo cierto que aunque en todas las épocas haya habido ciegos que á impulsos poderosos de un genio superior hayan llegado á adquirir cierta cultura y áun á hacerse célebres, la generalidad de estos desgraciados arrastrarían una vida asaz precaria, sumergido el espíritu en las mismas eternas tinieblas con que para ellos aparece velado el mundo exterior, á no ser por los adelantos realizados por la ciencia y el arte de educar. En cuanto á esos otros séres que por consecuencia de la falta del oído, se ven privados tambien del hermoso don de la palabra —*el sexto de los sentidos*, como algunos le han llamado,— baste con decir que hasta el siglo xvi, en que nuestro famoso Ponce de Leon inventara el arte de educarlos (apénas presentado pocos años ántes por Rodolfo Agrícola, Vives y Jerónimo Cardano), han sido considerados como unos infelices para los cuales no había remedio alguno de mejora; han sido privados de sus derechos más estimables, y hasta en épocas remotas fueron tenidos como verdaderos mónstruos que de-

bían ser exterminados en la edad de la infancia: los mismos padres consideraban á veces como un castigo del cielo el nacimiento de un hijo sordo-mudo. ¿Qué decir de esos otros seres—*privilegiados de la desgracia*—que además de la sordo-mudez llevan sobre sí la inmensa y negra pesadumbre de la ceguera?

Si en la labor de cultivar la inteligencia, los sentimientos y la voluntad, sucede á menudo que ántes de llegar á obtener fruto alguno, parece como que los recursos se agotan y como que son pocos en número los sentidos de que el educando en estado normal está dotado, y son menester otros más para producir en su alma intuiciones bastante poderosas á despertarla del sueño á que se refiere Hippel, á seguir ese camino sembrado de espinas y de flores, que del estado de gérmen lleva nuestra naturaleza psíquica á la vida adulta, júzguese lo que sucederá tratándose de esos infelices que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, lengua y no pueden hablar, y por ello se hallan privados, no ya de algunos de los más puros y deleitables goces que ofrece el mundo físico, intelectual y moral, sino al propio tiempo de los medios más esenciales y adecuados de que dispone el comun de las criaturas racionales para el cumplimiento de su destino. Y júzguese también de la importancia que en este caso reviste la educación llamada, no sólo á excitar y dirigir el desarrollo de los sentidos, sino á hacer que estos se suplan entre sí, según la necesidad del educando, y las percepciones de uno sirvan para proporcionar al alma impresiones que por la falta de otro estaba condenada á no recibir.

¿Qué sería de los sordo-mudos y los ciegos, qué de los que á la vez ni ven, ni oyen, ni hablan, sin la ayuda que les presta la educación, merced á la cual pueden comunicarse con sus semejantes, atender á sus necesidades intelectuales y morales, y gozar de derechos y placeres de que parece haberles querido privar la naturaleza? Cuando se piensa en esto, cuando se reflexiona acerca de los inmensos beneficios que pueden derramarse sobre esos desgraciados y sus familias por medio de la educación, que en este caso desempeña más que nunca el papel de redentora, pues que redime al hombre de una doble servidumbre, el ánimo se contrista al recordar que en España

no tenemos más que cinco colegios para la educacion de esos desgraciados, y que en fin del año de 1870 no asistían á ellos más que 211 sordo-mudos y 175 ciegos de ambos sexos. A las escuelas públicas de primera enseñanza asistían en dicha época 615 alumnos de la primera clase y 453 de la segunda. Es de advertir que en 1860 había en España 10.905 sordo-mudos y 64.160 ciegos.

Que hay que hacer mucho en el sentido de difundir la educacion de estos desgraciados, ya que la ciencia y el arte de la Pedagogia han resuelto problemas que no hace tres siglos se consideraban de todo punto insolubles, parece ocioso decirlo hoy que tanto se blasona de filantropía y tanto se habla de educacion popular. La ocasion no puede, por otra parte, ser más propicia, si los legisladores ó los que en definitiva redacten la futura ley de Instruccion pública, quieren aprovecharla en beneficio de tantos desgraciados como hay entre nosotros, menesterosos de una mano amiga y bienhechora que les ayude á aligerar la más terrible de las pesadumbres. Aumentar los colegios de sordo-mudos y de ciegos que hoy tenemos tan escasos en número y tan mezquinamente montados en su mayoría, es un deber ineludible impuesto de consuno por los sentimientos de la caridad y las exigencias de la civilizacion: la nacion tiene perfecto derecho á que así se haga, á que se realicen las legítimas esperanzas que respecto de este punto se le hicieron concebir no hace muchos años (1). Debe tambien fomentarse por cuantos medios sea posible la concurrencia de los sordo-mudos y los ciegos á las escuelas de primera enseñanza, allí

(1) Nos referimos al proyecto de ley de primera enseñanza que en Noviembre de 1871 presentó al Senado el ministro de Fomento, Sr. Montejo Robledo. Segun dicho proyecto, que sin duda es el mejor documento que acerca de primera enseñanza ha salido de los centros oficiales desde el comienzo de la época revolucionaria hasta nuestros dias, debía haber en España trece colegios de sordo-mudos y de ciegos, además del Nacional establecido en Madrid, de que más adelante tratamos. Sobre éste, como sobre otros puntos relativos á la educacion popular, fuera bueno que los actuales legisladores consultasen el proyecto á que nos referimos, al que ha empezado á hacerse la justicia que la pasion política le negara en un principio: verdad es que las censuras que entónces se le dirigieron fueron tan débiles como injustificadas.

donde no haya colegios de la especialidad, á cuyo efecto hay que empezar por dar á los maestros los medios de que por punto general carecen hoy, para llenar de un modo satisfactorio tan delicado y á la vez tan noble cometido.

II.

Las consideraciones que preceden nos han sido sugeridas por las visitas que, con motivo de ver los objetos que exhibe en la Exposicion Universal que acaba de abrirse en Paris, hemos hecho recientemente al Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos establecido en esta capital.

De alabar es el acuerdo adoptado por la Direccion de aquel notable establecimiento, de exponer al público, como lo ha hecho, dichos objetos ántes de remitirlos á la Exposicion; porque de este modo, las personas que se preocupan de la educacion nacional pueden juzgar de los adelantos pedagógicos, tan poco conocidos, de que dicho Colegio es prueba elocuente, é interesarse por una institucion que tanto há menester que se la proteja, por lo mismo que tan necesaria y útil es, y tan poco difundida se halla en España. El Colegio nada pierde, por otra parte, con estas exhibiciones que tan bien le dan á conocer entre personas que, ó no sabían lo que es, ó no tenían noticia ni aún de su existencia. De la misma manera que el trato frecuente es lo que engendra en el hombre las simpatías y el cariño hácia tales ó cuales de sus semejantes, así la frecuencia con que institutos como el de que tratamos, abren sus puertas para mostrar al público los resultados de sus esfuerzos, es causa de que el interes en favor de ellos se generalice, y, á la corta ó á la larga, les sea provechoso. No es fácil interesarse por aquello de que no se tiene noticia ó no se conoce bien, como no lo es tampoco hacerse de un nombre honroso en el concepto público y procurarse ayuda, permaneciendo aislado sin cultivar ningun género de relaciones. La experiencia ha debido enseñar ya á los que dirigen el Colegio que motiva estas líneas, cuán cierto es lo que aquí decimos; pues que, mer-

ced á la costumbre establecida de abrir sus puertas al público, es hoy más conocido este centro, y se ha granjeado un crédito que ántes no tuviera, aunque lo mereciese.

Por más de un concepto merece ser visitado nuestro Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos, en el que la atención de las personas medianamente observadoras se halla solicitada por muchos y variados motivos, y en donde el sentimiento se halla movido á cada paso por la dulce emoción que producen la caridad, la ciencia y el arte, adunándose para libertar al hombre de una durísima esclavitud, para la cual hubo tiempos en que pareció que no había redención posible, sin duda porque no se tenía la fe suficiente en el incontrastable poder que tienen cada uno de los términos que forman esa hermosa trilogía del arte, la ciencia y la caridad, que tantas maravillas ha obrado en el mundo. Verdaderamente que no puede uno ménos de sentirse conmovido al contemplar la prevision, la solicitud y la multiplicidad de los recursos con que en dicho Colegio se atiende á hacer más llevadera la desgracia de sus albergados, á proporcionarles medios para que, al cultivar sus almas, puedan mantener con sus semejantes las relaciones que de otra suerte estarían interrumpidas, ó al ménos serían por extremo dificultosas de sostener. En punto á este particular, es decir, á los procedimientos que se emplean para suplir en los ciegos la vista, y en los sordo-mudos el oído y el habla, hay en el Colegio que nos ocupa algo que se parecería al lujo, si no fuese porque cuanto se haga por aliviar males tan grandes y para perfeccionar al hombre, sobre todo cuando su naturaleza se halla en estado anormal, es necesario y aún poco.

La lectura y la escritura, cuyos inmensos beneficios fueran para el ciego, sin la ayuda de la Pedagogía, tan imposibles de gustar como le es formarse una idea de la magia de los colores, ó solazarse ante la bella perspectiva de un hermoso paisaje, son ya tan fáciles y familiares para aquella clase de desgraciados, como lo son para los que no carecen de vista. Maravilla la variedad de los procedimientos y la perfección con que los ciegos escriben en el Colegio que nos ocupa, en donde la gran mayoría de los sistemas de escritura de ciegos se han

puesto á contribucion , ora aisladamente, ya combinados entre sí. Desde los sistemas de caractéres convencionales y usuales en relieve, de Braille y Wait, los de Foucault en relieve con color ó sin él, ó sin relieve y con color, hasta el de caractéres comunes ejecutados, no ya con máquinas y punzones como los anteriores, sino con unas pautas y el lápiz, y de una manera sencilla, barata y á la vez de grandísimas aplicaciones, todos se practican en dicho Colegio con gran inteligencia y excelentes resultados. Hemos visto planas escritas por este último procedimiento, y por alumnos del citado Colegio, que al pronto hacen dudar hayan podido ser trazados sus caractéres por personas privadas del sentido de la vista: tal es la perfeccion y hasta la gallardía que ofrecen. En correspondencia con algunos de los sistemas de escritura mencionados, posee el Colegio una buena coleccion de libros y cuadernos de relieve, en caractéres convencionales y usuales, debida en su mayor parte á profesores del mismo establecimiento, y cuyo objeto es la enseñanza de las diversas materias que comprende el respectivo programa, la música inclusive (1).

Merced á estos procedimientos, en cuya aplicacion juega el tacto papel tan principal, los ciegos llegan á adquirir una cultura verdaderamente prodigiosa, al punto de aventajar en mucho

(1) Además de los *Principios de religion y moral en caractéres usuales*, la *Gramática* en los mismos caractéres, y la *Cartilla en relieve*, debidos al fundador y por tanto tiempo director del Colegio, D. Juan Manuel Ballesteros, y de la *Gramática castellana* y el *Libro tercero de lectura en caractéres usuales de relieve*, del entendido profesor D. Francisco Fernandez Villabrille, muerto hace años como el Sr. Ballesteros, merecen citarse algunos libros pertenecientes á profesores actuales, como, por ejemplo, el *Método racional de lectura para uso de los ciegos, en caractéres usuales*, compuesto por D. Antonio Hernandez Contreras, y la *Aritmética* y la *Historia de España* en el sistema convencional de puntos, por D. Manuel Blasco, al que tambien se debe una *Historia natural* en caractéres usuales. Al profesor ciego de dicho Colegio, D. Gabriel Abreu, se debe un *Sistema de escribir la música en puntos de relieve*, y un *Sistema de notacion*, destinado á sustituir la pizarra para los ciegos en el estudio de la armonía y composicion. Entre los aparatos de utilidad para la enseñanza de los ciegos, es digno de especial mencion el *Tablero aritmético-geométrico* ideado por el que fué director del citado Colegio, D. Cárlos Nebreda y Lopez, á quien, entre otros trabajos que ya habrá ocasion de citar, se debe un buen *Método de escritura usual para la enseñanza de ciegos*.

á la que reciben los niños dotados de vista que asisten á las escuelas elementales y superiores. Otro tanto puede decirse de los sordo-mudos, en los que el milagro de su educacion es hijo de la intuicion, á la que en su mayor parte se deben los sorprendentes adelantos que alcanza al presente la Pedagogia práctica. Como se ve, el principio que informa la ciencia y el arte de educar á ambas clases de desgraciados es el mismo en el fondo, difiriendo sólo en el medio ó instrumento de que se vale para realizar la obra. Suplir la falta de un sentido con el perfeccionamiento de otro; hé aquí todo. En los unos, el tacto viene á hacer el papel de la vista, miéntras que ésta hace en los otros las veces del oido; lo cual no quiere decir, como el sentido vulgar entiende, que la falta de la vista y la del oido estén compensadas por la prevision de la naturaleza con una mayor aptitud del órgano correspondiente al sentido llamado á suplir semejante falta en cada uno de ambos casos; pues el gran desarrollo que en los ciegos alcanzan el tacto y el oido, y en los sordo-mudos la vista, se debe al mayor ejercicio á que forzosamente se les somete, á la educacion, que tiene que valerse de los sentidos aptos para realizar su obra y les hace que desempeñen el papel suyo y el correspondiente al sentido inútil, con lo cual el desenvolvimiento que adquieren es mayor y más intencionado, los acerca más á la perfeccion, que el que recibieran en el estado normal del individuo. No hay aquí, pues, prevision alguna de la sabia naturaleza; sino ejercicio y hábito, y sobre todo, trabajo humano impuesto por la necesidad y dirigido y fecundado por la ciencia y el arte.

Decíamos más arriba que nada tienen que envidiar los sordo-mudos del Colegio Nacional á los niños que asisten á las escuelas comunes, bajo el punto de vista de la cultura que reciben. Si lo que les falta es el medio natural de comunicarse con sus semejantes, el esfuerzo del hombre ha logrado sustituirlo con abundancia, pues aparte del lenguaje mímico—el más natural del sordo-mudo—y del dactilológico, complemento y auxiliar necesario á veces de éste y tan fácil de aprender y generalizado entre las personas que poseen el dón de la palabra, se ha llevado en el referido Colegio á una gran perfeccion la lectura en los labios y la pronunciacion, mediante las cua-

les y muy especialmente por la primera, el sordo-mudo podrá sostener una conversacion con cualquiera individuo de su familia ú otra persona dotada del habla. Y aunque estos preciosos medios de comunicacion y enseñanza no sean una novedad para la Pedagogia española que los conoce y los practica desde los tiempos de Ponce de Leon, por más que escritores extranjeros hayan afirmado otra cosa, es lo cierto que en la actualidad están muy atendidos en nuestro Colegio Nacional, dónde se aplican con gran fortuna, merced al celo de los profesores y á los textos y aparatos apropiados con que al efecto cuentan, alguno de ellos de invencion española (1). Si á esto se añade la riqueza de los medios de intuicion de que en el expresado Colegio se dispone para la enseñanza de los sordomudos, medios que, no obstante la inteligencia con que están dispuestos, no descubren siempre todo el valor que entrañan, ni acaso aprovechan todo lo que debieran por causa de la estrechez y otras malas condiciones del local, á nadie extrañará lo que acerca de la superior cultura que estos desgraciados reciben, hemos dicho más arriba.

Si maravilla el contemplar los resultados que en el Colegio que nos ocupa se obtienen con respecto á la educacion de los ciegos y los sordo-mudos, asombra más todavía el considerar los que se han alcanzado relativamente á la cultura de uno de esos seres, que por fortuna no abundan (por más que no haya dejado de haberlos en todos los tiempos y países), en quienes parece haberse cebado la desgracia. Nos referimos al sordo-mudo y ciego Martin de Martin y Ruiz, que tanto ha dado que hablar á la prensa nacional y extranjera, y que tan bien parado dejó al Colegio en la Exposicion de Viena, en la que obtuvo un premio. Este infeliz posee una educacion que nada tiene

(1) En correspondencia con su *Tratado teórico-práctico para la enseñanza de la pronunciacion de los sordo-mudos*, confeccionó el Sr. Nebreda, ántes citado, un ingenioso *aparato* para auxiliar esta enseñanza, que aunque en el principio fundamental no sea original, tiene bastante de nuevo en la manera como está dispuesto y en los elementos que lo componen. Además de los alfabetos manuales de éste y otros profesores del establecimiento, merece citarse por lo curioso, el libro sobre *La enseñanza de la pronunciacion auxiliada por la fotografía*, por D. Miguel Fernandez Villabrille, actual profesor del Colegio.

que envidiar á la de los ciegos y los sordo-mudos sus compañeros. Cuando se contempla la jovialidad y el celo con que se entrega á sus tareas escolares y se observa la satisfaccion de que su semblante da claras y expresivas muestras cuando alguna persona se le acerca y comunica con él, no puede ménos de sentirse uno conmovido á impulsos de esa emocion, mezcla de pesar y alegría, que experimentamos cuando al lado de un gran infortunio se ve al hombre afanándose con éxito por mitigarlo. Martin de Martin, que tanto debe á los profesores del Colegio á cuyo cargo ha estado su educacion, lee y escribe como los ciegos y habla como los sordo-mudos por medio de la mano: con unos y con otros, así como con las demas personas, se comunica muy bien; posee conocimientos acerca de todas las materias que en el Colegio se enseñan; ejerce con habilidad el oficio de tejedor y el de encuadernador; pronuncia clara y distintamente muchas palabras y tiene nociones tales como las de la justicia y el derecho, que cuesta trabajo el comprender cómo ha podido adquirir su alma, que por la oscuridad en que se halla respecto del mundo exterior parece como que debía vivir envuelta en densas tinieblas en cuanto se refiere al mundo de la conciencia. ¿Cómo es posible que sepa nada el que nada ha oido ni visto (1), ni con nadie ha podido comunicarse por los medios naturales? Algo hay, con efecto, en el fondo del sér humano, no obstante las dudas y negaciones de ciertas escuelas filosóficas, algo de transcendente para que la educacion, valiéndose sólo de las impresiones tactiles y sin duda ayudada del instinto y los apetitos, pueda obtener tamaño resultado. Conseguir que el alma vea en medio de la oscuridad en que la deja sumergida la falta de dos sentidos tan principales, y con el tacto reemplazar la vista, el oido y la palabra á la vez, es haber resuelto un problema que sólo el plantearlo asombra, y constituye un timbre de gloria de los que más deben enorgullecer al espíritu humano.

(1) Debe tenerse en cuenta que Martin de Martin es sordo-mudo de nacimiento y quedó ciego á la edad de dos años, segun unos, y de cuatro segun otros, por lo que las ideas que haya podido conservar, si conserva algunas, del mundo exterior, deben ser sumamente débiles é incompletas.

La resolución de semejante problema puede suministrar preciosos y ricos materiales á la Fisiología y á la Psicología, que tan notables progresos hacen al presente, y sobre todo á los estudios tan interesantes como modernos, que tienden á la formación de la ciencia que ha empezado á bosquejarse bajo el nombre de *Psico-física*, la que á su vez ha de influir benéfica y considerablemente sobre la educación de los desgraciados á que estas líneas se contraen, y en general sobre la Pedagogía. Prueba de esto último que decimos son los trabajos de psicología experimental, con aplicación á la niñez, que á partir de la Memoria del filósofo del siglo XVIII, Thierry Tiedemann (publicada en 1863) han dado á luz Taine, Darwin y algunos otros, entre los que debemos citar el libro recientemente publicado por M. Bernard Perez con el título de *Etude de psychologie experimentale: Les trois premières années de l'enfant*. En trabajos por el estilo de *Le cerveau et ses fonctions*, de M. Luys, se encuentran también pasajes relativos á este particular, que pueden ser de mucho provecho para el adelanto de la Pedagogía, que ya es tiempo de que, preocupándose más seriamente que hasta aquí de la Antropología, se inspire algo más en estudios de la clase de los que hemos indicado, que tan fundamentales y necesarios son para la buena educación de la niñez.

Volviendo á nuestro Martin de Martin, bueno fuera que recogiendo los materiales que existen (1) se hiciese acerca de él un trabajo como el que respecto de la sordo-muda y ciega de los Estados-Unidos, Laura Bridgman, anuncia el extracto publicado por su educador, el Dr. Howe, ó el que ya en 1843 publicó el abate Carton acerca de la ciega sordo-muda del colegio de Brújas, llamada Ana Temmermans, cuyo trabajo, ade-

(1) Nos referimos á lo que acerca de este desgraciado se dice en algunas de las *Memorias* del Colegio, especialmente en la muy extensa y curiosa que para dar á conocer á este establecimiento en la Exposición Universal de Viena, publicó en 1873 el Sr. Nebreda y Lopez, que tanto se interesó por Martin de Martin, al que llevó en su compañía á la citada Exposición. También en la importante *Memoria* que para enviarla á la Exposición Universal de Filadelfia dió á la estampa en 1875 el actual director del Colegio don Pedro Cabello y Madurga, se dan noticias acerca del ciego sordo-mudo en cuestión.

más de ser interesante bajo el punto de vista científico, es muy curioso por las noticias que contiene acerca de esta clase de desgraciados (1). Por lo mismo que éstos no abundan, interesa para el adelanto de las ciencias antropológicas en general y de la Pedagogía teórica y práctica particularmente, que se recojan y ordenen cuantos datos suministren y cuantas observaciones sugieran los ciegos sordo-mudos de que se tenga conocimiento, sobre todo cuando, como Martin de Martin, han alcanzado un desenvolvimiento intelectual y moral tan notable, que por lo mismo ha debido seguir un proceso tan laborioso como lleno de interes para la ciencia y el arte de educar, en cuanto que en observaciones de este género y de las que contiene el libro de Bernard Perez, ántes citado, debe basarse la *Antropología pedagógica*, principio y base á su vez de la Pedagogía propiamente dicha.

Dejándonos ya de este género de consideraciones, y concretándonos al Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos, añadiremos á lo dicho acerca de él más arriba, que á la asiduidad é inteligencia con que su profesorado se consagra á la difícil cuanto meritoria tarea de educar á los infelices que allí acuden en busca de los dones que naturaleza se mostrara tan poco propicia á otorgarles, debe agregarse la riqueza y buena disposicion de los medios con que el Colegio cuenta para educar é instruir á sus desgraciados alumnos, medios que con sólo verlos se comprende que han sido allegados á costa de mucha diligencia y perseverancia. Aparatos y libros de todas clases y en abundancia, y un programa muy completo, en el que la enseñanza artística y profesional están atendidas, en cuanto las condiciones del local y los recursos del establecimiento lo consienten, todo ello fecundado por la aplicacion inteligente de los métodos y procedimientos pedagógicos más acreditados, completan el cuadro, verdaderamente consolador, que ofrece

(1) *Anna ou l'aveugle sourde-muette de l'institut des sourds-muets de Bruges*, par l'Abbé C. Carton.—Gand, 1843.—En este trabajo de verdadera importancia bajo el punto de vista de la pedagogía especial propia de la educacion de los ciegos sordo-mudos, que trata bajo el punto de vista teórico y práctico, se dan curiosas noticias acerca de la existencia de varios de estos desgraciados.

el Instituto que nos ocupa, en el que si la parte higiénica no raya á tanta altura como la pedagógica, débese á las malas condiciones del local, que á voces está pidiendo se le reemplace por otro—hace mucho tiempo en proyecto,—en el que á la vez que se llenen debidamente todas las exigencias propias de un establecimiento de la índole del que nos ocupa, haya espacio para dar cabida á mayor número de alumnos del que hoy se educan en él, muy reducido si se tiene en cuenta que con ser este Colegio el más capaz y mejor organizado y el sólo de carácter nacional que tenemos en España, asisten á él entre alumnos internos y externos de ambos sexos 121 sordo-mudos y 55 ciegos. Por todos estos motivos es urgente que el Gobierno se decida á realizar pronto lo que hace tanto tiempo tiene proyectado, y dote de un buen local al primer establecimiento de sordo-mudos y de ciegos de la nación, que despues de todo lo tiene muy merecido, como lo ha acreditado en las Exposiciones universales de Paris, Viena y Filadelfia y en las españolas de Zaragoza y Madrid, en todas las cuales ha sido premiado.

Tambien el profesorado de dicho Colegio merece que se le atienda más de lo que al presente lo está. Razones de verdadera importancia abonan este parecer nuestro. Aparte de que lo penoso del trabajo que los profesores del referido establecimiento necesitan prestar para desempeñar bien su difícil cometido, exige ya una remuneracion algo más crecida que la que por punto general tienen, é impone la obligacion de que el personal se aumente, sobre todo en plazas de número de la enseñanza especial de sordo-mudos y de la de ciegos,—aparte de esto, decimos, la índole misma de la profesion, que como la que más requiere que los que la sigan se consagren á ella por completo para obtener buenos frutos, y la circunstancia de no ser muy abundante la bibliografía pedagógica de la especialidad de que tratamos, hacen necesario que se ponga á los profesores en condiciones de poder realizar holgadamente lo primero y trabajar en lo segundo, pareciéndonos que á este último intento toca al Gobierno hacer algo con el fin de estimular á los profesores á que escriban obras relativas á la ciencia y el arte de educar á los sordo-mudos y los ciegos, y facilitar su publicacion. No se olvide que por más que tengamos en España

trabajos de esta índole muy estimables (1), conviene que se hagan nuevos, en consonancia con los últimos adelantos pedagógicos y enriquecidos con las observaciones á que la práctica y el estudio dan ocasion diariamente. De pocos años á esta parte se ha escrito mucho en documentos, generalmente de carácter oficial, sobre la organizacion, estado, estadística y otros asuntos del Colegio Nacional de sordo-mudos y ciegos; pero poquísimos sobre lo que más interesa, sobre la pedagogia teórica y práctica especial de aplicacion á estos desgraciados (2). Y la verdad es que si no han de perderse las tradiciones que

(1) Entre ellos, y como de los más completos y de mayor sentido científico, debe citarse, dejando aparte la importante obra de Hervas y Panduro, *Escuela española de sordo-mudos* (1795), el *Curso elemental de instruccion de sordo-mudos y de ciegos* (1863), compuesto por los Sres. D. Juan Manuel Ballesteros y D. Francisco Fernandez Villabrille, que ántes hemos citado, y de quienes hay algunos otros trabajos de carácter didáctico, además de los de que ya queda hecha mencion. Al Sr. D. Miguel Fernandez Villabrille, hermano del anterior y actualmente profesor del Colegio, se debe una buena traduccion de la *Memoria sobre la enseñanza de sordo-mudos* escrita en frances por el abate Carton, de quien es lástima no se haya traducido la otra *Memoria* referente á los ciegos sordo-mudos que citamos en la nota precedente. Tambien es de sentir que se haya interrumpido la publicacion comenzada en 1876 por el citado D. Miguel Fernandez Villabrille, de un *Diccionario de mímica y dactilologia*, al que acompañaba una traduccion de la obra del repetido abate, titulada *La instruccion de sordo-mudos puesta al alcance de los padres y profesores de primera enseñanza*. Entre los varios libros de carácter didáctico, y además de los que hasta aquí hemos citado ó indicado, deben nombrarse los del que fué profesor del Colegio, D. José Soto, titulados: *Manual de sordo-mudos*, *Compendio de geografía* y *Cartilla* para idem.

(2) No quiere decir esto que desestimemos los trabajos de carácter oficial á que aquí nos referimos, siendo así que bajo el punto de vista del objeto que tratan los hay muy interesantes. Además debe tenerse en cuenta que en la mayor parte de ellos se tratan puntos pedagógicos de importancia, en muchos se dan noticias y pormenores curiosos y útiles sobre la enseñanza de los sordo-mudos y los ciegos en el extranjero, y en todos se suministran materiales preciosos para la historia en España de esta clase de enseñanza. Consultando la *Memoria* de D. Juan Manuel Ballesteros (1856), las de D. Francisco Fernandez Villabrille (1861 y 1862), las del Sr. Nebreda (1870, 1872 y 1873 principalmente), y la del Sr. Cabello ya citada, se adquirirá la certeza de esta afirmacion. Entre estos trabajos debe colocarse el librito del Sr. Villabrille (D. Miguel) titulado: *La enseñanza de sordo-mudos y de ciegos de España en las Exposiciones de 1867 y 1868* (Madrid, 1873).

tanto honran á España, es necesario pensar más de lo que se piensa en lo segundo, y no dormirse sobre los laureles de pasadas victorias.

III.

Antes de terminar este artículo, creemos del caso trasladar aquí algunas consideraciones que se nos ocurrieron al visitar el Colegio de que tratan los anteriores renglones.

No tema el lector que nos engolfemos ahora en discutir, como se hace siempre que de sordo-mudos y de ciegos se trata, sobre quiénes son más desgraciados, si los ciegos ó los sordo-mudos. La cuestion no tiene en realidad importancia desde el momento que tenemos todos la conviccion de que tan dignos de ser ayudados son los unos como los otros, y cuando esta conviccion se lleva á la práctica, de la manera que hemos visto se hace en el Colegio Nacional, en donde si hay en abundancia medios para atender á la educacion de los sordo-mudos, no existen ménos para la de los ciegos, cuidándose de una y otra con diligencia igual y la misma cariñosa solicitud. Por otra parte, bueno será tener en cuenta que para el sordo-mudo es mucho mayor desgracia la del ciego, y para éste la del sordo-mudo; lo cual quiere decir que cada una de estas dos clases de desgraciados se considera favorecida comparada con la otra, lo que hace que dentro de esta relacion unos y otros se muestren contentos de su suerte. De otro género, si no tan patético más práctico, son las consideraciones á que nos referimos.

Al ver la manera tan completa como en el Colegio se atiende á la educacion de sus alumnos, y al repasar el programa de la enseñanza que á los mismos se suministra, sin poderlo remediar nos hemos acordado de los niños que no son ciegos ni sordo-mudos, y nos hemos preguntado: ¿por qué en las escuelas comunes no había de atenderse á la educacion de la niñez como aquí se atiende á la de estos desgraciados? El lector nos hará la justicia de creer que al dirigirnos esta pregunta no teníamos presente la educacion especial que la falta de un

sentido obliga á dar á otro , ni ménos la industrial, que tiene por objeto enseñar al sordo-mudo y al ciego un arte ú oficio con que luégo pueda ganarse la subsistencia , á cuyo efecto tiene el Colegio en cuestion, además de la enseñanza de la pintura y la música para sordo-mudos y ciegos respectivamente , talleres de litografía , tipografía, encuadernacion, cerajería, carpintería, ebanistería con tornería, sastrería y zapatería , y sin duda tendría más y en mayor escala, si el local lo consintiese y fuese mayor el número de alumnos. Nos referimos aquí tan sólo á lo que constituye ó debe constituir la educacion primaria y conviene á toda clase de individuos ; á la educacion física, estética , intelectual y moral, que está más atendida en dicho instituto que en las escuelas de primera enseñanza.

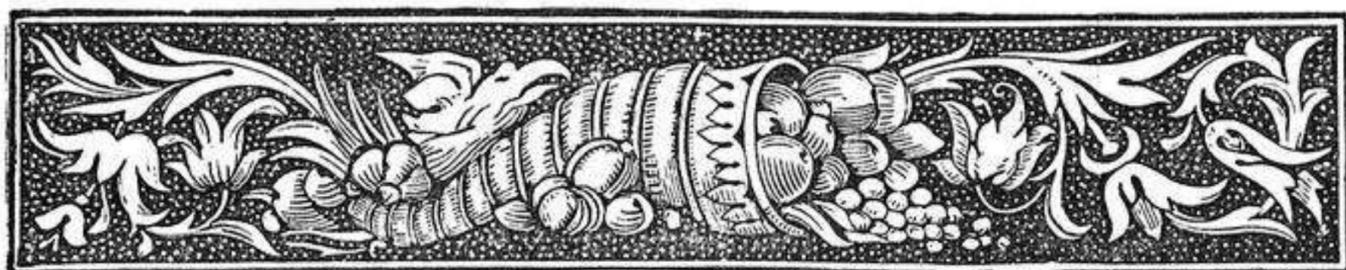
No podemos explicarnos por qué determinada cultura física y estética, por qué conocimientos que figuran en el programa del Colegio en el grado elemental , no han de darse al comun de los niños de la misma manera que á los desgraciados que nos ocupan , máxime cuando en muchos casos habría más facilidad y más medios de hacerlo. La gimnástica , la música (el canto especialmente) y el dibujo que en dicho Colegio figuran, brillan por su ausencia, con grave daño de la educacion nacional, en el programa de la primera enseñanza comun, como sucede respecto de materias tan interesantes como la fisiología , de que en dicho Colegio se dan algunas nociones á propósito de la higiene. Recordamos respecto de la educacion estética , que vimos á más de un ciego hacer por el mismo procedimiento que practica la escritura, orlas primorosas, en cuya ejecucion nos pudimos convencer que si á primera vista parece que no hay más que un efecto meramente mecánico , tiene en ella alguna intervencion el gusto estético. Habiendo preguntado sobre el particular, supimos que no sólo los ciegos inventan los dibujos de que dichas orlas se componen, sino que muestran placer en hacerlos , y expresan su satisfaccion cuando los hacen bonitos, lo cual realizan con frecuencia mediante el ejercicio. Es innegable que esto supone un desenvolvimiento estético obtenido con el solo auxilio del tacto: ¿qué no podrá llegar á ser , usando procedimientos adecua-

dos, en los niños que tienen expeditos todos los sentidos? Si ejercitando á los sordo-mudo en el dibujo se ha llegado á sacar de entre ellos buenos pintores, ¿no podría obtenerse el mismo resultado con los niños que además de ver hablan y oyen? Y para poder juzgar sobre la oportunidad de estas observaciones, bueno será que recordemos que si bien es cierto que la educacion primaria no tiene por objeto formar artistas ni industriales, por ejemplo, está obligada á preparar y dirigir todas nuestras facultades, á despertar y favorecer las aptitudes especiales, y por todo ello á empezar á poner en claro la peculiar vocacion de cada individuo, á fin de que pueda realizarla de la mejor manera posible, con lo cual tendrá adelantado mucho para cumplir de un modo más cabal su destino. Por esto la moderna Pedagogia se preocupa tanto de la educacion integral, en la acepcion más lata de la palabra, y procura rodear al niño de cuantos medios puedan servirle para despertar y favorecer sus aptitudes especiales, á lo cual contribuye poderosamente la intuicion considerada en su sentido más amplio, no en los moldes, demasiado estrechos, en que suele encerrársela cuando se la circunscribe en las escuelas á la enseñanza de determinadas materias.

Y como creemos que con lo expuesto basta para que se comprenda lo que queremos decir, ponemos punto á estas indicaciones, con las cuales terminamos este artículo, que ha ido más allá de lo que en un principio nos propusimos.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.





CONTRIBUCION

AL ESTUDIO

DE LA EVOLUCION DE LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS

Ó MATERIALES PARA LLEGAR Á LA SÍNTESIS TRANSFORMISTA

DE LAS INSTITUCIONES HUMANAS (I).

ARTÍCULO II.

IV.—EL FETICHISMO, EL TOTÉNISMO, EL SAMANISMO Y LA IDOLATRÍA
ENTRE LOS SALVAJES.

I.—Generalidades.

HASTA aquí hemos hablado de los elementos de la religiosidad: ahora falta que tratemos de las formas primitivas que la religiosidad reviste. El fetichismo, más bien que religion, es una superstición, pero ya en el último grado de su desarrollo. El fetiche no es más que un amuleto, no es un ídolo. Al ídolo se le adora, mientras que el fetiche no tiene otro objeto que poner á la divinidad, ó las fuerzas de la naturaleza, á disposicion del que lo posee. El negro rompe el fetiche que no le sirve ó que no hace caso de sus ruegos, y con ello piensa inferir una grave ofensa á Dios. Se ha observado esta forma religiosa entre los negros de Guinea, en el Indostan y entre los pieles rojas de la América Septentrional, á pesar de que estos tienen tambien un sentimiento religioso de un grado superior (2).

(1) Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA, tomo XIII, pág. 62.

(2) A pesar de que los pieles rojas de la América Septentrional tengan una religiosidad en alto grado, conservan, sin embargo, los fetiches.—Lubbock. *Evolucion de las ideas religiosas entre los salvajes*.

Los indios de Colombia tienen pequeñas estatuas representando un cuadrúpedo, un pájaro ó un pescado. Y á pesar de que las dan nombres de ídolos, son más bien fetiches, pues las consideran como causas de todas las enfermedades; y desde que cae un individuo enfermo las golpean á todas á la vez, y la primera que se rompe se considera como culpable. Este castigo por no querer conceder lo que se les pide, es usual en Liberia. En Whydah (Africa Occidental) está prohibido comer del animal ó planta que se ha escogido como fetiche; lo contrario de lo que sucede en Issini, donde la comida del fetiche es una ceremonia solemne ó un signo de amistad. El fetichismo no necesita ni ídolos, ni sacerdotes, ni sacrificios, ni oraciones, ni nada reza con las ideas de creacion y vida futura, ni con las recompensas ni castigos, ni con la moral. Es la supersticion, que atribuye la virtud especial á un objeto de influir sobre nuestros destinos ó de imperar sobre las fuerzas de la naturaleza. El magismo no es más que una transformacion del fetichismo, y se encuentra, no ya en las primitivas civilizaciones (1), sino hasta en la edad histórica moderna (2).

El totemismo ya se acerca más á la forma definitiva religiosa, implica mayor fuerza de abstraccion y generalizacion, significa un progreso. En esta evolucion hácia un depuramiento de las supersticiones, se adoran árboles, piedras, montañas, cuerpos celestes y animales. Aun á pesar de este progreso, los seres á quienes se adora no se consideran como creadores de la tierra; la idea de otra vida no está bien determinada; el cielo es una parte alejada de la tierra. En resúmen, podemos decir, con Sir John Lubbock, que en el fetichismo las divini-

(1) Puede consultarse la *Magie chez les chaldeens*, par François Lenormant.

(2) Sir John Lubbock. *Evolucion de las ideas religiosas entre los salvajes*.—Cuenta algunos casos de fetichismo acaecidos en Europa y en medio de pueblos civilizados. Cita la acusacion contra unos pobres judíos, en el siglo XI, de haber asesinado al obispo Eberhardo, construyendo una imagen á su semejanza y ejecutándole en efigie, y repite la cita de Lord Kames (*History of Man*) sobre lo que sucedía en tiempo de Catalina de Médicis, en que había costumbre de mandar hacer pequeñas estatuas de cera representando á sus enemigos, á quienes suponía en el tormento poniendo las estatuas en el fuego y pinchándolas con alfileres.

dades no son humanas; en el totemismo son sobrehumanas, y que pasan á ser sobrenaturales en un estado religioso más avanzado (1). El totemismo implica mayor facultad de generalización, pues deifica la clase, mientras que el fetichismo no implica la idea general de clase, sino la idea especialísima de individuo (2).

II.—Leyes de desenvolvimiento y adaptación.

Sir John Lubbock hace notar muy oportunamente que en el estado religioso de que nos ocupamos, aunque muy inferior pero relativamente adelantado, pueden dividirse en dos grandes clases las modificaciones de que son susceptibles las instituciones de que nos ocupamos. Estas modificaciones profundamente observadas permiten inducir las dos grandes leyes del desenvolvimiento y de la adaptación religiosas.

El progreso intelectual de cada raza implica una serie de cambios en las ideas, en las maneras de observar y apreciar los fenómenos de la naturaleza, atenúa la ferocidad de las costumbres primitivas, espiritualiza, por decirlo así, las entidades que se adoran, complica los ritos y las ceremonias.

En este sentido emplea Sir John Lubbock la palabra desenvolvimiento. Así—dice el historiador y naturalista inglés—*la idea más elevada de la divinidad es un desenvolvimiento*—ó mejor podría decirse es una etapa del desarrollo, es un producto de las evoluciones consecutivas anteriores.

Además de la ley de desarrollo hay la ley de adaptación que nos da á comprender las diferencias de una misma idea ó costumbre religiosa según los pueblos, según las especiales condiciones de los cerebros donde esta idea es recibida ó el medio ambiente social, intelectual y físico de los pueblos que suelen recibir de otros pueblos en ideas religiosas forma-

(1) *Evolucion de las ideas religiosas entre los salvajes*, artículo citado.

(2) La palabra totemismo es de origen americano: empléase generalmente para indicar la forma religiosa que prevalece entre los pieles rojas del continente americano. Pero se ha generalizado esta acepción, por haberse encontrado manifestaciones religiosas análogas en casi todas las partes del mundo.

das por generacion espontánea ó por impresiones naturales.

La adaptacion es como si dijéramos la ley de la variabilidad de las ideas religiosas; un pueblo que habite en el Norte considerará al sol como una deidad bienhechora, mientras que un habitante de los trópicos no verá en él mas que un elemento de destruccion, que agrieta la tierra con la sequía y la hace estéril. Los pueblos cazadores adoran con preferencia la luna, los agricultores el sol. Esta especial facultad de adoptar una forma religiosa que cumple las necesidades intelectuales de un pueblo, nos explica la razon de muchas, de casi todas las transformaciones de las ideas y costumbres religiosas, y la especial condicion de satisfacer las necesidades de una época dada explica la permanencia de la religion en un pueblo dado á traves de los tiempos.

III.—Totenismo.—Samanismo.—Idolatría.

Así como el totenismo constituye un progreso sobre el fetichismo, á su vez el samanismo (1) lo constituye sobre el totenismo. En el fetichismo un objeto cualquiera tiene un gran poder sobre los demas, el hombre se lo atribuye y en él confía: en el totenismo es una clase de objetos lo que ántes un objeto único; el género tiene la virtud que ántes se atribuía al individuo. En ambas primeras manifestaciones de la religiosidad el poder extraordinario, desconocido muchas veces, sobrenatural en otras, lo tiene un objeto material tangible, ó una serie de objetos materiales. En el samanismo *el agente*, el dios á que se recurre para que satisfaga nuestras aspiraciones, el sér al cual se atribuye poder sobre los objetos de la naturaleza, es invisible, reside en otro mundo, y sólo se comunica á éste por medio del *Shaman* ó inspirado ó que

(1) La palabra Samanismo, que si no está en nuestra lengua debe introducirse, es oriunda de la Siberia, donde los *Shamanes*, estando en éxtasis, pretenden recibir la inspiracion de un espíritu ó agente invisible en nombre del cual hablan. La adivinacion del sibilismo tiene muchos puntos de contacto, pero el samanismo es la expresion primitiva de la adivinacion y del sibilismo, es el primer grado de la evolucion. La faz religiosa que representa el samanismo se encuentra en muchos países de civilizacion rudimentaria.

está en éxtasis. El samanismo se encuentra entre los esquimales, entre los habitantes de las Islas Viti, entre los abipones naturales de Ho y Moondah. Los profetas, los inspirados, los augures y adivinos tuvieron sin duda entre las primitivas civilizaciones sus representantes que realizaban su cometido de una manera más ó menos rudimentaria como la realizan hoy entre los salvajes del África Occidental, que también tienen sus profetas é inspirados. Una manifestacion más complicada del sentimiento religioso es la idolatría. El culto de los ídolos caracteriza un estado superior del progreso humano. Puede decirse en general que la mayor parte de pueblos salvajes carecen de ídolos propiamente dichos (1) y la opinion generalmente recibida de que la idolatría es la religion ordinariamente comun de los salvajes, proviene de la confusion que se establece entre el fetichismo y la idolatría. Al fetiche se le obliga á obrar conforme á la voluntad humana, si no satisface sus exigencias se le castiga, lo que no sucede nunca con el ídolo á quien se rinde una adoracion verdadera, y á quien se le tributa sumision completa. No se encuentran ídolos entre los esquinales, ni entre los indios del Canadá. Lafitau señala como una excepcion notable la existencia del ídolo Oki en Virginia. Tampoco se encuentran en Whydah, ni en Guinea, ni en Loango, á pesar de que en este último punto (Kakongo, sito al Sud de Loango) los indígenas durante una peste arrojaron al fuego á sus ídolos y decían refiriéndose á los ídolos al parecer con mucha razon: «Si no nos socorren en este momento en que tan necesitados estamos de su auxilio, ¿cuándo nos socorrerán?» En la Nueva Zelanda, segun Dieffenbach, tampoco conocen los ídolos; lo propio sucede, segun reza el relato de los viajeros, con los kols de la India Central; los habitantes de Borneo y otros.

Ellis hace notar en sus *Investigaciones sobre la Polinesia* que sólo se encuentra la idolatría entre los más civilizados habitantes de aquella region.

(1) Lafitau. *Mœurs des sauvages americains*, vol. I, pág. 151, citado por Sir John Lubbock. Evolucion de las ideas religiosas entre los salvajes. *Les origines de la civilisation*.

El ídolo toma generalmente la forma humana, y la idolatría se encuentra íntimamente relacionada con el culto de los antepasados (1). El hombre no civilizado difícilmente comprende la muerte, y nada de extraño tiene que durante mucho tiempo el espíritu humano haya confundido el sueño con la muerte. El salvaje sabe que durante el sueño el espíritu vive, mientras que el cuerpo está muerto. El salvaje, cada mañana, se despierta y ve que sus amigos se despiertan también—dice Lubbock (2)—y es muy natural que trate de hacer despertar á los muertos.

El culto de los antepasados y de los difuntos, en general, parece encontrarse de una manera más ó ménos marcada entre las tribus aborígenes de la India Central, y en sentir de Burton, ciertos salvajes creen que sus divinidades han sido hombres y mujeres notables durante su vida. En Tiro se encontraba una estatua de Hércules, á la cual se adoraba, no como representante de una divinidad que estaba en otro sitio en el cielo, etc., sino como la misma divinidad; y la prueba está en que la encadenaron para que no se pasara al enemigo cuando Tiro fué sitiado por Alejandro.

El Sabeismo, el culto al sol en general, es un grado inferior al de la idolatría.

Además del culto tributado á los muertos, existe el de los vivos, y contribuye á fortificarlo el prestigio de que se rodean los jefes de tribu. En el África Occidental, el comercio con los negros aumenta considerablemente las riquezas y el poder de los jefes y reyes, quienes se rodean de un lujo desordenado y no permiten que nadie se acerque á ellos sino de rodillas, simulando el terror, cuyas muestras de respeto tienen tantos puntos de semejanza con la adoración, que los individuos de las clases inferiores se llegan á persuadir de que el *poder de sus reyes se extiende más allá de las cosas de esta tierra* (3). Ado-

(1) Lubbock, *Origines de la civilisation*.

(2) Loc. cit. tratando de la idolatría.

(3) Proyard, *History of Loango*, Puikerton, vol. XVI. pág. 577, véase también Bosman, *Guinea*, pág. 488 y 491, tomadas de Lubbock. *Origines de la civilisation*.

rar un gran jefe es cosa tan natural, como adorar un ídolo. Decía un mogol á un cristiano, «supuesto que vosotros no teneis ningun escrúpulo en rendir tributo á maderos y piedras ¿porqué rehusais hacer lo mismo con Bayoth-Noy á quien el Khan ha mandado que adoremos como á él mismo? El culto de los hombres suele ir acompañado de la creencia en séres más elevados, en espíritus y dioses de otro mundo.

V.—PERSISTENCIA DE LAS SUPERSTICIONES.

Así como las religiones se desenvuelven y depuran, las supersticiones persisten en todas las épocas. Cualquier forma religiosa se espiritualiza y eleva entre personas instruidas ó que tengan un alto grado de civilizacion; por el contrario, decae y se convierte en supersticion entre gentes ignorantes.

¡Qué diferencia entre el cristianismo, tal como lo concibe un Dupanloup y un Wisseman, y la idolatría de las masas fanáticas!

Muchas veces se explica el éxito de una religion, porque á la vez que sus elevados dogmas encierran principios de la filosofía y de la moral más pura, sus ritos y ceremonias satisfacen á la muchedumbre, á las últimas capas sociales, en las que como en las capas geológicas se encuentran los restos de todas las épocas y de las pasadas edades.

La supersticion no sólo tiene sus manifestaciones religiosas, las tiene políticas (1) y tambien otras que podríamos llamar de un órden económico.

Las supersticiones duran á traves de los siglos sin perder un ápice de su naturaleza; estas ideas extrañas y estas costumbres, sin razon, que las engendran, siempre encuentran gentes dispuestas á sostenerlas y á continuarlas, pues en toda civilizacion hay un fondo de poblacion que no corresponde á su época. Es una supersticion antiquísima la de no quererse sen-

(1) E. B. Tylor. *La civilisation primitive*, tomo I, Paris, Reinwald. Hace notar que en el órden político los hombres que se oponen al progreso y al mejoramiento social, y que se denominan *conservadores*, son supersticiosos; no me conformo con Tylor; en mi sentir no son supersticiosos sino que son conservadores.

tar trece en una mesa; en nuestras familias encontramos huellas de superstición que he visto en las obras de algunos asiólogos consideradas por los antiguos caldeos como supersticiones muy antiguas.

Los romanos, al recoger los trofeos de la conquista del mundo entonces conocido, no quisieron deshacerse de las supersticiones asiáticas.

Podemos observar, pues, el fenómeno de que así como las supersticiones persisten, las religiones se transforman y las filosofías se subdividen y diversifican. Todo aquello que en la naturaleza aparece como más sencillo y rudimentario, es más sólido; lo más complicado es más movido y diversificado, así sucede en los fenómenos del mundo material como en los del moral: y esta es una de las leyes de la evolución.

El espíritu religioso de la humanidad presenta su faz primitiva, esta es, la superstición, la cual persiste en las generaciones, á pesar de un desarrollo consecutivo de la idea y costumbre religiosa; pero entiéndase que esto sucede con las manifestaciones de un orden religioso, no con los principios religiosos, que vienen á ser el espíritu de estas manifestaciones.

Entre los indios, entre los habitantes de Borneo hay una verdadera superstición contra todo adelanto; por naturaleza son enteramente refractarios al progreso (1). El juego es causa de mil supersticiones y todos los vicios en general las fomentan. Muy poco diremos ahora acerca de la necesidad de que continúen ó desaparezcan ciertas preocupaciones; por ahora me limito á decir que entre ciertas gentes conviene mucho más la existencia permanente de las supersticiones que no su desaparición.

VI.

El análisis nos manifiesta el fenómeno de la transformación continua de las religiones, consideradas estas puramente como hechos históricos, no en sus principios y dogmas.

La religión que encontramos en la edad primitiva de la hu-

(1) Véase Tylor. *Les survivances de la sauvagerie*.

manidad, es un cuerpo sin alma. A medida que la sociedad progresa, las formas religiosas se van acercando al ideal. No se diga que los animales tienen religion, pues no pueden tenerla. El suicidio en los animales (1) no implica la idea de otra vida, sino un estado patológico especial que les conduce á la muerte. A pesar de lo que algunos puedan suponer, el suicidio no implica la religiosidad, la idea que impulsa al suicidio es una idea negativa. No son almas verdaderamente religiosas las que no saben resistir los males de esta vida, ni el suicidio significa, en todo caso, que los que se quitan la vida á sí mismos tengan la conviccion íntima de que, mediante el acto que ejecutan, pasarán á un mundo mejor.

La aspiracion á un mundo mejor la encontramos, no ya en forma religiosa, sino en los poemas y en las manifestaciones intelectuales de todos los pueblos y de todas las épocas.

Aquí debiera concluir mi tarea, mas como quiera que este trabajo no es una síntesis del transformismo en las instituciones religiosas consideradas éstas, no como la más alta expresion del espíritu humano, sino como fenómenos históricos, como hechos, prescindiendo de toda cuestion acerca de lo sobrenatural y divino, cuyas materias son de la competencia de los teólogos, y dado que este trabajo es una contribucion al estudio de la evolucion, donde se encontrarán unos cuantos materiales recogidos, y que aporte á la obra comun, de ahí que no termine sin indicar algunas noticias históricas para el perfecto estudio de la cuestion.

Las razas arianas, en sentir de Lubbock (2), tienen una mitología complicada, lo contrario de lo que sucede entre los pueblos semíticos. Estos tienen El (fuerte); Bel ó Baal (señor); Ado-

(1) En la «Historia de la civilizacion», de Federico de Hellwald, he visto indicados algunos casos de suicidio de los animales. Yo, por mi parte, sé que en Salou, pueblo de Cataluña, un perro hidrófobo, huyendo de su dueño, se arrojó al mar desde cierta altura. Me han dicho además que los gusanos de seda se suicidan cuando no producen buen hilo (se ahorcan materialmente) y he tenido ocasion de observar en el pueblo de Arbucias, sito al pié del Monseny, que rodeando á un escorpion de un círculo de carbones encendidos, se suicida cuando no puede escapar de una muerte que él considera inevitable.

(2) *Les origines de la civilisation.*

nis (señor); Shet (dueño); Moloc, rey; Ram ó Rimmon, el excelente, y otros nombres parecidos para sus dioses. Los arios, por el contrario, tienen Zeus, el cielo; Febo, Apolo, el sol; Neptuno, la mar; Marte, la guerra; Vénus, la belleza. Max Müller trata de explicar esta diferencia por el carácter diferente del lenguaje entre ambas razas. En las lenguas semíticas, la raíz queda siempre, y puede reconocerse fácilmente, lo contrario de lo que sucede en las lenguas aryas. Por ejemplo, en la expresion «El cielo deja oír el trueno,» en las lenguas semíticas la palabra *cielo* no sufriría alteracion alguna; pero entre los arayos ha sucedido de otra manera, y así encontramos en los antiguos poemas védicos los nombres de los dioses griegos empleados para designar simplemente los objetos naturales.

Así la palabra sanscrita Dyas, el cielo, pasa á ser el griego Zeus, y cuando el griego decía Ζεύς βροντᾶ, expresaba la idea de que Zeus no el cielo, dejaba oír el trueno (1).

Las alegorías y simbolismo tomaron en Grecia un gran incremento, se multiplicaron ilimitadamente. Estudiando estas alegorías, se reconoce en ellas una transformacion de otras que tuvieron los egipcios y los pueblos del Asia Menor (2).

Los antiguos, analizando el *fuego eterno*, hallaron dos propiedades, la de calentar y la de producir luz, y crearon dos divinidades: la una capaz de engendrar, la otra vírgen.

El fuego, en tanto que calienta y quema es masculino, y en tanto que ilumina es femenino (3). El fuego generador lleva el nombre de Phta; la luz toma el nombre de Neith (4); más tarde el primero se transforma en Vulcano, y la segunda en Minerva.

Minerva es esta sustancia pura y luminosa, siempre vírgen, que nada produce ni organiza nada, y que separada de la materia generatriz, nos muestra simplemente las formas para ser-

(1) Y añade Lubbock, textual de la traducción francesa. «Lex dieux une fois créés ainsi, la mythologie devait necessairement suivre.»

(2) Sobre las alegorías puede consultarse con fruto las *Lettres a Bailly sur l'histoire primitive de la Grece*, par Rabuat Saint-Etienne, 1787, vol. in 8.º

(3) Senec., *Quest. nat.*, l. III, c. XIV.

(4) Horus., *Apol.*, l. I, c. XII.

virnos de las expresiones de Proclus (1). Esta vírgen es la madre del Sol (2), y es reconocida por Isis, honrada en Saïs (3), bajo el nombre de Neith, es decir, antigua. En Egipto había iluminacion general el dia de su fiesta. La luz en la teología antigua era, no solamente una sustancia pura y vírgen, sino más bien una sustancia inteligente, la fuente y el principio de otra inteligencia. De aquí segun algunos, el *logos* de los platónicos y el *verbo* de los judíos y de los indios, de ahí *esta luz que ilumina todo hombre viniendo al mundo*. Minerva, considerada como la luz inteligente, preside á todas las obras que suponen inteligencia, á las artes, á las ciencias, y ejerce sobre la luz del espíritu el mismo imperio que sobre la luz física. En Cos se celebra una fiesta en honor de la vírgen Minerva (4).

El Sol, hijo de Minerva, es adorado bajo el nombre de Apis, de Apolo, de Esculapio, es el dios Salvador, segun algunos autores. En verano es Júpiter armado del rayo. El sol de otoño es Osiris, es Baco, es Atys, es Adonis, es Pan y Priapo. Con estos nombres se simbolizan divinidades que representan el principio activo de la naturaleza. La Tierra, recipiente universal, matriz de los séres, es Isis, es Vénus, es Athir, es Astarté. Estos nombres expresan la potencia generatriz; el de Vesta significa la actividad que renace sin cesar, su símbolo es la llama. La eterna fecundidad de la Tierra la significan Cibéles y Céres.

Vénus en Asiria llevaba el nombre de Mylitta generatriz y el de Urania celeste. Adonis se llamaba Thamumtz. Vénus, llorando á Adonis es Salambó.

En la India, en la Arabia y en otros puntos, se adoraba á Baco, quien muere, desciende á los infiernos como Orfeo y como Osiris, y luego resucita. En Saïs se celebra la ceremonia de la distribucion del cuerpo del dios (5). En sentir de algu-

(1) *In Tim.*, p. 30.

(2) Incripcion colocada á la puerta del templo de Saïs. Ella es la sustancia pura de donde el Sol toma su luz, que brota de la parte más elevada del éter.

(3) Herodoto, l. II, c. LIX, y Plat., *In Tim. Arnob.*, l. IV.

(4) *Fêtes et courtisanes de la Grece.*—Anónimo.—Paris.—1801.—4 tomos en 4.º

(5) Clemens protr. Eurip.—Bacc.—V.—139.

nos autores la Eucaristía de algunos cristianos recuerda esta ceremonia (1).

La pasión se celebraba en Chio y en Tenedos por la inmolación de un hombre.

En las fiestas de la primavera que se celebran en Grecia en honor de Vénus, se cantaba el *Símbolo de los amantes* (2), que un poeta francés ha traducido de la siguiente manera.

Je crois un Dieu qui fait aimer :
Je crois à sa toute puissance ;
Je consens à la proclamer.

.....
.....

Je crois à la belle Vénus
A sa merveilleuse ceinture,
A la Victoire, toujours sure
De ses charmes, voilés ou nus.
Je crois à l'enfer des parjures
Au purgatoire des jaloux
Au paradis des ames pures, etc.

Luego seguía una ceremonia en conmemoración de los vivos y otra en conmemoración de los fieles difuntos y después rezaban la *Oración dominical*.

Gran parte de estas ceremonias y rezos se han continuado desde los misterios de Eleusis hasta nuestros días, transformándose con las diversas religiones.

Según Dupuis, en todos los pueblos de la antigüedad hay un día consagrado á la fiesta de la divinidad principal; y todos decían que en este día descendía á la tierra (3). Y según el citado autor y otros, Apis, Osiris, Mnèvis, Baco, Bontwa, Darmada, Mithra y Thor, son representaciones del Sol. Esta opinión la han desechado hoy día gran número de historiadores y orientalistas.

(1) Essais sur la relig. des anc. Ste Croix.

(2) Empezaba la ceremonia por un acto de contrición muy parecido al de los católicos, seguía luego una oración que empezaba por *El amor sea con vosotros*, y luego venía el símbolo.

(3) Tel est le caractère de la Fête du Dieu des catholiques.—Dupuis. *Religion Univ.*

Meñ ó Atys tiende á identificarse con Baco. Así lo observan algunos arqueólogos (1).

La prueba de que unos mismos dioses y unas mismas personificaciones se transforman, es la semejanza de nombre y origen filológico. En una inscripcion griega de mediados del segundo siglo, ántes de nuestra Era, se lee: «Chnubis, que es tambien Ammon; Satis, que es tambien Hera; Anucis, que es tambien Hestía; Petempamentés, que es el mismo Dionysos; Petensitis, que es el mismo Cronos; Petensenés, que es tambien Hermes» (2).

Hay un Hércules egipcio que, al pasar á Grecia, se bifurca en Hércules olímpico y Hércules héroe (3).

Vénus ha sufrido una serie de transformaciones considerables. Es Mílitia entre los Asirios, Alitta entre los Arabes, Mitra entre los Persas, Artimpasa en los Escitas; y cada una de las representaciones pasaba á ser objeto de un nuevo culto y de una adoracion nueva (4).

Estúdiense atentamente las religiones cuyo ritual es más

(1) En un trabajo sobre las divinidades de Tarso, leo lo siguiente (*Gazette des Beaux-Arts*, 1.º de Noviembre de 1876): «Un autre groupe nombreux est celui des dieux en costume phrygien comme Meñ ou Atys que nous voyons également parés du mystique feuillage, chercher á s'identifier avec le Bacchus, enfant ou avec la forme plus complexe de l'Eros Bacchique. Enfin dans une série de figurines dont quelques unes sont encore d'une bonne execution, les mêmes symboles s'associent communément á ceux du petit dieu egipzien Harpocrate ou Horus enfant.»

(2) *Corpus Inscriptionum græcarum*, de Boeckh (1825-1854, números 4.893 y 5.073), y Letronne.—*Recherches sur les inscriptions grecques de l'Egipte*, t. I, pág. 390.

(3) *Herodoto*, II. 43 y 44.

(4) Consúltese á Larcher. *Memoire sur la deese Vénus*, 1775.

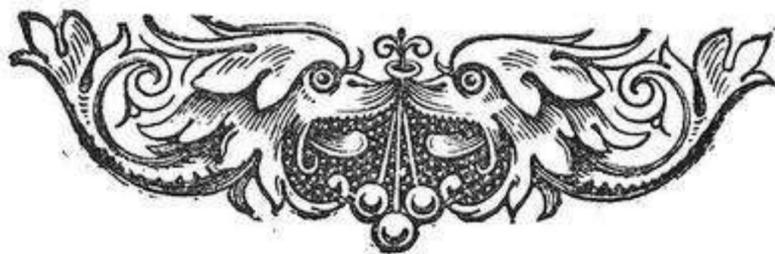
En *Herodoto*, traduccion de Cárlos Müller, leemos lo siguiente:

«CXXXI.—Persas vero hisce uti. Institutis compertum habeo Simulacra et templa et altaria statuere negas existimant; stutitiamque his quis hoc faciunt, imputant: scilicet ut mihi videtur, quod non humanæ similem naturam aut formam habere deos arbitrantur. Illis igitur nos est, Jovis in summis montium fugis facere sacra, universum cœli orbem Jovem nominantibus. Faciunt autem et Polisacra, et Lunæ et Terræ, et Igni, et aquæ et ventis. Et his quidem solis numinibus à priscis inde temporibus sacra faciunt. Addi dicerunt vero etiam Uraniæ sacrificare, ab Assyriis et Arabibus accepti ritio. Venerem autem Assyris Mylitta nominant, Arabes vero Alita; Persa Mitran.»

complicado, y se verá la combinación de otros ritos antiguos tomados de religiones anteriores. Havet (1) y otros se han entretenido en averiguar el origen heleno de ciertos principios del cristianismo: los orientalistas van encontrando en Egipto, en Persia, en Babilonia, en Fenicia el origen de su ritual, fórmulas y ceremonias.

(1) *Le Christianisme et ses origines.*—1873.

P. ESTASEN.





ANÁLISIS Y ENSAYOS

Discusiones sobre la metafísica, por D. Indalecio Armesto.—Pontevedra, 1877. Un volúmen en 4.º de 352-VIII páginas.

LA publicacion de un libro de filosofía es siempre en España un acontecimiento. Por más que digan los partidarios del antiguo régimen, es lo cierto que la literatura filosófica de nuestro país es muy pobre, sobre todo desde el siglo xvii, en que se extingue el fugaz cuanto brillante movimiento iniciado por Vives. Por espacio de largos años ha dominado exclusivamente entre nosotros el escolasticismo, y sabido es que este sistema tiene el privilegio de acabar con la libertad del pensamiento y hacer imposible el progreso filosófico. España—lo diremos una y mil veces, mal que pese á los eruditos ultramontanos—nada representa en la historia de la filosofía europea despues de Vives y Suarez, y áun estos grandes pensadores no realizan mision que pueda compararse con la de Bacon, Descartes, Espinosa, Leibnitz y todos los demas caudillos del movimiento filosófico moderno.

En el presente siglo se reanuda nuestra interrumpida historia filosófica, merced á la revolucion. Gracias á ella, la libertad del pensamiento renace y los españoles comienzan á darse cuenta de que existe algo que se llama filosofía, que es digno de atencion y estudio y vale y representa algo más que el gárrulo ergotismo de los doctores de Salamanca. Por entónces dan á conocer entre nosotros algunos pensadores catalanes la escuela escocesa; impórtanse las doctrinas del eclécticismo de Cousin; expone el gran Balmes su neo-escolasticismo y Sanz del Rio introduce los principios de la filosofía alemana.

Pero fuerza es confesar que, si exceptuamos los escritos de Balmes, del Padre Ceferino Gonzalez y de los filósofos catalanes y las escasas obras de Sanz del Rio, este movimiento no ha producido una literatura muy abundante. Traducciones, artículos sueltos, monografías, libros de texto, discursos y folletos; hé aquí el contingente que ofrecen las nuevas escuelas; no ciertamente por falta de ingenio y voluntad en sus adeptos, sino por carencia de público y por tanto, de estímulo para los autores.

¿Dónde están las obras fundamentales de las escuelas krausista, hegeliana, espirituaista, positivista y crítica? Al ménos el escolasticismo ofrece trabajos de tanta valía como los de Balmes y el Padre Ceferino; pero del hegelianismo nada fundamental y serio conocemos; el espiritualismo sólo nos ha dado un libro del Sr. Martin Mateos; en el krausismo únicamente puede mencionarse la *Analítica* de Sanz del Rio; y al positivismo y criticismo no somos deudores de

una sola publicacion de verdadera importancia (1). ¡Compárese esta literatura con la que presentan Alemania, Inglaterra, Italia y Francia y se verá qué triste papel representamos todavía en el mundo filosófico!

Por esta razon, cuando se publica algun trabajo filosófico de regular importancia, el crítico debe otorgarle una atencion mucho mayor de la que le concedería si entre nosotros abundaran más tales producciones; y por eso nos creemos obligados á examinar con mayor detenimiento del acostumbrado las *Discusiones sobre la metafísica*, publicadas en Pontevedra por el Sr. D. Indalecio Armesto, escritor desconocido hasta el presente.

¿A qué escuela pertenece el Sr. Armesto? Difícil es decirlo, y acaso en esto consiste su mayor mérito. La tendencia filosófica del momento presente es acabar con los exclusivismos de escuela y hacer que sea una verdad la libertad del pensamiento. Las direcciones individuales, dentro sin duda de cierta tendencia general, son las que hoy preponderan, y gracias á este fenómeno el espíritu de secta se va extinguiendo, y la escuela filosófica pierde el carácter de Iglesia cerrada para trocarse en libre asociacion de espíritus independientes, solamente ligados por una amplia base comun.

El Sr. Armesto tiene algo de kantiano, mucho de hegeliano, y aquellos asomos de positivista que distinguen hoy á todos los pensadores, y revelan que esta doctrina flota en la atmósfera y á todos se impone, quiéranlo ó no. Pero la nota fundamental del sistema del Sr. Armesto es, á no dudarlo, el idealismo, templado por la influencia de los recientes progresos de la ciencia experimental.

El Sr. Armesto admite la realidad y legitimidad de la metafísica, y la distingue de la filosofía. Para él, esta última no es más que la síntesis de las ciencias positivas particulares, formada *à posteriori*, y la metafísica es una ciencia *à priori* que tiene un objeto propio: el Sér universal, infinito y absoluto, ó lo que es igual, el Cosmos considerado en su unidad. La metafísica es, pues, una cosmología racional.

A nuestro juicio, esta doctrina no es enteramente exacta. No hay conocimiento alguno que se forme absolutamente *à priori*; todos se derivan, ó cuando ménos, se fundan en la experiencia. Lo que sucede es que el espíritu no es vacío é inactivo, como pensaban los sensualistas, sino que posee elementos que le son propios, con los cuales da forma á la materia que le suministra la experiencia, y constituye el verdadero conocimiento, que en multitud de casos traspasa los límites de aquella. La razon, facultad suprema del espíritu, forma conceptos que no tienen valor, si no se aplican á los datos de la experiencia y sobre ésta se fundan; pero que poseen el poder de extenderla hasta una esfera á que ella, por sí sola, no podría llegar. Estos conceptos, en su mayor parte negativos, adquieren, sin embargo, valor positivo por la imposibilidad absoluta de concebir y representarse sus contrarios.

Tal acontece con el concepto ó idea del Sér. Descubierta por la experiencia la indefinida variedad de seres que pueblan el espacio y constituyen el universo, la razon se remonta á la idea del Sér universal, infinito y absoluto, por la imposibilidad de concebir el límite ó la negacion del Sér. Yendo más allá de la experiencia, que sólo nos da lo indefinido, pensamos lo infinito como realidad necesaria, por-

(1) Quizá pudiera incluirse en el criticismo el *Bosquejo de la ciencia viviente* del Sr. Nieto Serrano; pero este libro en realidad responde á una direccion individual.

que de otra suerte tendríamos que admitir la nada, concepto imposible, por ser la negacion misma del conocimiento. Todo límite del Sér universal, en el tiempo ó en el espacio, es inconcebible, porque al Sér ó lo limita otro Sér, y en tal caso el problema sigue planteado en iguales términos, ó lo limita la nada, que no es concebible. Otro tanto sucede con la idea de lo absoluto, consecuencia inevitable de lo infinito.

Pero esto no es en rigor un procedimiento *à priori*; pues no se nos ocurrieran tales ideas si no tuviéramos conocimiento experimental de una pluralidad indefinida de séres. Lo que existe *à priori* es la ley de nuestra razon, que nos impele á hacer tales afirmaciones; pero esta ley no tendría aplicacion posible sin una materia previamente suministrada por la experiencia. Ó lo que es igual: la idea de un Sér infinito y absoluto no se produciría nunca sin el conocimiento previo, experimental, de una pluralidad de séres relativos y finitos. La metafísica que admite el Sr. Armesto es, pues, una síntesis formada *à posteriori*, mediante la aplicacion á los datos experimentales de elementos inherentes al espíritu. Lo único que existe *à priori* en el conocimiento son las leyes formales del conocimiento mismo, las actividades innatas del espíritu puestas en juego, fecundadas, hechas activas, merced al contacto de la realidad exterior. La metafísica es, por lo tanto, no el antecedente y la base, sino el remate y coronamiento del sistema de las ciencias particulares.

El Sr. Armesto admite como punto de partida de la ciencia la idea del Sér, por considerarla la más concreta y universal de todas. Es cierto; pero el Sér, así considerado, es una abstraccion vaga é indeterminada, que nada nos dice acerca de los objetos del conocimiento, y el Sér, como realidad universal, infinita y absoluta, no es idea que aparece en primer término al espíritu, sino que forma el remate de todas las demas ideas.

Por lo demas, estas cuestiones relativas al punto de partida, principio, sistema y método de la ciencia, son hasta cierto punto ociosas; porque la ciencia, considerada como unidad abstracta, no existe: lo que hay es un sistema de ciencias particulares, orgánicamente enlazadas entre sí, precedidas de una crítica general del conocimiento y coronadas por una síntesis que puede llamarse metafísica, y cuyo objeto es el Sér universal, el Cosmos, considerado como unidad orgánica y viviente. El punto de partida comun á todas estas ciencias es la crítica del conocimiento; y luégo, cada cual de ellas posee uno que le es propio.

Esa ciencia del Sér universal es, despues de todo, imposible é infecunda. Podemos, sin duda, concebir la realidad universal, el Sér infinito y absoluto; pero nada sabremos nunca acerca de la esencia de ese sér, ni tal concepto nos dará luz alguna para el conocimiento de las cosas. Privados, al llegar á tales alturas, del auxilio de la experiencia, pasamos del conocimiento á la concepcion, y la luz que al parecer nos deslumbra, no es en último término otra cosa que profunda oscuridad. Esas pomposas palabras: *Sér infinito y absoluto*, *Realidad universal*, no son más que fórmulas magníficas con que disfrazamos nuestra ignorancia; porque ninguna de ellas representa nada inteligible. Todo ello significa únicamente el incognoscible que necesariamente pensamos como causa única y suprema, *substratum* ó *noumeno* desconocido de la pluralidad indefinida de fenómenos que conocemos. Tras la serie de mudables apariencias que percibimos, la razon nos lleva irresistiblemente á concebir algo permanente que las produce, y que por necesidad es uno, infinito y absoluto; pues lo contrario no puede ser pensado por nosotros. Pero á eso se reduce nuestro conocimiento. ¿Qué es ese sér? ¿Es materia,

fuerza, espíritu, inteligencia ó fatalidad necesaria? ¿Su unidad, al modo de la nuestra, se refleja en una conciencia personal? ¿Se bifurca interiormente en esos seres á que llamamos, porque así nos place, materia y espíritu, ó conserva íntegra su unidad absoluta? ¿Está sujeto á evolucion y desarrollo, como piensa Hegel, ó permanece inmutable, como juzga Espinosa? Cuestiones insolubles, tentacion eterna del espíritu humano, condenado como Sísifo á inútil y perpetuo trabajo, y devorado cual Tántalo por insaciable sed de conocimientos que nunca alcanzará. Una realidad universal, infinita, absoluta, pero incognoscible, hé aquí el objeto de lo que se llama metafísica.

En la lógica y doctrina de la ciencia, el Sr. Armesto apenas se aparta de Kant. En la psicología se decide abiertamente por el monismo, y combate con vigorosos razonamientos el dualismo espiritualista y el krausismo. Para él, el hombre es un ser uno é indivisible, dotado de facultades diversas; y así es efectivamente como debe concebirse. Es necesario que desaparezcan de la psicología esas entidades fantásticas que se llaman materia y espíritu, y que en el hombre y en el animal se reconozca un ser único, de una sola naturaleza, manifestada en dos órdenes de fenómenos: unos que caen bajo la experiencia externa (fenómenos fisiológicos); otros que sólo afectan á la interna (fenómenos psíquicos). Discutir acerca de si el espíritu es un producto de la materia ó viceversa, es perder el tiempo lastimosamente. Materia y espíritu no son realidades cognoscibles, sino nombres que damos á determinadas series de fenómenos, que distinguimos por la manera con que podemos percibirlos, y que probablemente no son más que manifestaciones distintas de una sola fuerza que no conocemos.

No disponemos de espacio suficiente para dar cuenta de todas las ingeniosas y profundas observaciones que al Sr. Armesto sugieren las más importantes cuestiones psicológicas, como son el concepto de la conciencia, el de la personalidad y otros semejantes. Baste decir, que toda la parte de su libro consagrada al estudio del hombre constituye un trabajo serio y meditado, nutrido de doctrina y digno de atención por todo extremo, á pesar de los errores que en él pueden hallarse.

En esta parte de su trabajo examina el Sr. Armesto el problema planteado por Kant acerca del valor objetivo de las ideas ó conceptos de la razon. Para resolverlo apela al idealismo hegeliano, y viendo en el universo la manifestacion progresiva de la idea, reconoce una identidad necesaria de leyes entre la inteligencia y lo inteligible.

Indudablemente, el medio más sencillo de resolver este problema es el ideado por Hegel. Toda la cuestion acerca del valor objetivo del conocimiento (y sobre todo del conocimiento racional puro), pende de la distincion entre el sujeto y el objeto; y claro es que, una vez identificados ambos términos, el problema no tiene razon de ser. ¿Pero es tan fácil, como á primera vista parece, esta identificacion?

A nuestro juicio no. La *idea* hegeliana no resuelve nada. Ni siquiera es propio el nombre que lleva, porque idea es representacion ó concepto del espíritu, y no objeto exterior á éste; al ménos así se ha entendido siempre por todos los hombres. ¿Y cómo sabemos que el ser y la idea son idénticos? ¿Qué criterio superior nos asegura de ello? ¿Cómo puede el sujeto salir de sí mismo y contemplar la relacion que con el objeto guarda desde una altura tal que le permita notar la identificacion entre ambos términos? ¿Con qué derecho se afirma lo que en la doctrina de Hegel se contiene?

El Sr. Armesto dice que las categorías no son puras formas del en-

tendimiento, sino cualidades reales de las cosas, y que si esto no se admite, no es posible reconocer la realidad del mundo exterior. Distingamos. Nosotros no conocemos directamente otra cosa que estados ó modificaciones de nuestra conciencia. Examinándolos atentamente, hallamos que todos pueden dividirse en dos grandes grupos. En uno de éstos se comprenden aquellos estados que se producen sin intervencion alguna de nuestra voluntad, á veces en contra de ella, y con tal carácter de relativa permanencia, que frecuentemente no sólo no podemos evitar su aparicion, sino que tampoco podemos impedir su continuacion. Estos estados, además, producen en nosotros, mediante la aplicacion de ciertas actividades intelectuales nuestras, la aparicion de determinadas representaciones que nos son extrañas y de que no nos reconocemos autores voluntarios. Ahora bien: como por una experiencia nunca desmentida sabemos que los estados de conciencia que á este género no pertenecen son producidos libremente por nosotros mismos, una tendencia irresistible, una ley necesaria de nuestro espíritu nos lleva á pensar que esos otros estados que nuestra voluntad no causa, deben ser causados por algo que no somos nosotros, y de aquí inducimos la existencia de algo exterior que en nosotros produce tales apariencias. El reconocimiento de la realidad de un mundo exterior es, pues, el resultado necesario de una serie de experiencias y de una ley de nuestro espíritu, y en último término se nos presenta como un acto de fe racional.

Pero esta ignorada causa exterior que en nosotros produce el estado de conciencia, ¿será perfectamente adecuada á lo que este estado nos revela? La aparicion, el fenómeno que en nosotros se produce, ¿será imagen fiel de la causa exterior que lo determina? Hé aquí el problema eternamente insoluble; porque ¿cuál será el criterio á que apelemos para asegurarnos de tal identidad ó semejanza?

¿Las categorías acaso? Una de dos: ó las categorías son puras formas del pensamiento que aplicamos á los fenómenos, y en tal caso la cuestion sigue sin resolver, ó son cualidades de las cosas, halladas por la experiencia. Pero estas cualidades nos aparecerán como las cosas mismas, esto es, como fenómenos, y respecto de ellas cabrá eternamente la misma pregunta.

Y no vale decir con el krausismo que en nosotros reconocemos la realidad de las categorías como propiedades de nuestro sér, y que reconocida la unidad esencial del Sér, con perfecto derecho las afirmamos como propiedades reales de las cosas. En primer lugar, si la conciencia pura y simple de nuestra existencia real (lo que se llama conciencia del yo), es evidente y no da lugar á duda, como mostró Descartés, todo conocimiento determinado de nuestro interior es tan fenomenal como el de las cosas exteriores y está sujeto á cuestiones análogas; pues tanto desconocemos nuestra esencia como la de los demas séres. En segundo, aunque fuera exacto que las categorías son en nosotros cualidades reales de que no se puede dudar, de aquí no se infiere que lo sean en los demas objetos, pues para esto hay que reconocer la unidad del Sér; lo cual es tan oscuro como el resto, y aún reconocida, quedaría por averiguar si dada la diversidad de séres que en el Sér se reconocen, han de ser comunes á todos las propiedades que en nosotros encontramos.

Niega el Sr. Armesto la distincion kantiana entre el fenómeno y el noumeno y sostiene que la *cosa en sí* es un sujeto sin atributos, una abstraccion del entendimiento, un mero fantasma; que en el fenómeno se manifiesta la esencia de las cosas, y que ésta no es más que la ley, las relaciones inmutables que en las cosas hallamos.

Es cierto que el noumeno considerado como una entidad abstracta y sin atributos no tiene realidad ni importancia; pero no lo es mé-

nos que este no debe ser su verdadero concepto. El noumeno no es un ente abstracto, sino el objeto mismo con todos sus atributos y determinaciones, del cual no llega á nosotros más que la apariencia, el fenómeno, la impresion causada en nuestra conciencia. Si pudiéramos estar ciertos de que los fenómenos que percibimos son atributos, determinaciones, cualidades reales del objeto, la cuestion estaría resuelta, y fuera inútil buscar noumenos misteriosos. ¿Pero lo estamos por ventura? ¿No nos dicen las ciencias experimentales que las sensaciones que llamamos luz, color, sonido, calor y otras muchas, no tienen realidad fuera de nosotros ni nada de comun con las causas que las producen? ¿No es cierto que si no hubiera seres inteligentes y sensibles en el mundo, este sería mudo y tenebroso? ¿No tiende hoy la ciencia á considerar como única sensacion real y objetiva la de resistencia? Pues entónces, ¿cómo afirmar que son reales atributos de las cosas esos fenómenos que sólo existen en nosotros y para nosotros? ¿Cómo no reconocer que el noumeno no es la esencia misteriosa del objeto, sino el objeto mismo, que en realidad no es para nosotros más que la causa, necesariamente pensada, pero desconocida, de la sensacion?

Que las leyes y relaciones constantes y necesarias de las cosas son el verdadero inteligible y la verdadera realidad, se dice tambien. Lo primero es cierto: la ciencia de los fenómenos no es ciencia; para serlo necesita elevarse al conocimiento de las leyes y relaciones de estos. Pero lo segundo no puede admitirse con igual certeza; porque de que en el mundo fenomenal se realicen constantemente las mismas leyes, no podemos inferir que otro tanto suceda en el mundo real.

Lo positivo y lo práctico en esta cuestion es reconocer que existen para nosotros dos mundos: uno, que eternamente desconoceremos, y cuya realidad, sin embargo, afirmamos necesariamente; otro, que aparece en nuestra conciencia como producto de aquel, que podrá ó nó ser fiel imágen del primero, pero que es el único que conocemos y con arreglo al cual hemos de vivir. Importa poco para la vida práctica que haya entre ambos exacta correspondencia. Si en el desconocido mundo real la ley de la gravitacion no existe, el hecho es que á ella debemos sujetarnos siempre, so pena de graves inconvenientes; si el perfume y los colores de la rosa son una ilusion, lo cierto es que á esta ilusion debemos un placer positivo. Cifñámonos á estudiar el mundo, acaso fantástico, que se nos ofrece; saquemos de él el provecho posible y renunciemos á esas aventuras metafísicas que ninguna ventaja nos reportan y nada útil y positivo añaden á la suma de nuestros conocimientos. Esto es lo práctico y lo razonable y por eso el criticismo positivista será la filosofía definitiva de la humanidad.

El Sr. Armesto termina la primera parte de su trabajo, examinando y tratando de resolver las antinomias de Kant. La solucion no puede ser más sencilla. Las antinomias son reales, pero se reducen á simples maneras distintas de considerar el mismo problema. Para el entendimiento y la fantasía no hay mas que lo contingente, lo finito, lo relativo y lo vario; la razon, en cambio, concibe lo absoluto, lo infinito, lo necesario y lo uno. En esta materia no va descaaminado el Sr. Armesto. El Sér infinito, absoluto, universal y necesario es un concepto de la razon que no puede dejar de pensarse sin contradiccion notoria. ¿Pero, es cierto que el entendimiento y la fantasía, apoyados en la experiencia, puedan negarlo? De ningun modo; impotentes para concebirlo, no por eso llegan á la negacion, pues la experiencia en esto no niega ni afirma; y en todo caso más se aproxima á lo segundo, toda vez que ella da la base necesaria para la afirmacion.

La segunda parte de la obra del Sr. Armesto versa sobre la idea del mundo. El Sr. Armesto admite la única concepción del mundo que la razón debe formar y que no contradice la experiencia. El Cosmos no es un agregado incoherente, una suma de seres heterogéneos, sino una perfecta unidad. Es el Sér uno, infinito y absoluto, dentro del cual se contienen, como otras tantas manifestaciones suyas, los seres relativos y finitos. Esta teoría grandiosa, más bien confirmada que contradicha por la experiencia, que cada día se inclina más á reconocer la unidad de la materia y de la fuerza, la identificación en un solo principio de lo físico y lo psicológico, la conservación de la energía, y la evolución como ley única del Sér, es, á no dudarlo, la base de toda filosofía futura y el resultado de la síntesis de todas las ciencias particulares. Todos los antiguos dualismos quedarán de hoy más aniquilados ante esta concepción admirable, que se conoce con el nombre de *monismo*, y ante la cual se desvanecerán el espiritualismo como el materialismo, que hasta hoy se dividieron los dominios de la ciencia.

Pero en esta materia hay que proceder con circunspección. El monismo es una metafísica, y como tal, no tiene comprobación plena en la experiencia. El Sér universal, infinito y absoluto no es objeto de un conocimiento, sino de una concepción. Son estos dos actos del espíritu cosas bien distintas. El conocimiento supone la presencia real ante el sujeto de un objeto definido, concreto; determinado, que el espíritu distingue é identifica con otros y que es á la vez percibido, representado y comprendido bajo todas sus relaciones por la inteligencia. El conocimiento procede, ó al ménos se funda en la experiencia, y con ella puede comprobarse siempre que se quiera. No así la concepción: ésta es, ó bien una representación libremente imaginada por la fantasía, ó bien el resultado de un procedimiento de la razón, basado en la experiencia; pero nunca pone al espíritu en contacto directo é inmediato con un objeto real, claramente percibido y representado. El Sér universal es una concepción á que nos elevamos racionalmente, aplicando la razón á los resultados de la experiencia; pero no es un objeto que podamos contemplar directamente, ni que por medio de la experiencia misma podamos reconocer. De aquí dos consecuencias importantes: la primera es que, por más que nuestra razón conciba como necesaria la existencia real de semejante sér, nos quede siempre (faltando la experiencia) la duda de si será necesario en la realidad lo que es necesario en el pensamiento; y la segunda, que si concebimos la existencia de dicho sér, nada sabemos ni sabremos jamás acerca de su naturaleza; porque el Sér universal no se exceptúa de la ley general que nos impide conocer la cosa en sí; ántes bien, no siendo objeto de experiencia, es ménos conocido que ningun objeto, pues ni siquiera como fenómeno lo percibimos. En traspasando la esfera de la experiencia el espíritu se halla enfrente de lo incognoscible. Pero se dirá: si es incognoscible, ¿cómo hablamos de ello? Pueril objeción, que alegan con aire de triunfo los discípulos de Krause, para los cuales no pocas veces la gramática sustituye á la lógica. Tener idea de una cosa y conocerla no es lo mismo; el conocimiento supone, no sólo idea, sino percepción directa y experimental de un fenómeno real; la idea puede ser consecuencia de una creación fantástica ó de una mera especulación racional. Si todo aquello de que hablamos fuera cognoscible, lo serían los habitantes de la luna. La esfera de lo pensado y la de lo conocido no son idénticas en extensión. Incognoscible es todo aquello que, por más que sea pensado y concebido, no puede ser objeto de percepción ni de representación, esto es, aquello que no vemos, aunque podamos pensarlo. Por eso solamente son

cognoscibles los seres particulares y las relaciones y leyes que los unen; pero el Sér universal y la naturaleza íntima de los objetos, son y serán eternamente inaccesibles á la inteligencia humana.

Del Sér universal nada sabemos por tanto. Decir que es espíritu, materia ó fuerza, necesidad, voluntad ó inteligencia, disertar acerca de si es personal ó no lo es, es perder el tiempo en vanas especulaciones. Materia, espíritu, son palabras con que reunimos fenómenos semejantes y encubrimos nuestra profunda ignorancia de las cosas. Inteligencia, voluntad, personalidad, fuerza, son propiedades nuestras, que, abusando de la metáfora y de la analogía, aplicamos, sin razon ni derecho, á los objetos exteriores. En el terreno científico el espiritualismo y el materialismo, el teismo panteísta, el deísmo espiritualista y el ateísmo son concepciones igualmente ilegítimas é infundadas.

Por eso conceptuamos aventurado, y hasta cierto punto inútil, el tratado que acerca de Dios incluye en su obra el Sr. Armesto. Desenvolviendo en él una idea de Vacherot, propónese probar que Dios, considerado como el Sér perfecto, no puede identificarse con el Sér infinito y absoluto, y que no siendo posible la existencia de dos seres infinitos el Dios perfecto que el sentimiento religioso reconoce y adora, no puede existir fuera de la inteligencia humana, ni es otra cosa que el ideal. Todo esto es, sin duda, rigurosamente lógico. El Sér perfecto que hasta hoy han concebido los hombres, elevando á lo infinito las buenas cualidades que en sí propios reconocen, es una concepcion antropomórfica, cuya realidad no puede demostrarse despues de los rudos golpes de la crítica kantiana, y cuya idea encierra inacabable serie de imposibilidades y contradicciones. ¿Pero basta esto para arrancar de raíz la idea de Dios y convertir á éste en un ideal que sólo vive dentro de nosotros, esto es, en un fantasma inútil? De ningun modo.

Desconociendo, como desconocemos, la esencia del Sér infinito, nada podemos afirmar ni negar acerca de él. Los atributos que en forma infantil otorga el hombre al Dios que adora, bien pueden ser realidades en una forma superior que nos es desconocida. Sin duda que el Sér infinito no puede ser personal, inteligente, libre, etc., al modo que lo somos nosotros, y que el deísmo dualista hoy reinante es insostenible; pero, ¿ese sér no es evidentemente el principio absoluto de toda inteligencia, puesto que en él se contienen todas? De que la experiencia nos muestre la inteligencia, la fuerza, el poder, etc., sólo bajo ciertas formas que son conocidas, ¿podemos inferir que únicamente en ellas puedan manifestarse? Donde la experiencia falta por completo, lo incognoscible domina en absoluto, y priva de toda legitimidad á nuestras hipótesis y conjeturas.

Si la metafísica, como concepcion del Sér universal, absoluto é infinito, es posible, la teología racional no lo es ni lo será jamás. Dios no puede ser para la ciencia otra cosa que el nombre popular del infinito incognoscible, del sér que, siéndolo todo, no es nada para el conocimiento. Podrán rechazarse las concepciones antropomórficas é infantiles de la fe popular; pero no hay fundamento para oponerles otras superiores. En esta materia todo se reduce á irresolubles y pavorosas antinomias que nunca se llegarán á descifrar. Si por una parte parece evidente que el Sér universal no es el Sér perfecto, repugna por otra que la perfeccion no pueda existir sino como ideal inasequible del espíritu. Si no se concibe una inteligencia infinita, tampoco se explica que la inteligencia proceda, por vía de evolucion ó creacion, de un principio que no es inteligente. Si la existencia positiva del mal (que no es una *falsa relacion*, como afirman en su cándido optimismo los krausistas, sino una terrible realidad), será eterna ob-

jecion contra la existencia de un Dios omnipotente y bueno, la carencia de un principio absoluto de bien en el universo tampoco ofrece ménos dificultades. Científicamente hablando, el deísmo y el ateísmo son igualmente insostenibles, y sólo cabe afirmar el infinito y absoluto que abarca toda la realidad y reconocer que es incognoscible para la orgullosa razon humana.

Por tales razones la fe religiosa conservará eternamente sus derechos. Se depurará, sin duda, y abandonará el antropomorfismo infantil que aún la caracteriza; pero subsistirá siempre como satisfaccion necesaria, aunque imperfecta, de la insaciable curiosidad del hombre y de su aspiracion á lo ideal. Y no bastará para esto el frio idealismo de Vacherot y del Sr. Armesto; porque el hombre, á sabiendas, nunca adora lo que él propio produce. Será siempre afirmacion de algo objetivo y tomará la forma de representacion simbólica de lo incognoscible. Para las almas sencillas el Sér infinito revestirá formas sensibles, más ó ménos antropomórficas; para los espíritus superiores la religion será esa concepcion grandiosa y sublime que se llama panteísmo, ó la adoracion de aquel Dios desconocido de que nos habla San Pablo. Pero en una ú otra forma la idea religiosa habrá de existir miéntras existan un misterio indescifrable y una inteligencia devorada por pertinaz curiosidad y penetrada de la aspiracion á lo ideal.

La ciencia, entre tanto, modesta y resignada, explorará el campo inmenso de lo cognoscible, esto es, de lo experimental, y dará como cima de sus indagaciones la afirmacion del Sér universal é infinito. Evitará cuidadosa toda invasion de otros fines humanos en su propio terreno, y contribuirá por medios indirectos, á la depuracion del sentimiento religioso, poniendo fin á lo sobrenatural sin atacar á lo divino. Prudente y circunspecta, no afirmará ni negará más de lo que pueda afirmar ó negar legítimamente, y huyendo de aventuras metafísicas, tanto se apartará de la impiedad como de la supersticion. Y en tanto que ella presente á los hombres el grandioso espectáculo de la vida universal, éstos, presintiendo tras ésta la inmensa region del ignorado infinito, se prosternarán absortos y confusos ante la sombría imágen del Dios desconocido.

Nos falta espacio para ocuparnos de las importantes consideraciones que el exámen del ideal sugiere al Sr. Armesto en punto á la moral, el arte, la industria, la ciencia, el derecho y la historia. Mucho hay en ellas que aplaudir y mucho tambien que censurar; pero en todas resplandecen la elevacion de la inteligencia del autor y su amor entrañable á la santa causa de la justicia, la libertad y el progreso.

Tal es esta obra importante, digna sin duda de la atencion de los pensadores. Muéstrase en ella hasta qué punto las corrientes novísimas del pensamiento influyen en los idealistas más acendrados, y á la par se revelan la profundidad y elevacion de la inteligencia del Sr. Armesto. Escrita con esa claridad y esa correccion que, mal que pese á ciertas gentes, no están reñidas con la filosofía, y que son reflejo de la claridad del pensamiento, pues el que piensa claro, claro habla y escribe, merece tambien aplauso en este concepto, siquiera por apartarse de funestas rutinas, en mal hora introducidas entre nosotros. Y sobre todo, digna es de encomio por la originalidad que revela, tan poco frecuente en nuestros pensadores, y porque aplauso merece todo lo que contribuya á popularizar en España los estudios filosóficos y á promover el desenvolvimiento de la filosofía española.

M. DE LA REVILLA.





CRÓNICA DE LA QUINCENA

27 de Mayo.



NO de los príncipes de Europa que más activamente han intervenido en los trabajos de la Exposición Universal de París es el heredero de la reina Victoria. Se le ha visto dirigir por sí mismo y cooperar personalmente al establecimiento de muchas de las instalaciones de los expositores de su país; ha revelado un entusiasmo extraordinario, un afán que no es habitual en las personas de su rango y circunstancias, por el éxito de aquella obra. Cuando después de abierta la Exposición han comenzado los banquetes y festejos para solemnizarla, y en los banquetes esos breves discursos que llevan á los labios la expresión de un sentimiento, más que el resumen de un juicio — y que acaso por esto mismo son muy dignos de estudio, — se han cruzado de una á otra parte, entre los representantes de Francia y los representantes de Inglaterra, frases de afecto tan expresivas y cordiales, que al leerlas acude al ánimo la sospecha de si guardarán oculta significación y encerrarán algún secreto para el porvenir, para ese porvenir tan lleno de inquietudes, de temores y de peligros, que sin duda de ningún género está reservado á Europa. Y ocurre más todavía. El príncipe de Gales, como si deseara estrechar los vínculos que unen á Francia é Inglaterra, estableciendo íntima relación personal que anude y afirme la buena amistad política, ántes de marchar de París ha querido conocer á M. Gambetta, ha querido que el *leader* de la mayoría republicana le fuese presentado, conferenciar con él y darle pruebas de la sinceridad y de la lealtad con que Inglaterra mira al gobierno de la nación vecina.

M. Gambetta es el heredero de este gobierno, como el príncipe de Gales lo es de la corona inglesa, si los sucesos se desenvuelven en Francia — y todo revela que seguirán ese rumbo, — dentro de las condiciones de legalidad y de paz plenamente restablecidas por el escrutinio de 14 de Octubre. Su entrevista, siquiera hayamos de considerarla falta de importancia inmediata y de alcance para el presente, es un anuncio, una promesa, el germen de algo que fecundará el tiempo y que florecerá en el porvenir. Solicitó celebrarla el príncipe de Gales, rindiendo él, futuro jefe de una monarquía y alto representante de una poderosa aristocracia, tributo de legítima consideración á las tendencias democráticas y populares de nuestra edad. M. Gambetta accedió á su deseo. Conversaron largo rato sobre mate-

rias de todo género, según las versiones más autorizadas. Guárdase cierta reserva sobre la forma en que pudieron discurrir acerca de las últimas novedades internacionales, y como si esto no bastara, se supone que M. Gambetta «no ocultó á su ilustre interlocutor la satisfacción con que todos los espíritus políticos ven que la Gran Bretaña abandona su actitud indiferente y pasiva, para defender los principios de derecho y de justicia que, olvidados, lo serían también en daño de Francia.» No discutimos lo que hay en el fondo de este lenguaje convencional; advertimos que algo puede vislumbrarse importante y significativo.

Si M. Gambetta se expresó de esa manera, y ha debido hacerlo porque tales términos responden por completo á las tradiciones de la política francesa en Oriente, y al propio juicio, en otros parajes expuesto, del ilustre tribuno francés; si M. Gambetta se expresó de esa manera, no hizo otra cosa que ampliar y explicar, como podía, dada la libertad de su posición y la índole del acto, el pensamiento que envuelven las declaraciones hechas por el gobierno del mariscal en Versalles, casi al mismo tiempo que se verificaba la entrevista. Esas declaraciones se hicieron en la sesión que celebró el 8 la Cámara de Diputados. M. Dréolle, diputado imperialista, interpelló al Gabinete sobre la conveniencia y la necesidad de reanudar la publicación de documentos diplomáticos, interrumpida desde 1.º de Mayo de 1877. Al explicar esta tesis, sostuvo como urgente, indispensable y necesario que el ministro de Negocios extranjeros manifestase á la Cámara cuál era la política seguida por el Gobierno francés durante el curso de los graves acontecimientos verificados en Oriente. Se trata de actos realizados ya, acerca de los cuales se han hecho amplias comunicaciones oficiales en Londres, en Viena y hasta en San Petersburgo. La pretensión era justa. M. Waddington lo reconoció así al contestar á M. Ernesto Dréolle, si bien haciendo constar que no había necesidad tan urgente en Francia como en la Gran Bretaña de dar á las comunicaciones diplomáticas y á las noticias recibidas inmediata publicidad, porque la actitud de la República en estas cuestiones no lo demanda. «Hace dos ó tres meses, dijo, comenzó el período de negociaciones para llegar á un acuerdo definitivo, abierto por la proposición del Gobierno austriaco en favor de un Congreso á que habían de concurrir todas las potencias signatarias del tratado de Paris. Ha habido en estas negociaciones fases diversas; actualmente esperamos que su término sea pacífico. Francia no ha desempeñado en ellas un papel activo. Se ha limitado á ser espectador desinteresado y consejero amistoso, manteniendo relaciones de confianza y buena voluntad con todas las potencias de Europa. Nuestra política ha sido de neutralidad constante, de neutralidad para el presente y para el porvenir. Toda la influencia que ha tratado de usar el Gobierno es una influencia moral, la influencia que atribuyen la rectitud, la lealtad y el desinterés. Hemos usado de ella siempre en favor de la paz. Declaro de un modo terminante que el Gobierno no tiene compromisos de ningún género; que está exento de toda obligación ménos de aquellas que le imponen los tratados que constituyen el derecho europeo y que nadie debe olvidarlo entre nosotros, llevan al pié la firma de Francia.»

Mantenimiento de la paz, neutralidad constante, respeto á los tratados; esa es la síntesis del programa de la nación vecina. Su situación, su deseo de engrandecerse y prosperar hasta que ocupe de nuevo el puesto que tuvo en Europa desde 1856 á 1866, determinan las dos primeras cláusulas de aquel programa; la última revela las simpatías que le inspiran la política inglesa y el imperio otomano. Estas simpatías son antiquísimas. Forman parte de las más arraigadas tradi-

ciones francesas. La rivalidad de la casa de Francia y de la casa de Austria las engendró en el siglo xvi á la par de aquellas famosas *Capitulaciones* concertadas entre Francisco I y sus sucesores con los descendientes de Mahomet II. La rivalidad de los Bonaparte y de los Hohenzollern, que es por desgracia apasionado encono de francos contra germanos y de germanos contra francos, ha venido á afirmarlas en nuestro tiempo. El apoyo que la corte de Berlin dispensa á los proyectos de la corte de San Petersburgo, es un título que tiene la sublime Puerta al auxilio de Francia. Lavallée termina su notable *Histoire de l'empire ottoman* manifestando que la nacion francesa, fiel á sus tradiciones seculares es la más constante aliada del imperio de los Osmanlis. La historia explica este hecho sobradamente; la razon no hallará jamás motivos bastantes con que justificarlo. Pero sea de ello lo que quiera, debemos admitir el hecho para fundar nuestras conjeturas. Si Francia pudiera auxiliar á Turquía moribunda, le hubiese prestado su apoyo ántes, mucho ántes quizá que Inglaterra misma, y con mayor eficacia. Tiene sin embargo, un interes superior, el de su reconstruccion, el de su reorganizacion, el de su desquite; tiene por otra parte el interes de afirmar sus nacies instituciones republicanas, y ante este conjunto de intereses cede y disminuye el que ha hecho nacer su constante alianza con Turquía. Francia, pues, permanecerá neutral; todo conspira á afirmar que por nada, ni por nadie, cualesquiera que sean las eventualidades próximas de esta cuestion, abandonará su neutralidad. Pero si al cabo no son estériles los esfuerzos de la diplomacia; si las negociaciones entabladas alcanzan todo el éxito que sus autores se proponen y el Congreso europeo llega á reunirse, Francia, ya lo ha dicho M. Waddington, defenderá los tratados que llevan su firma; Francia secundará la política de Inglaterra eficaz y calurosamente. Su comunidad de ideas en este caso puede ser y será para el porvenir una base de inteligencias y de acuerdos que no deben perderse de vista. Esas dos grandes fuerzas occidentales van á constituir en el desarrollo de la política internacional, un núcleo poderoso y resistente. Conviene advertirlo, y conviene advertirlo sobre todo en España y en Italia, porque en España y en Italia interesan bastante, más de lo que nuestros estadistas creen (los de Roma piensan hace mucho tiempo de otra manera) esos movimientos, esas combinaciones y esas alianzas que á la postre pueden dejar en el mapa de Europa huellas de su existencia.

Terminábamos nuestra CRÓNICA anterior dando cuenta, aunque de una manera sumarísima, del atentado de que fué objeto el 11 de este mes el Emperador de Alemania, hecho que, como presuñíamos, ha excitado interes tan general, que sus consecuencias constituyen hoy una seria preocupacion para el pueblo alemán y para la Europa entera. Afortunadamente no reviste ese suceso carácter político. Maximiliano Hœdel, que este es el nombre de su autor, ha disparado sobre el emperador Guillermo varios tiros de revolver, animado de análogos propósitos á los que la historia atribuye á Erostrato, el célebre incendiario del templo de Efeso. El afan de adquirir notoriedad, de legar un nombre á las generaciones venideras aun á trueque de que este nombre no ostente más timbre que el de la infamia, ni otra aureola que la de la reprobacion universal, ha guiado su voluntad y su mano en aquella hora menguada. Su crimen no se inspiró en el deseo de alcanzar por medio del asesinato determinados fines políticos ó sociales. Maximiliano Hœdel obraba sólo, por su propia y exclusiva cuenta, no tenía cómplices, ó al ménos las investigaciones de los

tribunales no han podido descubrir hasta ahora ni uno solo, no han encontrado la menor huella de que ese hecho respondiera á otros móviles que al deseo de un individuo de unir el recuerdo de su existencia á la memoria de tan grande atentado, deseo que es producto de cierta perversidad moral, mucho menor en nuestros dias que en los pasados siglos, como lo viene demostrando la polémica entablada sobre estos hechos entre la prensa liberal de toda Europa y la prensa ultramontana que les supone síntomas característicos de una disolucion social imaginaria.

El dia 11, como hemos dicho, regresaban á las tres y media de la tarde por la avenida de los Tilos, en Berlin, de un corto paseo dado en carretela descubierta, el emperador Guillermo y su hija la Gran-Duquesa de Baden. Cerca del hotel que ocupa la embajada rusa en el camino que conduce á la puerta de Brandeburgo un obrero se adelantó hácia el carruaje disparando sobre él un tiro de revolver primero y despues en varias direcciones tres tiros más. Fué preso inmediatamente. Sometido desde aquel momento á diversos interrogatorios, reconocido su domicilio y averiguados sus antecedentes, resultó llamarse Emilio-Enrique-Maximiliano Høedel, ser natural de Leipzig, contar 21 años de edad (nació el 27 de Mayo de 1857) y ocuparse en la actualidad como obrero en la fabricacion y preparacion de la hoja de lata. Su biografía es la de un criminal de la peor especie. A la edad de trece años estuvo preso por robo, vagancia y mendicidad. En sus actos y en sus manifestaciones aparece como un sér insociable y excéntrico. Sus disculpas mismas revelan claramente el pensamiento que le preocupaba más. «Quise suicidarme, ha dicho, en el paseo de los Tilos, entre los ricos, para ofrecer á sus ojos una severa y triste enseñanza.» Cuando no parece animado del deseo de alcanzar esa notoriedad, exhibiéndose como una víctima del estado social presente, su lenguaje, que revela extraordinario cinismo, es el de un tunante vulgar. Al ser interrogado respondía muchas veces con cierta mofa, y otras con un tono de descarada bellaquería ó afectada estupidez, que denuncian lo miserable y rebajado de sus instintos y condiciones.

Una de sus primeras respuestas al recibirle declaracion la policía fué: «No necesito deciros á qué partido pertenezco; la miseria oprime de tal suerte á sus víctimas que no les deja otro camino ni medio que el de matarse.» En su casa se le han hallado gran número de periódicos y folletos socialistas, seis revolvers y 16 cartuchos, varias fotografías de Most, de Bebel, de Liebknecht y de otros propagandistas de aquellas ideas, cartas y diplomas que indican que es miembro de la *Sociedad para la defensa de los intereses de la poblacion obrera de Berlin*, del *partido obrero socialista cristiano* y de otras asociaciones análogas. A la sociedad de los socialistas cristianos, especie de *Jesus-Rey* y *Jesus-Obrero* fundada entre los protestantes, ha pertenecido desde hace poco tiempo. Se afilió á ella como á todo núcleo que propagara ideas democráticas. En el fondo es, y así lo ha manifestado, francamente anarquista, enemigo del Estado y de todas las instituciones políticas y sociales existentes en la actualidad. Profesa las doctrinas difundidas y vulgarizadas por el célebre internacionalista ruso Bakunine. Sus actos revelan que ha premeditado durante algun tiempo el crimen que acaba de cometer. Pocos dias ántes de ejecutarlo fué á retratarse al taller de un fotógrafo: «Guardad el cliché de mi retrato, le dijo; dentro de pocos dias será un negocio poseerlo; en todo el mundo desearán conocerme.» En lo que se refiere á su culpabilidad la instruccion del proceso ha terminado. Continúan la policía y los tribunales indagando si Høedel ha tenido cómplices; pero sin éxito hasta ahora.

Se trata, como decíamos, de un hecho aislado, é imposible parece que los hombres más influyentes en el gobierno del imperio no lo hayan reconocido ántes de que la votacion del Reichstag les obligara, contra su propósito, á declararlo. Se comete siempre una falta grave considerando cualquier hecho accidental, base y punto de partida para la adopcion de una ley general política. Medidas de esta índole han de inspirarse en una gran necesidad social, no en la impresion irreflexiva de un momento. Cuando sucede esto último, parecen más hijas del temor que del deseo de proteger altos y legítimos intereses, y ese origen sobre atribuirles un carácter que no se concilia con la seriedad y la imparcialidad gubernamentales, es ocasionado á lesionar altos principios de justicia ó de derecho. Tal ha ocurrido en Berlin despues de la tentativa de regicidio de Maximiliano Hœdel. Aun cuando todas las noticias coinciden en afirmar que el Emperador conservó al verificarse el atentado y mucho tiempo despues perfecta tranquilidad de espíritu, el hecho, por su propia naturaleza, por la edad avanzadísima de Guillermo, por la explicable reaccion que estos sucesos engendran en los corazones más enteros, puso en sus labios palabras que han dado márgen á un movimiento político evidentemente opuesto al espíritu liberal que de dia en dia gana terreno en la monarquía prusiana. El miedo ha hecho sentir sus efectos. Al recibir Guillermo á sus ministros, cuéntase que dijo dirigiéndose especialmente al de Cultos, Falk: «Es necesario que cada cual obre de manera que no desaparezcan en la masa del pueblo los sentimientos religiosos.» Posteriormente, contestando á un mensaje de adhesion de los estudiantes de la Universidad de Berlin, ha repetido esa idea: «Creo indispensable, ha dicho, que todos contribuyamos para que las muchedumbres se conserven sanas de espíritu, y es preciso que todos velemos á fin de que la religion no pierda nada de su influencia.» El ministro Falk creyó que aquellas frases encerraban una censura á su política y á las leyes que ha inspirado desde 1872, y se apresuró á ofrecer la dimision del cargo que desempeña. Hasta ahora no hay noticias de que le haya sido admitida. El conde de Eulemburg en la discusion del proyecto de ley contra los socialistas, ha manifestado esperanzas de que Falk permanezca en el ministerio. Cuidadosamente han tratado de desfigurar y disimular este hecho los órganos officiosos del imperio, y se ha supuesto que si al cabo se consumara, la modificacion iría muy léjos, provocaría un cambio profundo en la política interior del ministerio prusiano. Pero la opinion y el voto de las Cámaras no son favorables á este cambio.

La actitud del Emperador despues del atentado de 11 de Mayo, inspiró á sus consejeros la idea de presentar al Reichstag un proyecto de ley para reprimir la propaganda de las ideas democrático-socialistas, incurriendo en el grave error que hemos censurado. El proyecto demuestra todos los inconvenientes de esa conducta. No sería eficaz para conseguir el objeto á que sus autores aspiran, y compromete seriamente el derecho de reunion, el de asociacion y las garantías que aseguran la libertad de la imprenta. No ha faltado quien lo reconozca así entre los ministros del Emperador. Falk, Hobretch y Friedenthal han votado contra el proyecto ántes de que fuera propuesto á las deliberaciones del Reichstag. Los mismos términos en que aparece redactado, anuncian las dificultades que habían de impedir su aprobacion. El art. 1.º establecía que los impresos y asociaciones de propaganda democrático-socialista pudieran ser prohibidos por el Consejo federal; pero esta prohibicion había de comunicarse al Reichstag inmediatamente, y el Reichstag podría levantarla y anularla. Los artículos siguientes daban á la policia análogos derechos respecto á la celebracion de reuniones públicas democrático-socialistas

y á la circulacion de impresos en que se defiendan esas ideas, estableciendo varias sanciones penales para castigo de los contraventores. El art. 7.º disponía, sin embargo, que esa ley no pudiera aplicarse sino durante tres años. En el preámbulo se atenuaba la significacion y alcance de tales medidas. Evidentemente, como ha advertido al discutirse uno de los más importantes oradores del Reichstag, se contaba con la repugnancia de la opinion á aceptarlas.

Los socialistas del Reichstag se han negado á tomar parte en la discusion, protestando de que se quisiera atribuir á su partido responsabilidad alguna en un hecho criminal que condenan. En este punto han sido explícitos todos los partidos liberales de Alemania. Todos, sin excepcion, han felicitado al emperador Guillermo; todos, sin excepcion, le han dirigido protestas de sincero afecto. Los ultramontanos, por el contrario, han reservado cuanto les era posible emitir un juicio sobre la audaz tentativa de Hœdel. *La Germania* y *El Vaterland* no han tenido una sola palabra de simpatía para el Emperador. Pero cuando las insinuaciones de éste han iniciado el movimiento anti-liberal que caracteriza el proyecto de ley contra los socialistas, todo ha cambiado. *La Germania*, que es el órgano más importante de los ultramontanos alemanes, ha ofrecido á Guillermo el celoso concurso de los católicos para restablecer el sentimiento religioso en la conciencia nacional. En este punto no son admisibles dudas de ningun género. Todo cambio de política en sentido restrictivo, es una amenaza y un peligro para el imperio aleman. Su unidad es en primer término obra de los elementos liberales, cuyo auxilio solicitó y obtuvo el conde de Bismark, cuando de campeón acérrimo del particularismo y de Austria, vino á ser el más constante defensor de la causa nacional. La conservacion de esta obra gloriosa está íntimamente ligada á los destinos y á la suerte de la política liberal. Para contrarestarla habría que poner el imperio á merced de los partidos que combatieron su creacion; á merced del clericalismo, de los católicos, de los particularistas. ¿Sería eso lógico? ¿Sería prudente? ¿Puede nadie creer que el canciller del imperio sacrifique ahora á los recelos, á los temores ó á las preocupaciones de la corte todos sus triunfos, el engrandecimiento de su patria y la realizacion de las nobilísimas aspiraciones germánicas?

El Reichstag ha prestado un buen servicio á la unidad de Alemania, no tan consolidada aún que sea juicioso abandonar los principios políticos que contribuyeron á su realizacion, y al Emperador que, bajo la influencia de temores inexplicables, revela arrepentimiento por su pasada conducta y echa en cara á Falk las leyes de Mayo. Ha empezado el debate de la ley en aquel cuerpo el 23 de Mayo. La han defendido los ministros Hoffmann y conde de Eulenburg, los Sres. Bethusy-Huc, á nombre del partido conservador, y Helford á nombre del partido que se llama imperial. El diputado socialista Liebknecht ha hecho las declaraciones que en otro lugar referimos. El discurso más importante de este debate es el de Mr. Bennigsen, uno de los jefes del partido nacional liberal que, como se sabe, constituye el núcleo del Reichstag y el elemento político de mayor importancia del imperio. Mr. Bennigsen ha declarado que su partido está de acuerdo con el gobierno en la necesidad de combatir los excesos del socialismo; pero que esto, ántes de apelar á leyes de excepcion, puede hacerse completando ó aplicando mejor la legislacion existente. «Esta legislacion, dijo, da medios bastantes para impedir manifestaciones en masa como las que se han verificado en Berlin recientemente y otros actos más censurables todavía que se invocan para justificar el proyecto. Es necesario perfeccionar la reglamentacion del derecho de reunion; nosotros pedimos que para

hacerlo se convoque una legislatura extraordinaria del Reichstag en Octubre ó Noviembre.» Ha demostrado que el proyecto de ley del gobierno era impracticable, porque confería al consejo federal facultades de las que ese cuerpo, compuesto de 58 personas y que no se reúne sino en ciertas épocas, no podía usar constantemente. En cuanto á la facultad reservada al Reichstag de anular las prohibiciones dictadas por el Consejo ¿qué autoridad, ha dicho, conservará éste si el Reichstag anula alguna? «El canciller está enfermo, ha añadido; aún no ha comenzado á ejercer sus funciones el que ha de sustituirle; el ministerio prusiano se halla en crisis permanente; ántes de hacer leyes dictatoriales es necesario que se sepa quién ha de aplicarlas.» En la sesión del día 24 ha hecho uso de la palabra el general Moltke. Pero, á pesar de sus esfuerzos, el Reichstag ha desechado el art. 1.º de la ley por 257 votos contra 57. El ministerio ha declarado que no tenía interés alguno, despues de esa votacion, en que continuara el debate, y ha decretado la clausura de las sesiones del Reichstag. Los despachos telegráficos que se reciben á última hora hablan de disolucion de aquella Asamblea, de modificaciones ministeriales y de propósitos francamente autoritarios alentados por la corte del Emperador. La reserva del príncipe canciller, que parece alejado de este movimiento, y la vaguedad que envuelven esas noticias nos imponen tambien dudas y reservas acerca del «16 de Mayo» de la política alemana, como llama un periódico de Berlin á estos sucesos.

El 30 de este mes se cumplen cien años desde el día en que falleció Voltaire. Cuando empezaban en 1876 los trabajos para la Exposicion, varios periódicos de Paris, conocidos por sus ideas exageradamente anti-religiosas—los *Droits de l'Homme*, el *Bien Public*, el *Reveil*, y el *Rappel*,—propusieron celebrar un centenario de aquel ilustre escritor. La idea fué bien acogida. Se constituyó bajo la presidencia de M. Ménier, diputado, un comité encargado de realizarla, organizando representaciones teatrales, en las que se ejecutarían las obras maestras de Voltaire—*Brutus*, *Mahomet*, *Rome sauvée*,—estableciendo un museo para reunir los bustos y estatuas del insigne escritor, sus retratos, sus manuscritos, ejemplares de las ediciones de sus obras, etc., y abriendo conferencias que darían los más ilustres cultivadores de las letras, la ciencia y la política. Se acordó, además, levantar una estatua y publicar en un tomo trozos selectos de todas sus obras. El tomo, que es un volúmen de mil páginas, ha sido impreso y puesto á la venta; el certámen para la ereccion de la estatua ha terminado ya; se ha designado el sitio que ha de ocupar el monumento, y el Ayuntamiento de Paris acordó concurrir á este acto, asociándose á la manifestacion de los volterianos. Dada cuenta de ese acuerdo al ministro del Interior, M. Marcere ordenó al prefecto del Sena que no lo aprobara. El Gobierno no ha creído oportuno tolerar que se atribuyera á esa fiesta carácter nacional, ni que en ella interviniesen las corporaciones oficiales. El nombre de Voltaire y el sentido anti-cristiano que han dado sus iniciadores al centenario, justifican este acuerdo, que es un homenaje de respeto tributado por M. Dufaure á la religion de la mayoría de los franceses. Pero los ultramontanos querían algo más; los ultramontanos deseaban que se persiguiera ante los tribunales á los editores del volúmen de trozos escogidos de Voltaire. Monseñor Dupanloup ha llevado esta cuestion á la alta Cámara. El día 21 interpeló al Gabinete sobre aquel punto. Despues de referir los hechos y de advertir que el libro

recientemente publicado contiene las críticas más acerbas que al solitario de Ferney le inspiró su implacable encono contra la religion del Crucificado, el obispo de Orleans preguntó al Gabinete cuál será su actitud ante la amenaza de publicar miles y miles de ejemplares de ese libro, y de enviarlos á los más apartados y pequeños pueblos de la República, llevando al seno de todas las familias gérmenes de impiedad y de irreligion. El Sr. Dufaure ha declarado que, á juicio del Gobierno, no era posible, práctico ni oportuno perseguir judicialmente las obras de Voltaire, harto difundidas ya en millares de ediciones desde la época en que su autor las dió á la estampa. Esta ha sido también la opinion del procurador general de Paris. El Gobierno no ha consentido que se diera carácter nacional al Centenario, ni que interviniesen en su realizacion corporaciones oficiales. Combatán los católicos por medio de la discusion y de la propaganda, la propaganda y las publicaciones de sus adversarios. En esto ¿qué más puede ni debe hacer el Estado?

Hasta el momento en que ponemos término á esta CRÓNICA, ni los telegramas, ni las apreciaciones de la prensa europea nos permiten formar juicio exacto del estado del conflicto anglo-ruso.

Llegó el 12, como decíamos en nuestro último número, el conde de Schuvaloff á San Petersburgo, conferenció con el Czar repetidas veces y en varios dias; pero la reserva ha sido tanta, que contra su costumbre hasta se han abstenido muchos de los más importantes diarios de Paris, de Berlin y de Viena de emitir opinion alguna sobre el sentido y los resultados probables de aquellas conferencias. En ellas ha quedado sin embargo, resuelta la paz ó la guerra. La decision del Gobierno ruso de someter al debate del Congreso europeo íntegro el tratado de San Estéfano, es anterior al viaje del conde de Schuvaloff y se comunicó á Viena por los dias mismos en que el conde partía de Lóndres. Este acuerdo resolvió las dificultades pendientes respecto á la cuestion de procedimiento; pero ¿y las que han surgido en cuanto al fondo de aquel tratado? Sobre ellas debió llevar el conde de Schuvaloff instrucciones verbales, pero precisas, de Lóndres á San Petersburgo. Inferimos que el Czar no las halló conformes á sus propósitos y á su política, de la falta completa de noticias; si la cancillería imperial hubiese aceptado el mínimun de los deseos de Inglaterra de que era portador Schuvaloff, segun la prensa de Lóndres, la noticia rápidamente publicada y comunicada desde San Petersburgo, se habría conocido bien pronto en toda Europa. No ha sucedido así. El conde de Schuvaloff permaneció en San Petersburgo desde el 12 hasta el 18. El 18 salió de esta capital para Lóndres pasando de nuevo por Berlin. Continuaba la reserva y el misterio envolviendo en la más absoluta oscuridad estas negociaciones. Las conjeturas eran favorables á la paz y versaban, como desde los primeros momentos, en que Rusia no se manifestaría intransigente en la reforma de las cláusulas del tratado relativas á Batum y á los límites de la Bulgaria. El 19 llegó el conde de Schuvaloff á Berlin. Conferenció nuevamente con Bismark y el emperador Guillermo. Los periódicos, desesperados ya de averiguar cosa alguna en lo tocante á estas entrevistas, parecen conformarse con que nada se sepa de ellas hasta que el Gobierno inglés comunique su resultado al Parlamento. Las impresiones continúan siendo pacíficas, y la cuestion parece planteada siempre en los mismos términos, á juzgar de las manifestaciones de los más autorizados diarios. Los que se inspiran en la política de la cancillería moscovita han templado de una manera extraordinaria su lenguaje, ántes belicoso, ahora transigente y conciliador.

De Berlin ha marchado el conde de Schuvaloff á Lóndres, llegando á este punto en la tarde del 22 y conferenciando inmediatamente con Lord Salisbury. El telégrafo nos ha participado desde entónces frecuentes consejos de ministros, nuevas entrevistas, diversas opiniones de la prensa, augurios y profecías de todo género; nada seguro y nada definitivo. Evidentemente las manifestaciones que ha hecho al Gabinete de Saint James el conde de Schuvaloff en nombre del de San Petersburgo no entrañan una solución inmediata, pacífica ó belicosa; suministran á la discusión diplomática sin duda nuevas bases, y mientras que partiendo de ellas, la discusión no se agote y llegue á un término práctico, el ministerio inglés continuará guardando la reserva en que hasta ahora se ha mantenido. Los últimos telegramas hablan con mayor seguridad de la celebración del Congreso europeo; algunos fijan para su apertura la fecha del 11 de Junio; pero todas estas noticias circulan como impresiones y no como datos ciertos y de indudable legitimidad, únicos que nos darían motivo para discurrir con mayor amplitud.

Las negociaciones de Schuvaloff han constituido, en esta quincena como en la anterior, el episodio más relevante de ese conflicto diplomático prolongado ya en demasía. Los debates del Parlamento austro-húngaro y de las Cámaras inglesas no han atraído por esto mismo tan poderosamente la atención de los hombres políticos. En las Cámaras inglesas se ha discutido el llamamiento y movilización de las tropas de la India; en los Parlamentos austriaco y húngaro la realización del crédito de 60 millones acordado por las delegaciones y la ocupación de la Bosnia y la Herzegovina, sobre cuyo punto Auersperg y Tieza han manifestado que nada se hará sin el consentimiento de Europa. De Constantinopla, donde las impresiones son más belicosas, han llegado noticias de conjuraciones y revueltas. El degradado imperio de los Osmanlis parece como el griego, á quien heredó en 1453, víctima de las discordias civiles, de la disolución y de la anarquía. Tal es el fin reservado en la historia á los pueblos que no son dignos de su independencia y de su libertad.

F.



Madrid 30 de Mayo de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.
